



CRÓNICA HISPANO-AMERICANA

POLITICA, ADMINISTRACION, CIENCIAS, LITERATURA, ARTES, AGRICULTURA, COMERCIO, INDUSTRIA, ETC., ETC.

COLABORADORES: Señores Amador de los Ríos, Alarcón, Arce, Sra. Avellaneda, Sres. Asquerino, Anón (Marqués de), Alvarez (M. de los Santos), Arnó, Ayala, Alonso (J. B.), Araquistain, Anchorena, A. Buene, A. Budaiz, Ariza Arrieta, Balaguer, Barall, Barzanillana (marqués de), Becerra, Benavides, Bona, Borao, Borroco, Bueno, Bremon, Bretón de los Herreros (Manuel), Blasco, Calvo Asensio (D. Pedro), Camposamor, Camus, Canalejas, Cañete, Castelar Castro y Blanc, Cánovas del Castillo, Castro y Serrano, Calavia (D. Mariano), Calvo y Martín, Cazorro, Cervino, Cheste (conde de), Collado, Cortina, Corradi, Colmeiro, Correa, Cuesta, Cueto, Sra. Coronado, Sres. Calvo Asensio (D. Gonzalo), Callamaque, Dacarrete, Díaz (José María), Durán, Duque de Rivas, Echevarría (J. A.), Espín y Guillen, Estrada, Echevarría, Eguiluz, Escosura, Estrella, Eulate, Fabié, Ferrer del Río, Fernández y González, Fernández Guerra, Fernández de los Ríos, Fermín Toro, Flores, Figuerola, Figueras (Augusto Suárez de), García Gutiérrez, Gayangos, Gálvez de Molina (D. Javier), Graells, Giménez Serrano, Giron, Gómez Marín, Güell y René, Güelvenzu, Guerrero, Incensa, Harzenbusch, Iriarte, Zapata, Janer, Labra, Larra, Larrañaga, Lasala, Lezama, López Guisjarro, Lorenzana, Llorente, Lafuente, Macanaz, Martos, Mata (D. Guillermo), Mata (D. Pedro), Mañé y Flaquer, Merelo, Montesinos, Molins (Marqués de), Muñoz del Monte, Ochoa, Olaverria, Orgaz, Ortiz de Pinedo, Olótaga, Palacio, Pasaron y Lastra, Pascual (D. Agustín), Pérez Galdós, Pérez Lirio, Pi y Margall, Poer, Reinoso, Rotes, Revilla, Ríos y Rosas, Rivera, Riquero, Romero Ortiz, Rodríguez y Muñoz, Rodríguez (G.), Ross y González, Ros de Olano, Rosell, Ruiz Aguilera, Sagarminaga, Sanz Pérez, Sanz, Salvador de Salvador, Salmerón, Sanroma, Selgas, Segovia, Serrano Alcazar, Sellés, Tamayo, Trueba, Tubino, Ulloa, Valera, Velez de Medrano, Vega (Ventura de la), Vidart, Wilson (baronesa de), Zapata, Zobel, Zaragoza, Zorrilla.

PRECIO DE SUSCRICION.  
 España: 6 pesetas trimestre, 20 año.—Europa: 40 francos por año.—Ultramar: 12 pesos fuertes oro por año.  
 PRECIO DE LOS ANUNCIOS.  
 España: 4 rs. línea.—Resto de Europa: 1 franco línea.—Ultramar: 4 rs. sencillos línea.—Reclamos y comunicados precios convencionales.

Madrid 8 de Marzo de 1882.

La suscripción en provincias se hará, como en Madrid, en las principales librerías, y directamente en nuestras oficinas, acompañando su importe en libranzas del Giro Mútuo, letras, ó sellos de Comunicaciones; optando por esta medio deberá hacerse bajo certificado.  
 Redaccion y Administracion, Jacometrezo, 65.

SUMARIO.

Revista general, por D. Miguel Moys.—Política y literatura, por don E. Gomez Ortiz.—Sismondi, por D. Eusebio Asquerino.—Historia de una huelga, por D. Enrique Ucelay.—Pensamientos, por D. Alfredo de la Escosura.—Mis horas en Sevilla, por D. Héctor Florencio Varela.—Vanidad y envidia, por D. Manuel Antonio Hernandez.—La civilización moderna, por D. José Rodríguez Mourello.—Los entreactos de Lucia, por D. Juan José de Molina.—La América latina, por D. César Valcárcel.—Al Sr. Alonso Martínez, por el director de LA AMÉRICA.—La muerte del Tío Martín, por D. Julian Zugasti.—Anuncios.

REVISTA GENERAL.

Asistimos á un espectáculo como pocos, encantador y alegre; á la resurreccion de la naturaleza muerta. La nieve y el hielo fueron su sepulcro, y hoy despierta gozosa al ruido de la música con que mirlos y ruiseñores nos regalan: recibe agradecida la mirada cariñosa del sol, y al calor de ella desperézanse los árboles, cúbrese la tierra de verdor, se perfuma el aire, rebosa en el alma la alegría, las mujeres nos parecen más hermosas que nunca, y calles y paseos se llenan de animada é inquieta muchedumbre, que con su ruido aturde y con su incansante ir y venir marea.

Al caer la tarde gusta ver á la gente que vuelve del paseo en caprichosa mescolanza con los obreros que vuelven del trabajo. Las mujeres se despojaron ya de los abrigos y mantones en que antes se mostraran caprichosamente rebujadas, y ahora dejan ver los gallardos movimientos del cuerpo y admirar lo primoroso y flexible del talle.

No faltan ramos de violeta en el prendido, ni sonrisas picarésas en el rostro lleno de gracia. Con su andar menudo y ligero, recuerdan esta preciosa frase de Alfredo de Vigni.

—El pájaro, hasta cuando anda, se conoce que tiene alas.

Un despacho de Windsor, del día 2, nos dió noticia de un atentado contra la reina de Inglaterra. A la lista de crímenes de esta índole hay, pues, que agregar uno más para condenarle. La reina, sobre la que un hombre miserablemente vestido disparó un tiro de revolver á distancia de unos treinta metros cuando acababa de llegar á la estación de Windsor, procedente de Londres, salió ilesta del atentado. Si en cualquier caso es abominable un crimen de semejante especie, es más digno de vituperio y reprobacion, subleva en mayor grado

los sentimientos de humanidad y de hidalguía, cuando la mano del criminal intenta herir á quien, como la reina Victoria de Inglaterra, cumple los deberes de jefe de un Estado con rectitud y severidad raras ciertamente en estos tiempos.

Tan poco el Parlamento inglés tiene semejanza con ningún otro. Sus sesiones ofrecen siempre enseñanza é interés, sin que sea necesario para ello que se produzcan esas tempestades que en los demás atraen la atención momentáneamente, provocan conflictos terribles y á nada útil y provechoso conducen.

En las principales ciudades del Reino Unido se han celebrado importantes meetings de protesta contra la barbarie rusa, oficial y pública, que han demostrado las persecuciones contra los judíos. La opinion estaba formada y tardó bien poco en ir al Parlamento. Le llevó una proposición del diputado conservador, baron de Woismán, pidiendo que el Gobierno británico emplee sus buenos oficios cerca del Gobierno ruso para que impida la renovación de violencias contra los judíos.

Esta proposición, firmada por un diputado conservador, fue defendida por un liberal de Manchester, M. Slagg, y combatida por un israelita liberal, M. Simon. Sostuvo éste que el Parlamento inglés no tiene autoridad para inmiscuirse en los asuntos interiores de un país extranjero, y que la moción solicitada antes dañaría que favorecería á los israelitas rusos. En igual sentido habló M. Gladstone. En este ejemplo, no se sabe qué admirar más, si el gran respeto con que todos los partidos se asocian cuando se trata de la causa de la justicia, ó la gran majestad con que sabe pasar por determinadas cuestiones el Parlamento inglés.

Allí hay diputados que se convencen cuando ven la razon.

Aquí hay diputados que votan lo que quiere el Gobierno.

La última entrevista régia en Lisboa puso sobre el tapete la cuestion de nuestras relaciones mercantiles con Portugal, á la vez que la de procurar á todo trance la celebracion de tratados de comercio con las Repúblicas sud-americanas de más importancia.

Estos tratados de comercio con las Repúblicas de la América española, no solamente reportarian ventajas á nuestra produccion agrícola é industrial. Los principales beneficios habian de disfrutarnos, segun la opinion de un ilustrado periódico muy competente en estas cuestiones, la industria naviera, que pronto tendria elementos suficientes

para establecer líneas regulares de vapores; medio, el más eficaz en todas las épocas, de consolidar las relaciones mercantiles entre los pueblos, ensanchar la esfera de los cambios y estrechar los lazos de afeccion y de simpatía entre los ciudadanos de unas y otras naciones.

¡Qué pronto se encaminarian á España los viajeros americanos que hoy llegan á Europa por los puertos franceses é ingleses! Los llaman á nosotros el idioma, las costumbres, el clima, la historia, muchas veces los lazos de la sangre. ¿Por qué hoy no vienen? Porque no les es permitido hacerlo sino á costa de mucho tiempo y mucho dinero malgastados. Mientras no existan grandes y cómodos vapores que con regularidad hagan sus viajes desde los puertos del Sur-América á los de la costa española del Atlántico, la inmensa mayoría de los viajeros seguirán inclinándose por las ventajas y la seguridad que les ofrecen las compañías francesas é inglesas, por la vida de los grandes capitales y por los centros que mantienen sus constantes comunicaciones mercantiles, aunque se hallen de ellos separados por antagonismos invencibles de historia y de carácter, de lengua y de aspiraciones.

El del ochenta aniversario del natalicio de Víctor Hugo, fué para el gran poeta un día glorioso. Por iniciativa del ministro de Instrucción pública en el teatro de la Comedia francesa, se representó aquella noche gratuitamente el *Hernani*. Víctor-Hugo estuvo en el teatro. La ovacion que allí le tributó el público, fué inmensa. Al salir, las aclamaciones de la muchedumbre no dejaron de acompañarle ni un sólo momento.

Los campeones de escuelas literarias que han reñido rudas batallas, triunfando al cabo, rara vez han visto un triunfo. Víctor-Hugo, sí. Comenzó á luchar sólo contra el mundo literario y contra el público. Poco á poco se fué apoderando de su adversario y emancipándole de preocupaciones literarias y rejuveneciéndolo por la infusion de la sangre joven del arte literario.

¡Venturosa ancianidad!  
 Una apoteosis en vida.

El día 20 de este mes volverá á reanudar las Cortes sus sesiones. ¿Qué le sucederá? ¿Le importará mucho al país este acontecimiento? A estas dos preguntas contesta *El Liberal*, diciendo:

«Debiera importarle, porque desde la clausura del Parlamento, el ministro de Hacienda ha he-

cho uso de la autorización financiera que las Cortes le concedieron, y por virtud de sus resoluciones se ha producido un ruidosísimo conflicto, y se han renovado los procedimientos de violencia en la gobernación, y los resortes de la política no corresponden á la significación de quien los emplea.

Pero una reunión de Cortes no excita ya ningún entusiasmo, no aumenta ninguna esperanza, en el sentido que producía en otros tiempos esos efectos aquella institución. En cuanto á su concordancia con el sentimiento público, podría decirse que es actualmente más legal y oficial que popular.

Recordando maravillas de las Cortes de otros tiempos, se dice con énfasis: «¡Las Cortes de Cádiz!» Y esas Cortes suenan como una gran epopeya de nuestra resurrección político-legal.

Con referencia á aquella época, la institución brilla sola, quedando oscurecidas y en la sombra todas las individualidades, ó distinguiéndose algunas por cierto mérito personal. Para el país, mientras quedó vivísima en él la memoria inmediata de aquellas Cortes y no vinieron los grandes desengaños parlamentarios, la institución fué la esperanza del remedio de los males y el objeto del entusiasmo general.

Ahora hablamos de reunión de Cortes y preguntamos: ¿Y qué?

Nada nos dice al alma la institución por sí sola, aunque la acatemos como significación legal de un poder. Ni nos conmueve, ni nos entusiasma. Nos parece que le damos bastante con un frío respeto.

Necesitamos preguntar inmediatamente: «¿Habrá en el Parlamento, cuya reapertura se anuncia, representantes del país que recojan la tradición de los grandes tiempos?» Porque nos hemos acostumbrado ya á mirar al Parlamento, no en su totalidad, sino en algunos de sus individuos, y á esperar y á confiar no en el todo, sino en alguna de sus partes componentes.»

Esperemos.  
De la mayoría ya sabemos lo que se puede esperar.

De las minorías no quisiéramos tener nada malo que decir.

Mientras los representantes del país siguen con la boca cerrada, ni más ni menos que si al ser elegidos, con el acta, más que un derecho para ser inviolables por lo que digan, les hubiesen dado certificación de sordo-mudos. Los obispos y metropolitanos no cesan de hablar. El último turno en contra de la división que separa á sacristanes grises y sacristanes rojos, ha sido el sábio obispo de Córdoba, que excogiendo los dolores que las almas católicas sienten, los ha expresado en una reciente pastoral para nuestro conocimiento y para el arrepentimiento de quien tenga por qué arrepentirse.

La pastoral del señor obispo de Córdoba, demuestra que el daño está más dentro de la comunión católica de nuestro país, que fuera de ella.

—Hay periodistas católicos,—dice,—que motejan, injurian y tal vez calumnian á otros católicos sólo porque estos no se amoldan en todo á sus ideas y aspiraciones, siquiera sean hijos obedientes y sumisos de la Iglesia.

Hay periodistas católicos y legos que se erigen en jueces de ortodoxia de personas, de publicaciones y de doctrinas, condenando y vituperando lo que la Iglesia aprueba y bendice.

Hay periodistas católicos que atacan y combaten, y censuran á personas é instituciones católicas, que tienen en su favor la aprobación de los obispos y del Vicario de Jesucristo.

Aparte de esos periódicos católicos y de esos legos, hay otras personas que contribuyen á sostener y propagar esas ideas y tendencias, anteponiendo las doctrinas, las ideas y los actos de un periódico, á los actos, ideas y doctrinas del Papa y de los obispos.

¿A dónde se va por este camino?  
El señor obispo de Córdoba tiene la franqueza de confesarlo. Veo asomar á lo lejos,—dice,—el espectro horrible del cisma, fruto espontáneo de las semillas de soberbia y rebelión que vienen sembrándose tiempo há, y que son la causa generadora de esas sordas corrientes cismáticas que hacen retremblar bajo nuestros pies el suelo católico de nuestra patria.

Los redactores de *El Siglo Futuro* van á tener que escribir un nuevo Apocalipsis.

Los socios del Círculo de la Union Mercantil se han visto durante los últimos días más solicitados de los periodistas que los ministros. No se ha hablado en Madrid de otra cosa que de las negociaciones entabladas para buscar un arreglo en la cuestión del sindicato, de los sñdicos presos, del voto de censura y de la suscripción abierta entre los gremios para constituir la fianza carcelaria exigida á los individuos de la Junta directiva del que fué sindicato. Tanto presagiar tempestades, batallas y tumultos puso en cuidado á algunos socios. Hubo quien fué al Círculo á votar creyendo encontrar la biblioteca convertida en hospital de sangre. Por fortuna no hubo desgracias personales que lamentar. El conflicto ha concluido dentro del Círculo; fuera, poco tardará en concluirse. El Círculo tiene nueva Junta.

Los sñdicos están en libertad.

El Sr. Camacho es el que no ha variado. Está esperando á caer en buena postura y no se da por aludido aunque el Sr. Sagasta le ponga el pié.

Galdós, el mejor de nuestros novelistas, acaba de publicar el primer cuaderno de una novela que escribe ahora y se titula *El Amigo Manso*. Esta es una noticia que hemos leído en algunos periódicos con verdadero gozo. La contemplación del rápido triunfo y del envidiable florecimiento que la novela alcanza en nuestro país, es consoladora para los que ven invadido el teatro de convencionalismos imposibles y desterrados de los escaparates de las librerías las novelas de á cuartillo de real la entrega.

Lo único notable de estas novelas era el título. Cuanto más largo mejor; cuanto más horripilante más efecto. No olvidando que el público, que se deja seducir por los títulos de las obras, es el mismo que en el teatro aplaude rabiosamente los dramas en que la pólvora desempeña el papel de protagonista; los autores de esas novelas acostumbraban á titularlas: *Los ladrones de la cueva maldita*, *El secreto lúgubre*, *Los asesinos misteriosos*, *La sangre del muerto*, *Cincuenta cadáveres insepultos*, y así por el estilo. ¿Quién resiste al deseo de penetrar en el secreto de tales nombres!

Por fortuna la buena novela ha triunfado entre nosotros. Alarcón ha sido el profeta de ella; Valera, el San Juan Evangelista; Galdós, el Jesús que dice con Rosario Polentinos al corazón «ama» y con Gloria á la razón: «Rebélate, rebélate, tu inteligencia es superior. Levántate, alza la frente, limpia tus ojos de ese polvo que los cubre, y mira cara á cara el sol de la verdad.»

La empresa de los nuevos redentores es grande y magnífica. Sin embargo, es parecida al de Lázaro. Jesús dijo á Lázaro: «Despierta y anda,» ellos, hiriendo la fantasía de nuestro pueblo con su estilo primoroso, lleno de imágenes, deben remover la conciencia nacional; penetrar en el fondo de nuestras costumbres olvidadas y en el de otras muchas, cuya vida pasa silenciosa, y decir á la novela española: «Despierta y anda, que lleno de flores encontrarás tu camino, y eso que es el camino árido y seco y penoso que conduce á la inmortalidad.»

Hemos entrado en la Cuaresma, y sin embargo, no se habla más que de banquetes.

¡Comer!  
Hé aquí un artículo que si hubiese de entrar en Madrid, pagaría derechos de consumos.

Hay quien pretendiendo encontrar el origen de la comida, ha dicho que los banquetes son de derecho divino. Yo casi me atrevería á decir que son de derecho endemoniado.

Una comida es el primer suceso de trascendencia para la humanidad de que nos habla la historia. Comida frugal é indigesta. Se redujo á una manzana que comió Eva y de la que hizo gustar á Adán, para que no se diese por ofendido. El cocinero que preparó ese festín, fué el mismísimo diablo en figura de serpiente.

Hoy, el entusiasmo no tiene más que una traducción verdadera: comer.

Comer: hé aquí el pasado, el presente y el porvenir.

Si la historia del mundo concluye como empezó, su última página nos hablará de un festín. Con un festín acabaron grandes imperios, y con un festín acabaron los años: con el festín de Noche-buena.

No se habla más que de las flores. Las flores tienen grandísima influencia. Ellas han producido un tipo social, tipo clásico lleno de encantos y de hermosura, con ojos negros que matan y manos blanquísimas llenas siempre de nardos y claveles: la florera.

Los caprichosos bolsillos de su blanco y bien planchado delantal, suelen ocultar muchas veces el billete amoroso que por arte de prestidigitación se escapa al bolsillo de la opulenta dama.

Protectora de muchas relaciones ocultas; amada y amante de todas las que la compran muchas flores; alegre, sonriente, parece feliz, y no lo es ni un solo día.

De florera pasa muchas veces á ser señora, pero cuando deja de ser señora ya no puede volver á vender flores.

Nadie las compra ofrecidas por manos que tienen arrugas y bocas que perdieron la frescura de la juventud.

Las flores tienen una virtud grandísima: las flores hablan. Yo creo que, después del de los ojos, el lenguaje de las flores es el que mejor expresa el amor. Los árabes inventaron ese poético idioma. Ellos dijeron que la albahaca era señal de odio, y el pensamiento de tristeza y el clavel de amor. Ellos hicieron de la violeta el símbolo de la hermosura, de la virtud y de la modestia. Ellos saludaron en la rosa á la reina de las flores, y como á tal la querían y reverenciaban. Aquellos hombres pretendían conocer el mundo en dos dichos sublimes. En el cielo querían ver el porvenir, en las flores el amor. En el cielo y en la naturaleza unidos son las grandezas de Dios.

Para beneficio de Mario se va á estrenar en el teatro de la Comedia, una en tres actos, original del aplaudido autor de *El guardián de la casa*. Esta comedia se titula *Cariños que matan*.

María Tubau y Ceferino Palencia, se casan el día 1.º de Abril.

Por eso un amigo mio decía días pasados comentando esta noticia.

Ceferino Palencia ha concluido á la vez sus obras, *Cariños que matan* y *Cariños que llevan á la vicaría*.

Una comedia y un idilio.

Un pensamiento de Legouvé.

—Hay algo que solo dura un instante: la admiración. Porque no hay monotonía que fatigue tanto, como la monotonía de lo sublime.

MIGUEL MOYA.

## POLÍTICA Y LITERATURA.

Memoria leída en el Ateneo de Madrid por el Secretario primero de la sección de Literatura y Bellas Artes.

Goethe, educado en la independencia de su géneo, tan sólo sometido á los impulsos de sus pasiones, que han sido para las letras, inapreciables, enemigo de la política aunque protegido de reyes, trabaja activamente la literatura de su país, con parecida serenidad y reposo á la de aquellos artistas, Leonardo y Miguel Angel, que creyendo tan solo que el ideal está sobre las disputas y vicios de la tierra, trabajaban, indiferentes á los horrores de las guerras y de las luchas de las ambiciones de Francisco I y Carlos V.

Herder y Wieland, Goethe y Schiller, hicieron sus mejores obras entre las armas de Napoleón; evocaron ante la invasión, la nacionalidad; sembraron de espíritu democrático los pueblos y las almas; abrieronlas al porvenir, dejando en sus testamentos el ideal de una nueva política y el de una literatura.

Por esto, el romanticismo alemán significaba patria y libertad; acudía su historia á los recuerdos de su edad caballeresca; y este espíritu, en el instante de 1813, organiza milicias, levanta numerosos ejércitos, hace abandonar á la juventud sus talleres y trabajos, amigos y familia, y á la voz de independencia, las aulas y los palacios quedan desiertos por el ansia del combate, y el imperio francés se desploma y sepulta en la llanura inmensa de Leipsig.

Este mismo espíritu, en incesante comunicación con las ideas nuevas, que las armas del imperio desarrollan, es el que más tarde reclama en el libro, en la prensa periódica, en el folleto, únicas armas permitidas, el cumplimiento de las promesas democráticas que esquivan los monarcas después de vencido el extranjero. Este espíritu, en fin, es también el inspirador del bondadoso Carlos de Sajonia Weimar, el ilustrado príncipe, que educado en la literatura de los protegidos á quienes reunió en su corte

nes reunió en su corte en pasados años, dió á su pueblo la primera Constitución liberal de Alemania.

Italia, la desgraciada Ofelia de los pueblos, consagrada á la poesía de su hermoso cielo como aquella al amor, condenada á morir y á renacer muchas veces, sometida á sus propias revoluciones y á sus mismas desgracias, había, antes que ningún otro pueblo desde el siglo XII, adivinado la revolución francesa.

Beccaria, Filangieri y Galiani, repitieron en Italia la misma filosofía del siglo XVIII; liberales reformas realizó en Toscana el pensamiento de estos sábios. Parecía, por tanto, que aquel pueblo anhelaba el instante de la revolución francesa y que afanosamente le esperaba. ¡Cosa extraña! Cuando Napoleón penetra con sus ejércitos en Lombardía, la literatura, los pueblos todos de Italia se llenan de indignación y de ira contra las ideas de li ertad.

Así dice, un ilustre y elegante escritor pintando con una hermosa comparación el estado de Italia: «Cuando el pueblo francés penetra en la Bastilla, encuentra en el fondo de un subterráneo tenebroso, un hombre ciego, que se arroja y precipita furiosamente contra sus libertadores, los golpea y hierde creyendo que son sus verdugos.» Hé aquí la imagen de Italia.

¿Qué evangelio traía Napoleón á este desdichado pueblo? El que él mismo había profetizado en las obras de sus sábios, el que el desterrado había deseado lejos de la patria, el mismo que dolorosamente anhelaron los perseguidos y sujetos á la cruel prision. Quinet dice, en la bandera de la revolución francesa no había otra inscripción que el pensamiento del *cristianismo realizado en las leyes*, el testamento de Joachim de Flore, de Campanella, de Arnaud de Brescia.»

Y sin embargo, Italia rechaza sus propias predicciones y sus antiguos deseos. Rehusa la mano generosa que le ofrece amparo. ¿Por qué? Por sus desdichas profundas que la inclinaban á la esclavitud, creyéndola como necesaria.

A esta idea tristísima respondían las letras; Alfieri, el revolucionario Alfieri, alma torturada por el odio, de corazón blasfemo y espíritu misántropo, se levanta lleno de indignación y delirio entre las ruinas de su mísera patria, y en lugar de verter lágrimas de alegría por el acontecimiento

de la nueva aurora, conducido sólo por el vértigo de la desesperación, anatematiza á los novadores y fustiga cruelmente todas sus ideas y principios.

Las muchedumbres, el alma revolucionaria, no fueron en Italia propicias. Muy lejos de aceptar la invitación que las armas francesas les ofrecían para desligarse del yugo austriaco, se estrechaban más y más con sus propias cadenas, pidiendo protección al verdugo.

¡Tan premiosa y difícil fué la obra providencial que Bonaparte conducía con su despotismo á Italia!

En Toscana y Nápoles, en la republicana Arecco, en casi todos los lugares es de igual manera recibida la libertad. La educación católica les prestaba tanta resistencia.

Pero á pesar de esta horrible crisis, de este escepticismo general, que sintetizaba Botta, no hallando para su patria desgraciada pasado ni presente; no aconsejando en su misantropía incurable, más que el suicidio nacional como límite á la desesperación y al sufrimiento; aún siendo los odios de Alfieri y Botta tan implacables, dieron á Italia el remedio de sus males con la enseñanza de sus propios vicios y desventuras.

En medio del vértigo, de las teorías doctrinales de muerte, de las agitaciones y sangrientas luchas, suena la trompeta de un juicio final que llama á Italia y rescata sus espíritus para emprender la regeneración y penetrar para siempre en el camino de los pueblos modernos. La voz terrible de la Revolución la hizo palpitar y sus odios y rencores la impulsaron hácia el porvenir.

Más fácilmente recibimos nosotros los beneficios de la nueva aurora.

En España, desde Felipe II hasta Carlos IV, el poder y la influencia inquisitorial y el movimiento intelectual y político, marcharon en dirección paralela y opuesta.

En los reinados de la casa de Austria, la Inquisición, semejante á esos ríos que van asumiendo en sí las aguas de los manantiales que á ellos afluyen, absorbió pensamientos é ideas civilizadoras, pero después que aquella se trocó en débil y manso arroyuelo, cuando el clasicismo francés se convirtió en herejía de los *afrancesados* y en vehículo de la filosofía política del siglo XVIII, y la invasión nos apercebe de las flaquezas de nuestros monarcas, entonces, una nueva generación entusiasta, al par que combate por la libertad, canta la civilización de los pueblos modernos, y une á la misma aspiración la literatura y la política.

Y de igual manera que Alemania, Italia y España vienen á equilibrarse en sus movimientos, la libertad y la literatura tomaban su nivel en el mundo social, como los ríos en el lecho común del Océano.

Ahora bien; como suceden al incendio la ruina, la confusión al combate, y la desesperación al dolor prolongado, sucedieron á las turbulencias revolucionarias la desilusión y escepticismo. Lo que parecía término, no era sino punto de partida. Había necesidad de reconstruir sobre un terreno profundamente removido.

Aquel espíritu monárquico que fué lanzado á la emigración, y que el imperio avivó con sus desencantos y excesos, produjo en la literatura una reacción cristiana que luego había de liquidar el romanticismo.

Este movimiento tuvo su concordancia en la restauración borbónica.

La política, la desconfianza de los poderes y el valor de ciertos hombres han hecho nacer un arma impía y destructora, cuyos rigores han sufrido desde Temístocles á Napoleón, desde Fidas y Anaxágoras todos los espíritus superiores. Es el destierro.

La espantosa soledad del proscrito, el silencio y la indiferencia que le persiguen á través de los pueblos extraños, la angustia y el dolor de los recuerdos del hogar tranquilo; las esperanzas que se marchitan y los ensueños que la realidad borra del alma, agólpanse en precipitado desorden como una ola sangrienta sobre la cabeza del genio y exaltan y desesperan su fantasía.

Pero esta influencia negativa que la política ha causado en la felicidad de los hombres, se ha traducido á la literatura como beneficiosa y productora.

El destierro reconcentra y asume todas las pasiones humanas en una sola, en la del patriotismo que, sometido á las torturas de un Jordán doloroso, se purifica y eleva al mayor grado del frenesí. Todos los hombres que la restauración de Francia y el triunfo de la idea liberal en España llama á la discusión y á los combates políticos y literarios, se han formado en las experiencias dolorosas de la proscripción. Por esto, surge una nueva literatura, cuyo espíritu místico, cristiano y caballeresco revela el refugio de las almas en la exaltación de todos los sentimientos.

Como el esclavo huía en Roma para guarecerse del rigor del castigo en las estatuas de los Césares, Chateaubriand, Constant, Nodier, Delille, la pléyade numerosa de la restauración amparáronse de los horrores de la revolución y del imperio en el espíritu cristiano.

Y en la soledad de los espesos montes, teniendo como Rousseau á la naturaleza por escuela, aprendieron secretos de estilo, en todas sus armonías y rumores.

No necesitó ciertamente la literatura hacer la apoteosis del despotismo para precipitarlo. Napo-

leon predijo su caída: *He desagradado á los pueblos.*

Y en el instante de su derrota, los pueblos, atormentados por las desgracias de tanta lucha, desalentados y tristes, dirigieron con ansia sus recuerdos hácia el pasado, y la Restauración se hace con el advenimiento de los Borbones.

Aquella literatura, cuyos cimientos dieron Mad. Stael y Chateaubriand en los primeros años del imperio, vuelve con el cetro de Luis XVIII.

Pero viene corregida y depurada con las esperiencias, con un carácter de discusión preciosa. Es el mismo carácter que trae la política, porque la Restauración, mejor que un hecho, parece una doctrina, encaminada á conciliar la revolución con las ideas de humanidad y justicia.

Las nuevas generaciones llegan al palenque con todo el ardor juvenil que un entusiasmo delirante inspira. Unos, agrúpanse en derredor del *Diario de los Debates*; otros, buscan sus inspiraciones en Mad. Stael y Chateaubriand. Muchos acuden al Parlamento y con sus elocuentes voces elevan el brillo de la tribuna francesa; algunos satisfacen sus ansias de saber, recogiendo de las literaturas extranjeras infinitos caudales.

De una parte, Cousin llega de Alemania con todas las teorías estéticas de la filosofía de aquel gran pueblo; de otra De Maistre, Thierry y Barante que ensanchan los horizontes de la historia con nuevos principios y originales fundamentos: Guizot, que abre nuevos rumbos á la literatura estudiando á Shakespeare con apasionado sentimiento; Lamartine y Hugo que lanzan al espacio las notas de sus líras; Beranger, que recoge las ansias del pueblo y las transforma en patrióticos cantos; Saint-Beuve y Vigni trayendo elementos á la crítica...

¡Tal era el movimiento, tan brillante el espectáculo de aquel primer impulso de los espíritus!

Pero apesar del fondo caballeresco y cristiano que la reacción dió á esta literatura, á pesar de su respeto hacia la monarquía, todos los hombres de la Restauración sentían las influencias misteriosas de algo desconocido que los llevaba muy lejos de las antiguas creencias; sentían ya en sus almas el rumor incomparable del porvenir y veíanse turbados ante el desvanecimiento de la fé en el trono y de las pasadas tradiciones.

El espíritu cristiano de Chateaubriand, su imaginación ardiente, el escepticismo de su melancolía y las afecciones monárquicas, llevaronle al Parlamento Allí, defendiendo la Restauración pero caminando ciegamente hacia un ideal misterioso, que oculta voz, como á Lázaro, movía su alma, velasele ecléctico á pesar de su cristianismo, sorprendido y fascinado en todas las discusiones. Dijérase que así como fundaba en todas las inspiraciones y en todos los estilos su literatura, fundaba la política en todas las dudas y en todas las perplejidades. Unas veces acudía al derecho divino; otras al liberalismo; hacia la apología del trono y se inspiraba en las virtudes republicanas; como católico, quería conciliar las creencias pasadas, con la nueva filosofía y el progreso de los pueblos modernos. Sus movildades de espíritu se hallan bien manifestadas en aquel discurso pronunciado, acerca de *La Monarquía según la Carta*, especie de amalgama confusa, horrible *pandemonium* de ideas absolutistas y aristocráticas, constitucionales y repúblicas.

Era que el espíritu monárquico quería anticiparse á una resurrección total de sus instituciones; que Vilelle, restableciendo la censura, mataba la libertad de imprenta, obligando á la opinión á esconderse en las sociedades secretas, que la inmundidad del diputado era violada, que el espíritu religioso se enagenaba, en fin, las simpatías del pensamiento.

Por esto, la literatura se adelantó y se separó de la política, llevando el ideal á más apartadas regiones; por esto, aquella, buscaba objetos de odio y aversión contra los Borbones. Beranger y Delavigne estimulaban el amor patrio, é infundían la ira y el desprecio. Courier provocaba la risa contra el ridículo de los aristócratas; Chateaubriand, antes tan adicto de los monarcas, herido en su orgullo, lanzóse á la oposición. El pensamiento buscaba en los recuerdos del pasado y en las citas históricas, las alusiones al trono. Bonald y De Maistre discutían los orígenes del poder; Villemain en la cátedra propagaba y hacia aplaudir en la literatura de los siglos pasados, ideas que la censura no hubiera permitido en la actual; Guizot, Royer-Collard y Cousin, refundiendo la filosofía alemana; la historia, la poesía, la tribuna, y el periodismo se sublevaron contra las invasiones de la monarquía y prepararon la Revolución de Julio.

Muy parecidos en la lucha, aunque más desgraciados que los hombres de la Restauración francesa, fueron por este tiempo nuestros antepasados. La juventud española que oía la lección severa del maestro Lista en el colegio de San Mateo y cifraba las esperanzas en la libertad constitucional, sufrió los rigores de aquella conducta vituperable del monarca; perseguida y disuelta por la faz de Europa en los momentos de la reacción, brillaba en un brevísimo instante de tregua, para eclipsar nuevamente sus luces en la proscripción y en el destierro.

Difícilmente pudiéramos hallar un laurel más preciado que el que mereció y ganó la literatura en esta época. Me refiero á la independencia del país de la democracia y del arte antiguo.

Grecia, sometida al yugo opresor de la Turquía, renace por sus recuerdos artísticos. Rhigas es el

Tirteo, el cantor, héroe y mártir de la libertad.

El entusiasmo poético de su corazón se comunica y propaga en la patria, sirviendo de bandera á la emancipación social. Y cuando la prensa periódica desde Viena, en *El Telégrafo Helénico*, y desde París, en la poesía y en las sociedades literarias, favorece y excita la revolución, Grecia responde al llamamiento como un solo hombre.

Es por este tiempo cuando del lado de Inglaterra aparece la musa del desprecio, personificando á través de una voluptuosa misantropía todos los defectos del siglo, la hipocresía moral y política de la aristocracia puritana. Es también la época de Walter Scott, de la novela, nueva producción de la literatura cristiana, que nace del espíritu individual que la revolución francesa crea en todos los países; es también el momento de Manzoni, iniciando á los austriacos á que levanten sus tiendas de una tierra que no es patria del extranjero; es el instante en que el romanticismo tiene sus mejores cantores, en Lamartine el genio de la meditación y de la soledad, remontándose á un ideal infinito; en Víctor Hugo el inmenso poder de la lírica, sin igual en el colorido; es el período de la crítica ensanchando sus horizontes; es el de la historia; es, en fin, la primavera de la literatura, el esfuerzo más grande de fecundidad, tan solo comparable al de la Providencia en su creación.

Tal era el movimiento literario creado por el espíritu de reacción que la política traía consigo.

Pero la Restauración no podía ser más que el punto de partida que encauzara ordenadamente los nuevos elementos sociales; por esto se desploma la dinastía de la tradición y se levanta un trono popular.

El vencimiento de la clase media en la revolución de 1830, no podía menos de producir influencias decisivas en todos los destinos y en todos los pueblos.

El ruido, la luz y la dirección salían de París, y la Europa intelectual era francesa. Por esto miraban las naciones con envidia los adelantos y reformas que tan rápidamente conseguían los hombres de aquel pueblo privilegiado, y procuraban imitarlos en el entusiasmo y en el peligro de la empresa.

Los príncipes alemanes, poco avaros de promesas para sus pueblos cuando se trataba de recuperar el trono que Napoleón había desplomado, y muy tiranos después que el genio de la guerra se vió como Prometeo encadenado en Santa Elena, propagaron, por la Dieta de Francfort, el odio á la libertad, y encerraron al ciudadano en una red administrativa, cuyas mallas oprimían estrechamente toda manifestación pública.

Sin embargo, el pensamiento de las reformas políticas acudió á las Universidades, encubriéndose en el disfraz de la filosofía, y desde el campo de las abstracciones, que no excitaba la desconfianza de los Gobiernos, educó una guerra terrible contra los tiranos.

Hegel había estendido todos los gérmenes, derramando la sávia de una revolución, en el alma de sus apasionados.

A su muerte, la literatura, despojándose de las formas clásicas, afila todos los estilos y se nutre con todas las pasiones. El grito de guerra le dá Wienburg. La «jóven Alemania» tomando de Juan Pablo la ironía y el humorismo como arma de combate, se lanza con ardor inusitado hácia la democracia. Su bandera es perseguir el clasicismo en literatura; el absolutismo en política, y el fanatismo en la religión.

De los entusiasmos y desesperaciones que este movimiento crea, nacen todos los poetas; sobre ellos brilla el espíritu de Heine, que desde Francia estimula y aviva el fuego que debora á su patria.

No fué para España menos pródiga la revolución de Julio.

La política abría y cerraba la comunicación de los espíritus, y condenaba nuestras letras á una peregrinación incesante desde Madrid á Francia. Los hombres eran como las ideas, el contrabando del liberalismo, y los Pirineos la aduana de los contaminados.

Lastendencias menos absolutistas de los últimos años de Fernando VII y los presentimientos de alianza con el movimiento constitucional permiten las sublimes expansiones del gran Quintana y el progreso del romanticismo que la emigración y las influencias francesas aportaban á nuestro suelo.

Ahora bien, la literatura, tan largo tiempo unida á los destinos políticos de todas las naciones; asociada, ya en la monarquía con Luis XIV, en la revolución con los jacobinos, con Napoleón en el Imperio, y con el grito de la independencia en todas las naciones; influyendo en la precipitación de los hechos; llevando á la revolución la filosofía política y recogiendo en el destierro los estudios de otros países y de otras literaturas; presentándose en la restauración de Luis XVIII cristiana y cenobítica, realista y democrática; convirtiéndose en hombre de Estado con Chateaubriand, y defendiéndose las invasiones ultra-monárquicas de Vilelle, no pudo menos de estrechar sus vínculos con la política de la revolución de Julio, que era obra de sus alusiones al trono.

Cada época tiene un principio de vitalidad que la sostiene y caracteriza. De la misma manera que el Imperio sacrificó en aras de la gloria militar todos los elementos sociales; así como la Restauración tuvo al cristianismo por base y á la Edad

Media por recuerdo, así Luis Felipe asentó en el éxito y en la prosperidad material, todos los destinos de su cetro y la simpatía de su política.

La literatura, que es esclava en la primera época, fué cristiana en la segunda, y es orgullosa é industrial en la tercera.

La aristocracia comercial ha sustituido á la de la sangre. Los adelantos de la industria, crecientes, por las investigaciones de la ciencia; las necesidades que aumentan por el sibirismo de una vida oriental; la diosa del lujo que se muestra con todas las exigencias de la moda, precipitan los deseos y las ambiciones humanas en ánsia devoradora de riquezas.

El *Exito*, dice un escritor ilustre, fué el dios adorado en los tiempos de Luis Felipe. Y así como la trinidad católica, la fortuna, la posición y la influencia eran los tres aspectos de aquel ídolo: ante él se inclinaron todas las rodillas, y á sus mercedes pródigas, favorables ó adversas, aplaudían las muchedumbres con entusiasmo. Para lograrla todos los medios eran justos y razonables. Nadie se preocupaba por conocerlos.

La *posición social*, convertida en *vellocino de oro* y en *jardín de Hespérides*, era objeto de diarias luchas y combates, en los que eran armas el odio y la calumnia, la usurpación y el fraude. Semillante sistema tenía forzosamente que producir deplorables consecuencias.

La perversidad de los sentimientos y la prostitución del alma en el seno tranquilo de las familias; la venalidad y el cohecho en la austera y rígida Justicia, arrastrada por el tráfico inmundado de sus representantes y magistrados; en política, la desigualdad y el privilegio á costa del humilde; los tributos consumiendo al pobre y explotando su existencia mísera; las gerarquías, y los cargos públicos, los Parlamentos y las reuniones augustas, abiertas á todas las invasiones de los audaces y aventureros. Tal era el doloroso espectáculo que ofrecía la Francia, ante un trono cimentado en el oro.

Los hombres de letras quieren resolver favorablemente este grave problema del capital, ya que era objeto del favor público, y en persecución incesante, sacrificándose unos á otros, como en naufragio imprevisto, se lanzan camino de sus ambiciones hacia el dorado sueño, como *Paturot*, desesperados é insaciables.

Por un momento, la literatura parece olvidada de su hermoso destino. La trivialidad del lujo en las ediciones; la elección de un asunto novelesco que agrade á la fantasía del pueblo y excite el tumulto de sus pasiones á la vez que sea venero pródigo de popularidad y de riquezas; todos los detalles de un espíritu mercantil estudiados para el aprovechamiento pecuniario de las Musas; la perspectiva de los reclamos en el periódico; la posibilidad de abastecer las columnas de algún diario con folletines y lograr el favoritismo de los editores, preocupan el pensamiento de los novelistas y empañan con ponzoñoso hálito la limpidez y pureza de los géneros literarios.

Todos, todos los escritores torturaban cruelmente sus ingéños si la imaginación, perezosa ó rebelde, se negaba á producir con la abundancia que la venalidad deseaba. Jorge Sand, que también fué por aquel impulso conducida, confesaba ingenuamente que las páginas tristes y excépticas que á su fantasía inspiraron no eran sino el resultado del suicidio intelectual que causaba el ánsia del oro.

De esta suerte, la emulación era sustituida por la concurrencia y la literatura se convertía como Júpiter en lluvia de oro.

Se atribuye á un cierto cónsul romano que presidió el saqueo de Corinto, que dijo al que había de conducir á Roma los objetos de arte tomados al enemigo: «Cuida no romperlos; pues si tal hicieres, habrás de reemplazarlos»

Aprovechando esta confusión del arte con el oficio, censura y sintetiza Proudhon el estado de venalidad que las influencias de la política de Luis Felipe ejercieron en la literatura. Y en efecto, ¿de qué otras causas pudieron provenir aquellos defectos que la crítica señala en el mayor número de las obras francesas?

El sensualismo casi oriental del estilo; la sutileza en la frase, esa exploración de la ingeniosidad que hace ser buzo á la fantasía, y dá cruel tormento al idioma; el desorden y precipitación con que las composiciones se conciben y ejecutan, ¿qué son sino el dios Mercurio de aquella literatura industrial?

Por otra parte, la inexperiencia de los escritores, y la fatuidad de las medianías que invaden como los mercaderes el templo de Cristo, la decadencia de aquellos sublimes entusiasmos del posterior período de la Restauración, la desconfianza y falta de fé en todos los combatientes de las escuelas literarias, la ausencia de ideas, ¿qué son sino irrecusable prueba de aquella anarquía?

De la trivialidad de esta época resintieronse fácilmente los escritores. Sainte-Beuve, que comenzó á coleccionar en 1831 sus *Críticas y Retratos*, fué ejemplo viviente de aquella influencia. Sus juicios biográficos, que dieron nacimiento á la crítica positivista próxima al naturalismo que había de ser sistematizado más tarde por Zola, adolecían de profundidad de pensamiento; en cambio juzgaba los poetas como productos de ciertas circunstancias personales ó de carácter; prefería á las ideas, la anécdota; los detalles, á la esencia, y el hombre, al autor: apartándose siempre con evoluciones de

períodos poéticos y románticos, del punto principal de su juicio y desvaneciéndose el crítico entre vapores aéreas disquisiciones.

Para corregir estos defectos, se levantaban poderosas y enérgicas, las voces de Leroux y Thery, protestando en sus obras y señalando á la crítica su pasado en todos los pueblos, y el camino filosófico, por donde sus sacerdotes del presente debían dirigirla. En esta misma campaña intervienen el espíritu ardiente y belicoso de Philarète Chasles, ensanchando todos los horizontes con sus excursiones frecuentes y entusiastas á través de las literaturas extranjeras: Gustave Planche, rechazando con recursos de una lógica inverosímil los defectos del romanticismo y despreciando los esplendores del mundo exterior para sostener un arte psicológico é invisible.

En estos instantes de vacilación y de indisciplina, de inconstancias y de incertidumbres, en que el triunfo político de Julio invita á las luchas de la imaginación, una circunstancia viene á agravar tan deplorable estado.

El romanticismo de la revolución de Julio, que se reconocía originario de aquella literatura realista y cristiana de la Restauración, que favoreció el espíritu monárquico, infundía todos los recelos de la inquietud á los liberales y republicanos de Luis Felipe, temerosos de que ayudara insensiblemente la reacción política y cristiana.

Por esta causa, y considerando aquellos que el pseudo-clasicismo contribuyó no poco á derribar con la revolución las envejecidas instituciones de la Edad Media, precipitáronse á sostener con las imitaciones de griegos y romanos una lucha más empeñada y decisiva.

Este espíritu de reacción literaria, favorecido por el monarca y por su ministerio, hallando un defensor entusiasta en el republicano Nisard que con acerba crítica y desapacible gusto zahería á la nueva escuela, obtuvo éxitos y produjo víctimas.

Guizot, panegirista de Shakespeare, modifica sus ideas literarias, Thiers y Molé sostienen la reacción; un solo librero, Didot, en muy contados años, recibe para la reimpresión de autores latinos 650.000 francos. Poirson, aprovechando las cualidades artísticas de la Rachel, intenta resucitar en el teatro la tragedia: los folletínistas estimulan desde el periódico la exaltación febril que comunican al público las representaciones de *Cinna* y los *Horacios*, y los escritores, reflexionando que las ideas progresistas en las letras no daban sitio en el banquete ministerial, ni proporcionaban cátedras, ni bibliotecas, ni pensiones, pasan precipitadamente aquel camino de *Damascos*, que si fué en el Sálulo de las escrituras la ocasión de su metamorfosis cristiana, fué en estos el motivo de innumerables apostasías.

Con dos, nada ménos hizo Nisard su fortuna; y, este ejemplo en la memoria de Musset, el jacobino romántico, de Quinet, el crítico incansable, y en la de otros muchos imitadores de integridad dudosa concedióles más de una condecoración.

Los espíritus que se hallaron en la Restauración, aguerridos en todas las luchas, y expertos en el conocimiento de todas las dificultades; que adivinaron el progreso de la obra revolucionaria y comprendieron el camino que había de conducir á su destino, consiguieron con el triunfo de Julio, una victoria política. Por el contrario, la literatura que se desarrollaba en una reacción política y cristiana, y había llegado en los últimos años, á su mayor apogeo, que definía sus horizontes, y organizaba sus ejércitos, sorprendida por la violencia de una mutación rápida, confusa al oír los lamentos de nuevas víctimas, y los ruidos de otra destrucción, temerosa del porvenir, perdiendo como el extraviado navegante el resplandor luminoso que á benéficas playas le conduce desordenó sus legiones á la vista de las barricadas y desenlazó todos los vínculos de la disciplina.

Hé aquí por qué á esta dispersión suceden la diversidad de objetivos en los escritores. Unos, que acuden por el impulso de sus ambiciones á las luchas de la elocuencia, y haciendo de la literatura escabel para alcanzar los frutos de la política, llevan á ésta los mismos ideales y fantasmas que aquella les enseñó á soñar, y ven que al contacto de la realidad desaparecen como las aéreas figuras del espejismo. Otros, engreídos en ese pontificado que la popularidad en solo un día levanta, ocultando en el orgullo la ineptitud, disputan como los dioses y escriben y hablan de literatura en aquella forma de austeridad pedantesca que usaban los Levitas de Israel en sus oraciones al Sér Supremo.

En medio de las incertidumbres, flotando como el arca santa entre las tormentas del cielo y de la tierra, zozobrando unas veces, pero libertándose del peligro en todas, desapareciendo bajo el poder de la censura, ó alzándose con la arrogancia de su gran destino, véfase llegar á puerto hospitalario la combatida nave de la poesía.

Ciertos espíritus, que congregados por la identidad de fines en el trabajo de una misma obra, conservaban con la religiosidad de las Vestales el sagrado fuego de una literatura más pura y menos venal que aquella otra, libraban toda especie de combates, y definían sus principios con la victoria.

La crítica, que restallaba el látigo en todas las susceptibilidades, era demoleadora en Planche y servía á Sainte-Beuve para restaurar.

Este último, organizaba todas las inteligencias; con ardiente impulso, sin punto de reposo á su

voluntad acudia de uno á otro lado de los poetas, desde Vigny á Hugo, desde Beranger á Lamartine y les comunicaba todos los entusiasmos y alientos; les fortalecía en el desmayo y les reprimía en la temeridad.

Decía Sainte-Beuve: «el arte se despoja del pasado á quien amó; en estos momentos el único afán porque palpita es la emancipación. Es preciso para lograrla en el porvenir oponer á las fiestas y altercados de la política y de la industria, las soberanas fiestas de la poesía»

Y en efecto, bajo esta bandera se agrupan multitud de jóvenes entusiastas á quienes las luchas de la discusión política animan á combatir en las letras. A este deseo generoso, ayudado por el estímulo de la crítica, responden aquellos éxitos del grupo literario de la Plaza-Real, arriesgados en la escena entre tormentosas dificultades, cuyos recuerdos inspiraron á Gautier páginas de oro, escritas por el entusiasmo y peligro con que el triunfo se conseguía.

En medio de este general desorden, cuyas consecuencias hemos de liquidar más tarde, el periodismo ejerció una poderosa influencia.

Punto de intersección entre la política y la literatura, nació para el siglo XIX como el libro para el XVI, obedeciendo á las evocaciones de la sociedad y á las necesidades de la conquista.

El pensamiento que en las civilizaciones antiguas se petrificaba en las esfinges, ó se oscurecía entre los velos del templo, tuvo necesidad de un ejército y halló en Gutenberg su organizador.

Armada con la palabra la inteligencia, el periódico no ha sido más que el corolario de la invención de la imprenta.

Inaugurado nuestro siglo por los efectos de una revolución, ha manifestado en su ánsia por el progreso una precipitación inusitada en propagarle; de aquí la ligereza y rapidez del periódico.

Su estilo es siempre la fotografía del estado de los espíritus. Como la tierra delata á través de los cráteres de sus volcanes el fuego que dentro la devora, deja ver en sus líneas las pasiones de su inspiración.

En las relaciones de la política y la literatura el periódico es quien más claramente las manifiesta. Ha sido el vínculo estrecho que las ha sostenido en los combates de la libertad. Ambos escritores, el político y el literario, se han confundido en un solo hombre.

Aquellos que en Alemania exigían de los gobiernos el cumplimiento de las promesas constitucionales, y que difundían con patriótico entusiasmo, los derechos del hombre, recabaron de la intransigencia las libertades del arte. Los mismos que en la prensa de Viena y París escitaron á sus compatriotas á la independencia griega, cantaron los recuerdos de su edad pasada. Los que en nuestra patria señalaban con la elocuencia poderosa de la tribuna el advenimiento de la democracia, muchos de aquellos que desde el periódico satirizaron el despotismo, combatían por el nuevo evangelio y daban al teatro sus inspiraciones románticas.

Esto había sucedido en Francia, lo mismo en el Imperio que en la Restauración. En el periodismo, Fontanes y Chateaubriand habían sintetizado la política y la literatura de la época hasta que el advenimiento de los Borbones, reconociendo la libertad de la prensa abrió ancho campo á todas las discusiones, y la literatura recibió aquel carácter militante que la política le comunicaba con todas sus pasiones y desenfrenos. En el mismo periódico, la crítica literaria, la novela y la poesía popularizaban las doctrinas de la nueva escuela, y los artículos de oposición política, dirigían cargos al ministerio.

Pero cuando la revolución de Julio, asegura el triunfo de este nuevo elemento cuyo poder, desde el 89, aumentaba con rapidez vertiginosa amenazando devorar al libro y absorber todas las manifestaciones del pensamiento; cuando se desarrollaba la instrucción pública, verdadera gloria de Luis Felipe, y el periódico trata de acelerar con la baratura de su precio la popularidad de sus ideas, produjéronse, por aquella asociación íntima entre el literato y el escritor político, las influencias perniciosas del mercantilismo literario. Girardin, verdadero Vespucio de este descubrimiento heredó su carácter inquieto y revolucionario con la pasión dominante de su época. Su existencia, que había sido la primera aventura de su vida, le imprimió el sello indeleble de una predestinación borrascosa que condujo su espíritu á todas las audacias de la ambición y á las aspiraciones turbulentas de una fantasía agitada por la fiebre de la popularidad.

Desde que la efervescencia industrial movió todos los estímulos del corazón humano, Girardin mantenía en su alma un pensamiento inquieto, que no llevó á cabo sino hasta la fundación de *La Prensa*. Su publicación fué el grito de guerra de la reforma.

El éxito justificó bien pronto que el periodismo había encontrado en la baratura de su adquisición el poder y la fuerza de su propaganda.

E. GOMEZ ORTIZ.

(Continuará.)

## SISMONDI.

Sismondi nació en 1773 en Ginebra, y descendía de los condes de su apellido, que á la caída de Pisa, su patria, fueron á establecerse en el Delfinado, donde abrazaron la religion reformada. La revocacion del edicto de Nantes condenó su familia á un nuevo destierro, y se refugió en Ginebra.

Sismondi sintió desde la infancia la pasión de la política. A los diez años fundaba con los hermanos de Benjamin Constant una república ideal, de la que todos los ciudadanos debían ser virtuosos y felices por la Constitución. Tenía el gusto del estudio, y aprovechó el tiempo en las escuelas de Ginebra, y luego aprendió el comercio en Lyon en la casa de un banquero, adquiriendo la inteligencia práctica de los negocios, que aplicó más tarde á la economía política, de la que publicó una obra notable, y siguiendo las huellas científicas de Adam Smith y de Quémay, defendió la libertad de comercio.

Las luchas civiles de Ginebra obligaron á Sismondi á partir á Inglaterra, y se consagró á conocer su idioma y sus instituciones; á su regreso encontró también en su patria la guerra civil, y fijando su residencia en la Toscana, publicó un tratado sobre la agricultura.

Como todas las libertades están unidas por una estrecha solidaridad, al mismotempo que Sismondi dió á luz su tratado sobre la riqueza comercial, hizo un estudio sobre las constituciones de los pueblos libres, animado del mismo espíritu liberal. No separó el estudio de las instituciones políticas, del de las condiciones de la prosperidad material de los pueblos, y el de la historia, completando las tres ciencias, persuadido con razon de que las teorías ideales no pueden ser aplicadas con certidumbre, sino coregidas á la luz de la experiencia histórica. Unió el pasado, el presente y el porvenir, penetrado de la grandeza de los destinos humanos, convencido de que el fin último de las sociedades es la aplicacion de los principios eternos de la justicia y del derecho.

Así la historia es una regla, una luz que guía á las naciones, el auxiliar indispensable de la política, y hace realmente aprovechar el presente y el porvenir de la experiencia del pasado.

Si se pregunta sobre qué principios descansa la Constitución de un pueblo bien gobernado, se encuentran, dice Sismondi, dos máximas contrarias, profesadas por dos escuelas políticas opuestas. De un lado, la fórmula contradictoria: *Todo para el pueblo, y nada por el pueblo*, y del otro esta divisa más consecuente: *Todo para el pueblo y por el pueblo*.

Las primeras son las restauradoras de la monarquía absoluta, porque reconocen que el interés del pueblo es la ley suprema de la política, y excluirle de toda participacion en los negocios públicos, es caer en la más patente contradicción.

El verdadero medio de asegurar la felicidad de las naciones es encomendarlas la direccion de sus destinos; es preciso que el pueblo tome una parte directa en la gestion de los derechos del país, para que sepa amarle. La sociedad no debe solamente á sus miembros la independencia exterior y la seguridad interior; es necesario además, que eduque sus almas, que las eleve ante la noble ambicion del progreso moral, que les arranque á los cálculos egoístas, que les inspire las grandes virtudes que constituyen al ciudadano, y que les enseñe á sacrificar sus intereses personales por el bien público.

Prohibir al pueblo la vida política, es encerrarle en el círculo estrecho de los viles goces y de las preocupaciones materiales, es corromper su corazón y degradar su dignidad.

La primera forma de las sociedades, segun la opinion de Sismondi, ha sido la libertad, de la que los pueblos se dejaron despojar por descuido, por indolencia y por debilidad. Pero no hay un pueblo que no conserve al ménos un vago recuerdo de sus libertades perdidas, que no recuerde haber tenido otras veces grandes asambleas públicas y franquicias municipales. Cuando la Francia resolvió salir de la larga infancia en que la habian tenido los reyes, reclamó sus Estados generales, y cuando nuestra patria quiso sacudir el yugo de la monarquía absoluta, recordó el altivo juramento de sus antiguas córtes, y la libertad italiana ha tenido por primer fundamento el recuerdo siempre vivo de sus viejas libertades municipales.

En nombre de la razon y de la historia, Sismondi recomienda á los pueblos que avancen por el camino de un progreso lento y continuo, hasta que se haya reconquistado el terreno perdido, porque los bienes que no se deben á la fortuna, sino que son el precio de grandes y de largos esfuerzos y de costosos sacrificios, deben ser más queridos y más apreciados, y sin embargo, Sismondi reconoció que son algunas veces necesarias las revoluciones; sobre todo cuando no puede existir acuerdo posible entre los gobiernos y los pueblos, entonces es urgente que el pueblo se haga justicia, y tome enérgicamente posesion de él mismo.

Es un consuelo ver las doctrinas más favorables á la libertad, profesadas por un historiador y filósofo, por un gran espíritu madurado por los estudios más profundos, versado en la ciencia de los hechos y de las ideas, á quien no puede acusarse de ser un utopista ó un demagogo. La libertad es la vida, y la vida es inseparable del mo-

vi niento y del progreso. Sismondi añade una consideracion de un orden superior. Aunque fuese verdad que los países libres están expuestos á crisis desconocidas á los pueblos sometidos al yugo monárquico, la libertad es un bien bastante grande para que se consienta en pagarle con algunos sufrimientos, y vale más la libertad con las agitaciones, que se pretende sean inseparables de los gobiernos libres, que la paz nauseabunda del despotismo, y es un error tan reconocido que la libertad sea una causa de desordenes y de abusos que, al contrario, los abusos desaparecidos del mundo despues de más de medio siglo, no han cedido sino á la voz de la libertad y á la autoridad de la conciencia pública manifestada por la libertad de la prensa y de la tribuna.

Grandes esfuerzos son necesarios todavía para extirpar la raíz de vicios y de coruptelas que impiden el desarrollo de la libertad en todas sus manifestaciones, porque imperan en algunas naciones las doctrinas eclécticas y materialistas en filosofía y en política, que vinculan en determinado número de clases privilegiadas el goce de los derechos políticos que corresponde á la universalidad de los ciudadanos.

El czar Pablo I, que no conocía más que los escritos económicos de Sismondi, le ofreció una cátedra en Wilna con un gran sueldo, pero el publicista rehusó ofertas tan brillantes, comprendiendo que no podía enseñar los principios de la libertad en un estado regido por un gobierno despótico.

En 1803 conoció á la célebre escritora señora de Stael, hija del famoso ministro Necker, y se inspiró de su conversacion y de sus obras para dar en Ginebra un curso sobre las literaturas del Mediodía, que publicó despues.

En 1813 fué por vez primera á París, y los salones de las principales notabilidades de la época le acogieron con agrado, merced á las recomendaciones de la señora de Stael y de Benjamin Constant. Al principio juzgó con excesiva severidad á la sociedad francesa, que le pareció ocupada solamente en hacer fortuna, porque en su juicio la aristocracia no conservaba el espíritu de desinterés caballeresco que le habia distinguido largo tiempo. Encontró todas las almas avasalladas por el despotismo imperial que dominaba en Francia.

Efectivamente; el espectáculo degradante de una nacion supeditada á la voluntad omnímoda de un hombre que concentraba en su mano todos los poderes, único dispensador de los empleos y de los cargos públicos, debia indignar á un pensador liberal como Sismondi.

En 1814 adoptó por patria la Francia. «Yo he evitado, decía, con todas mis fuerzas ser confundido con esta nacion, cuando ella era triunfante, pero yo siento en el momento de sus reveses que estoy adherido á ella. Mil relaciones de opinion ligan de una manera indisoluble á los que poseen una misma lengua y una misma literatura.»

Sismondi, en la misma carta, que escribió de Pescaia, expresaba una justa desconfianza con motivo de la obra de la coalicion.

Comprendía que los príncipes no se coligan jamás para asegurar la libertad de sus súbditos, y que la coalicion oprimiria los pueblos, que ella se vanagloriaba de emancipar. Seguramente, las naciones no deben esperar su libertad de la magnanimidad de sus dueños, sino de la energía varonil de los pueblos.

Sismondi, adherido á la causa de la libertad francesa, aplaudió la publicacion del acta adicional, y tuvo una entrevista con Napoleon, á quien felicitó de haber hecho de la libertad la base de su política, y de haber recordado al fin que el imperio era hijo de la revolucion. «Yo no lo he olvidado nunca,—respondió el Emperador,—pero yo no entiendo como vos los principios de la revolucion. Sin duda,—replicó Sismondi,—de otro modo no hubiérais creado tantos príncipes y duques, en un país democrático, vos, hijo de la democracia.»

Despues del triunfo de la coalicion permaneció fiel á la causa de la libertad vencida.

Cuando vió en 1830 vencedora la revolucion de Julio, y á sus amigos en el poder, les señaló la vanidad y el peligro de la ficcion social que era el fundamento del Gobierno de un pueblo encerrado en el círculo estrecho de un pretendido país legal; no consideraba autorizadas á las clases que le dirigian á juzgarse representantes legítimos de la nacion, porque todos los ciudadanos tenían el derecho de intervenir en la administracion de los negocios públicos.

Creía con razon que las masas populares podian encontrarse momentáneamente reducidas, por falta de instruccion, á una especie de incapacidad política, pero que era preciso sacarlos prontamente de este estado de inferioridad, y ponerles en el caso de usar de sus derechos con discernimiento, en vez de confiarlos contra toda justicia.

Nosotros opinamos que el ejercicio práctico de la verdadera libertad, que encarna y resume todos los derechos, educa á los pueblos más que todas las teorías políticas y filosóficas; solo de este modo se puede mejorar su condicion material y moral.

Sismondi tuvo el mérito de prever la importancia que deberían tomar en un porvenir proximo las cuestiones de reformas sociales en una época en que sus amigos elevados al poder por la revolucion se obstinaban en desdeñarlas.

Su noble alma abrazaba todas las buenas causas, la libertad universal, la abolicion de la esclavitud, la emancipacion de la Grecia y de la Italia.

Reclamaba que los Austriacos se retirasen á su país, y dejasen la Italia libre á los Italianos.

Su deseo más ardiente era que las naciones, renunciando á las conquistas estériles, cesaran de oprimirse las unas á las otras, y que independientes y dueñas de sus destinos empleasen toda su actividad en el desarrollo de su prosperidad interior y de su libertad.

Un escritor de talento ha pretendido que este amor de la humanidad y de la caridad universal que inspiraba á Sismondi, tenía su fuente en su corazón, que era cristiano, en el sentido dogmático de la palabra, que creía en la revelacion y en la gracia; y sin embargo de esta opinion, en una carta dirigida á uno de sus amigos, á propósito del libro de Silvio Pellico, dijo expresamente: «Nosotros no somos de la misma religion... Ellos son de la religion de los poetas, yo soy de la religion de los legistas».

Lo que demuestra que las religiones y las filosofías ejercen influencia distinta sobre los hombres, que no es preciso buscar la explicacion de la naturaleza humana, sino que, por el contrario, es la naturaleza humana la que las explica y esclarece.

La idea fundamental de los *Estudios sobre las Constituciones* estriba en dos móviles diferentes que obran sobre los hombres reunidos en sociedad: el amor y el temor, el amor inspirado por el derecho, el temor inspirado por la fuerza, y por consecuencia existen dos clases de pueblos: los conducidos por el temor, los pueblos esclavos, estos rebañes que merecen á penas el nombre de naciones, y los que no obedecen más que al amor, los pueblos libres. La Constitución de estos últimos es la obra de la razon y de la experiencia, que tiende por mejoras sucesivas á conducirlos al pleno goce de la libertad, al reinado del derecho, mientras la Constitución de los pueblos esclavos opone obstáculos inmensos al desarrollo de la vida pública, encadena la nacion á la inmovilidad, cuando no la impulsa á la decadencia y á la ruina, concentrando todos los poderes en las manos de un hombre ó de una casta privilegiada que somete á todos los hombres aislados y desarmados á sus piés. Conviene estudiar la Constitución de los pueblos esclavos para que el alma se perete de horror por el despotismo, y la de los pueblos libres para confirmarla en el amor de la libertad, que es el ideal de la humanidad y el tesoro de la civilizacion.

Sismondi, espíritu práctico, tanto como liberal, distinguió la libertad de los abusos que se pueden cometer invocando su nombre. El carácter distintivo del derecho es la universalidad; el derecho pertenece á todos, el abuso es un privilegio que aprovecha á algunos y perjudica á otros; nadie puede ser privado del derecho de discusion, pero no se puede exigir en el derecho la facultad de difamar á su prójimo y de excitar á los ciudadanos al odio y á la guerra civil.

El derecho de discutir, dijo Sismondi que era más importante que el derecho mismo de votar. La historia lo prueba. Un dia, en Inglaterra, un ministro dirigió á la minoría estas duras frases: «Yo estoy admirado del ruido que hacen aquí los diputados de la minoría,» y esta minoría muy reducida en número, tan desdeñosamente tratada, pedía la abolicion de la ley de los cereales. Ella se elevó poco á poco hasta ser la mayoría, y las leyes de los cereales fueron abolidas.

Cuando imperaba la Restauracion en Francia, Benjamin Constant, el general Foy, Casimiro Perrier, y algunos otros, reclamaban los derechos consagrados por la Carta otorgada por un Borbon. Un miembro de la mayoría les dijo: «¿Por qué hacéis tanto ruido, si no sois aquí más que seis?»

—Sí, respondieron; pero tenemos detrás de nosotros toda la Francia.

Sismondi criticó vivamente la ley electoral de 1830. Dijo que aquella ley enviaba á la Cámara celebridades de distrito, ciudadanos poco esclarecidos para impulsar el progreso, y seducido por el espectáculo de las pequeñas ciudades italianas de Florencia, donde sobre 400.000 habitantes, 5.000 solamente participaban de la vida pública, y estos 5.000 eran repartidos en cuerpos de oficios, y cada oficio regido por un prior, propuso una Cámara en la que fueran representadas todas las fuerzas, todas las energías del país, en la que todos los elementos del trabajo, de la industria, del comercio, de la propiedad, de la religion y de la ciencia, concurrieran al reglamento de los intereses públicos.

Para asegurar á cada una de estas clases su influencia legítima de poder, concibió una Cámara de 525 miembros, 210 elegidos por los obreros, 210 por la clase media y 125 por la ciencia; estos últimos debían hacer constar su capacidad por sus títulos y no exigía más condicion para los artesanos que la de que supieran leer y escribir.

Juzgamos que esta concepcion legislativa de Sismondi era una utopia y un error, porque las preocupaciones, los intereses, las rivalidades de cada casta predominarian en las deliberaciones, defendiendo cada una sus privilegios, los intereses de su profesion, sus preocupaciones de cuerpo, porque la paz y la justicia no pueden reinar sino en una sociedad de ciudadanos que gocen de los mismos derechos y contraigan los mismos deberes.

La desigualdad que observamos en el mundo físico é intelectual, cesa en el dominio de la conciencia, porque en su santuario todos los hombres

son iguales, tienen las mismas obligaciones morales, y por consecuencia los mismos derechos.

Sismondi, al aplicar al orden político la desigualdad de las profesiones, violaba la ley de la naturaleza humana. ¿Qué significaba un colegio electoral formado solamente por obreros, otro constituido por comerciantes ó industriales, y otro por hombres de ciencia?

Los ciudadanos elegidos por elementos tan discordantes, se dividirían en la Asamblea en grupos especialmente unidos por sus afinidades profesionales, y los obreros, los más pobres, no podrían resistir al ascendiente de los ricos, de los poderosos, y así se encontraría restablecida la feudalidad de la fortuna.

Este sistema es tan absurdo como quimérico. Más digno y elevado fué su pensamiento al concebir la urgencia de las reformas sociales, herido su corazón por el espectáculo deplorable de las miserias del pueblo y aspirando en lo posible á remediarlas.

En su juventud había adoptado las doctrinas económicas de J. B. Say y de Adam Smit, y más tarde conmovido por los inconvenientes del trabajo, más que de las ventajas de la producción, distinguió dos ramas diferentes de la ciencia económica, la una ocupada exclusivamente de la producción y de los medios de aumentar la riqueza, no teniendo un gran cuidado de las necesidades de los obreros; la otra atendiendo no más á las personas, y á los inconvenientes que resultan de una producción excesiva.

Al ver al hombre agobiado por el trabajo de una producción desenfrenada, privado de todas las alegrías de la vida, de la afección de una familia, se esforzó en mejorar su condición, asegurando á todos un mínimo de bienestar, un alimento suficiente, un abrigo contra las injurias del tiempo, el vestido que exige el clima y la seguridad del día siguiente.

Estos problemas preocupan hoy á los hombres pensadores, á los amantes verdaderos de la humanidad. Por más que es reconocida la libertad de comercio, como el solo remedio á los excesos de la producción, Sismondi, como los socialistas modernos, condenan los enormes estragos que produce con deplorable frecuencia el *dejar hacer*, la terrible concurrencia, y á pesar de algunos errores son guiados por principios generosos, y debemos honrar la memoria de Sismondi, que consagró su vida entera á la defensa de la libertad y de la dignidad humana.

EUSEBIO ASQUERINO.

## HISTORIA DE UNA HUELGA.

Aunque la huelga de los cajistas poco há verificada, ha perdido mucho de su interés, habiendo demostrado la experiencia á los operarios que la iniciaron y siguieron, que obraban movidos por mal consejo, como quiera que la cuestión no está aún resuelta, hallándose sometidos sus promovedores á un procedimiento criminal, parécenos oportuno recordar en estos momentos lo ocurrido en Francia en ocasión parecida con motivo de otra huelga de los cajistas de imprenta ú obreros tipógrafos, como allí se les llama, acaecida en Setiembre de 1862.

Entonces como ahora, y eso que aquella huelga aparecía con más razón que la presente, pudieron convencerse los incautos obreros que su conducta no era la más atinada y justa; que los recursos de las sociedades cooperativas son por extremo limitados y que el capital y el trabajo no son ni pueden ser antagonistas, sino, por el contrario, armónicos, completándose uno á otro, según proclama la moderna escuela económica.

En 1843 se estableció, de acuerdo entre los impresores de París y los cajistas, una tarifa de precios de la mano de obra, trabajo que debía ser revisado cada cinco años en una reunión de principales y operarios. Los sucesos de 1848 impidieron la revisión en la fecha convenida no procediendo á ella hasta 1850. La reunión celebrada entonces sólo acordó modificaciones sin importancia, pero resolvió que en lo sucesivo ninguna revisión podría provocarse más que por una comisión arbitral establecida para conocer de todas las diferencias entre obreros y patronos y para preparar su solución.

Cuatro años después los principales abolieron esta comisión por su propia autoridad, y este estado de cosas se prolongó hasta 1860 sin reclamación de los operarios.

Sin embargo, las condiciones de la vida material en París se habían modificado profundamente, y el salario del trabajo tipográfico estacionado desde 1843, resultaba notoriamente insuficiente. El Gobierno se compadeció y autorizó por decreto de 1860 la formación de una sociedad de socorros mutuos de los cajistas.

Eugenio Gauthier, llamado el 26 de Mayo á la presidencia de esta sociedad, se propuso enseguida conseguir la revisión de la tarifa. Su actividad multiplicó las diligencias. Se acercó primeramente al Consejo de los principales del gremio, después al presidente de la corporación de impresores, y tras estas tentativas infructuosas provocó entre los cajistas una petición, que enseguida se cubrió de adhesiones, y en la que reclamaban en nombre de la equidad más de 3.000 firmantes que se acomodase á nuevas bases la remuneración de su

trabajo, teniendo en cuenta el aumento de gastos que les imponía para en adelante la carestía de todos los artículos.

Contestando á esta petición, hicieron saber los impresores á los cajistas que estaban prontos á convenir por su parte en que se restableciese la antigua comisión arbitral, suprimida desde 1850. Eligióse comisarios de una y otra parte, que después de celebrar algunas estériles conferencias, se declararon impotentes para resolver el conflicto y cesaron de reunirse.

Entonces los cajistas dirijieron sus quejas y sus esperanzas hácia la autoridad administrativa. Gauthier escribió al prefecto de policía, sometiéndole una proposición de arbitraje; los comisarios de los obreros se presentaron, por su parte, al ministro de Comercio y después al Emperador.

Contestóseles que el Gobierno no podía intervenir en la reglamentación de las condiciones del trabajo.

A la vez, la corporación de impresores rehusó definitivamente acceder á las peticiones formuladas por los cajistas.

Este postrer fracaso produjo la retirada de los comisionados elegidos por los tipógrafos; dieron cuenta á sus comitentes por medio de una circular en que se exponían las gestiones que inútilmente habían hecho, abandonaron entonces los obreros muchos talleres, y el ministerio público dedujo de esta concurrencia de circunstancias el delito de coalición y les sujetó á un procedimiento criminal.

La comisión que representaba los cajistas buscó como defensor y patrono de los procesados al eminente y elocuentísimo abogado Berryer, que en la Audiencia del 27 de Setiembre de 1862, y sala 6ª del Tribunal de policía correccional del Sena, pronunció una de sus mejores defensas. Y como en ella se hace la historia de este asunto tan parecido al que hoy preocupa entre nosotros la atención de obreros é impresores y se hacen consideraciones de orden legal y económico dignas de tomarse en cuenta, parécenos oportuno transcribir aquí, traduciéndolo de la colección de sus defensas, algunos de los períodos principales de aquel trabajo.

Hé aquí, cómo exponía la cuestión el célebre abogado y orador:

«Los hechos que originan esta causa son antiguos: considérese que se han realizado al cabo de quince meses de deliberaciones, de discusiones, de promesas no cumplidas, después de quince meses de gestiones intentadas con una franqueza, una lealtad y un sincero sentimiento del bien público, que merecen elogios, y se podrá apreciar mejor la conducta de estos hombres y de los que habían elegido como delegados. Voy, pues, á exponer primeramente ante vosotros la causa en toda su integridad; después examinaré la ley y su espíritu, no me limitaré á la discusión de un decreto, sino que contemplaré lo que demandan la razón, el buen sentido, la apreciación de las intenciones del legislador.

¿De qué se trata? De una revisión de la tarifa á fin de convenir en un ligero aumento de salarios. Tratóbase principalmente de mantener el principio de las tarifas destinadas á regular las condiciones respectivas de los contratos entre patronos y obreros. Y esta revisión había sido además reconocida como indispensable; hacia veinte años que los obreros trabajaban con sujeción á una tarifa que no remuneraba el trabajo. No puedo dispensarme de leerlos el preámbulo de la tarifa de 1843 convenida entre impresores y tipógrafos. Esta lectura arrojará luz sobre la necesidad, reconocida por ambas partes, de una tarifa.

Tanto en la imprenta, como en la mayor parte de las demás profesiones, no presidía hasta ahora para la fijación de los salarios, ninguna base, ninguna regla cierta. En este punto, todo descansaba en tradiciones cuya autenticidad no tenía garantía y que la memoria más ó menos fiel, más ó menos desinteresada de una ó de otra parte contratante, reproducía con frecuencia de un modo diferente y alguna vez en diametral oposición. De este modo, cuantas discusiones y luchas surgían entre el patrono y el obrero y no reconocían otra causa que la falta de una tarifa equitativa, á la cual hubiera sido posible acudir para resolver dificultades insignificantes al principio, pero irresolubles después, porque cada parte pretendía estar asistida de la razón.

Y de estas luchas que les colocaban en estado permanente de hostilidad, nacían la desconfianza entre el patrono y el obrero, el trastorno de sus relaciones y frecuentemente la anarquía en los talleres.

..... La primera de estas medidas debía ser evidentemente el establecimiento de una tarifa uniforme de los precios del trabajo.

Los artículos 40 y 41 de la tarifa de 1843, prescribían que la tarifa se revisaría al cabo de cinco años en las conferencias de patronos y obreros.

Se había comprendido que por la marcha natural de las cosas, el desarrollo de la población de la capital, los cambios en las necesidades de la existencia, hacían indispensables sucesivas revisiones y por esto con toda prudencia en 1843, se fijaron cinco años como período durante el cual no se podría pedir la revisión.

¿Qué sucedió? Vais á ver cómo han obrado estos hombres á quienes se os presenta como agitadores. El término de cinco años tenía un vencimiento desgraciado, el año 1848, momento difícil, época de crueles pruebas para las empresas comerciales é industriales. ¿Se aprovecharon los agitadores de las circunstancias políticas? No, á la verdad; tienen demasiado honor para esto; dejan pasar los tiempos de perturbación, esperan. Llega por fin, una época algo tranquila, el año 1850, y este es el momento que eligen para hablar de revisión. Hé ahí el primer hecho, Señores, que me impresionó desde un principio y como hallé á cada paso en esta causa pruebas múltiples y completas de la lealtad de los obreros tipógrafos, no vacilé en encargarme de su causa y voy á defenderla seria y extensamente.

«En 1850 procedióse á la revisión por una comisión compuesta por mitad de patronos y obreros. La nueva tarifa introduce pocos cambios en la de 1843, la tasa de los salarios no sufrió alteración; solo se adicionaron algunos artículos especiales. De suerte, que en esta sociedad revoltosa, cuyas tendencias se os ha dicho que son perturbadoras, no se añade, nada ó casi nada á las consideraciones de la primera tarifa. La de 1850 contiene una disposición,—no ha parecido digna de atención al ministerio público,—que tiene ciertamente importancia por los términos en que está concebida.

Dispone el artículo 46 que esta tarifa regirá á partir del 15 de Marzo de 1851, porque es indispensable siempre fijar una fecha, hasta el día de su revisión, y en el artículo 47 no se dice que la revisión se verificará á los cinco años sino solamente que podía verificarse á petición de la comisión arbitral permanente que no se había instituido para conocer de todas las dificultades que habían de someterse.»

Dicho esto, continuó el relato de los hechos. Un hombre llama entonces la atención de la autoridad, y este hombre está hoy ahí en ese banco con otros ocho, acusado de fomentar la agitación.—Un acuerdo de 26 de Mayo de 1860 le nombró presidente de esta sociedad; su inteligencia, su benevolencia son conocidas y apreciadas.

En medio de estas transformaciones de que os hablaba, Gauthier conocía mejor que nadie el sufrimiento de los obreros tipógrafos; todos los días tiene este espectáculo ante sus ojos, vé la insuficiencia de la tarifa de 1843, que no se ha variado al cabo de veinte años, puesto que la de 1850 solo introdujo insignificantes modificaciones; busca por tanto un medio prudente de practicar una revisión en el año 1861, y escribe un proyecto de carta para el ministro del Interior. ¿Cuál es este proyecto? ¡Ah! vais á ver en él manifestarse ya el pensamiento que inspirará el anuncio de los redactores de la circular.

En esta carta, manifiesta que el salario actual, suficiente en 1843, no lo es en 1860; que el trabajo tipográfico ha sufrido profundas modificaciones; que todas las industrias, han elevado sus antiguas tarifas; que se ha hecho precisa la revisión amistosa, y en su consecuencia, solicita autorización, para todos los firmantes, miembros por diversos títulos de la gran familia de la tipografía parisiense, patronos, regentes y obreros, para reunirse en común á fin de convenir amistosamente en la modificación de las tarifas actuales, comprometiéndose á observar las tarifas en cuanto á los trabajos pendientes, como también á respetar el principio fecundo de la libre concurrencia.

Nada, con seguridad, más prudente, nada más conciliador. Veamos qué hace Gauthier, que aparece como instigador del desorden. Antes de remitir su carta tiene necesidad de oír un parecer y vá á pedirle ¿á quien? Al presidente del Consejo de los principales.—Yo no puedo mezclarme en eso, le contesta éste; habiendo de ser juez en las cuestiones de las tarifas, acuda usted al presidente de la junta de impresores, M. Plon. Este aprueba el proyecto, créese que la revisión es una medida equitativa, que espera será aceptada por la junta de principales. Pero es indispensable dar á estos aviso y presentarles una petición suscrita por 2.682 firmantes, la tengo á la vista y observo todavía en ella la moderación en las ideas, la prudencia en la frase que he tenido ocasión de demostrar en los precedentes documentos.

Fijemos bien los hechos. No voy á discutir el proceso dirigido antes contra los obreros de Dupont; aquel proceso, en mi concepto, está bien resuelto, porque los patronos tienen libertad de admitir á los obreros que les convengan y nadie tiene el derecho de imponerles obreros varones antes que hembras. Yo acepto para todas las industrias la libertad de valerse de los medios más económicos; pero veamos si la coalición de los impresores no es flagrante. En Enero, Julio L'Clère, miembro de la comisión mixta, admitió mujeres en sus talleres con rebaja del salario. El 20 de Marzo se rompen las conferencias y el 24 Dupont introduce también mujeres en sus dependencias de Clichy, con 30 por 100 de rebaja para determinar á los obreros á consentir en el no aumento de su tarifa.

¡Ese es un medio de acción de un cuerpo que delibera, que ejerce un poder colectivo en hombres reducidos á la debilidad de su acción individual! ¡Es un mal medio!

El 25 de Marzo la sección obrera de la comisión que nada quiere resolver por sí, provoca el voto de sus compañeros sobre la oferta de los cinco céntimos. Notareis en qué términos sencillos, moderados, de ningún modo provocativos, se halla concebida la circular. No se ha hecho esta observación, pero háse dicho que se había votado por medio de papeletas públicas. Tal alegación es falsa; en todas partes se notó secretamente; 2.684 obreros rehusaron la concesión insuficiente de los patronos, 480 la aceptaron.

Después de este voto la situación es deplorable; no hay tarifas, va á dominar el arbitrio de los patronos.

Existe un argumento que me asombró oír de boca del ministerio público; ¡preciso es abandonar la fraseología política, por medio de la cual se arrastran los ánimos! ¡La libertad de las transacciones, la ley de 1791!... ¿Sabeis lo que resulta de esto? Voy á deciroslo. Resulta la opresión de los que tienen necesidad de ser protegidos. Yo no soy ciertamente un agitador, soy esencialmente conservador, y por esto mismo rechazo los convenios amigables entre el patrono y el obrero; ¡el convenio amigable es la contrata del hambre, es el hambre abandonada á discreción de la especulación industrial! El obrero hambriento acepta un salario insuficiente, pero á su vez, si el patrono le necesita, usa de su derecho de huelga para hacerse pagar. Esto, señores, es una calamidad en forma de respeto á los derechos de cada uno; es una de esas mentiras de fraseología que han hecho derramar tanta sangre y originado tantas desdichas en mi país. Y después, cuando el salario es insuficiente, el obrero no sigue en la imprenta; se marcha... La verdad, señores, es que lo que los obreros han pedido, y lo que es preciso conservar, mejorándole, es el principio de la tarifa uniforme.

Ahí está la causa, ante el espíritu de justicia y de moral; ahí debeis ir á buscarla.

Gauthier está á punto de desesperar; él con su inteligencia, con su profundo y exacto sentimiento de todos los intereses, prevé la confusión y busca un nuevo medio de solu-

cion pacífica. Cree haberlo encontrado y le comunica... ¿a quién? A M. Lahuse y á M. Serriere. Con este objeto tuvo con ellos una conferencia en presencia de M. Plou, que os decía ayer: «Siempre he estado satisfecho del espíritu conciliador de Gauthier...» Gauthier tuvo el pensamiento de acudir á la administracion pública para lograr un arbitraje, y escribió al prefecto de policía una carta que debo leer, en la cual sometía el proyecto de arbitraje.

Elevóse al Emperador una peticion en este sentido, firmada por Alfonsi, Baraguet, Contant, Huet, Parmentier y Vignier. El prefecto de policía tuvo la bondad de comunicármela ayer; aquí la tengo, y se halla concebida en los términos pacíficos y respetuosos de siempre; es todavía un nuevo esfuerzo por parte de los comisarios obreros de la conferencia para entrar en vías de conciliacion.

Comenzaron por conferenciar con el ministro. «Más de 3.000 obreros, le dijeron, confían en vuestra intervencion, colocados como se hallan en la imposibilidad de hacer frente á sus necesidades con un salario, que no ha variado durante treinta años.» Hé aquí la contestacion del Ministro; voy á leerla, y os pediré en seguida permiso para expresar todo mi pensamiento.

No participo de ninguna manera de las ideas del ministro de Comercio, el cual sostiene que la administracion no debe intervenir en la fijacion de los salarios, ni abandonar sus hábitos de prudencia que consisten en no tomar partido alguno.

Ahora bien, ¿existe en eso, la buena fé, la prudencia que se pondera á todas horas? ¿Es serio, señores, cuando aquellos hombres acaban de manifestar que han hecho todos los esfuerzos posibles para llegar á una solucion regular y que las conferencias celebradas en 15 meses han sido inútiles, es serio contestarles: «Entendemos entre vosotros?» Era, por el contrario, indispensable, haber intervenido, no para dictar reglas, sino para facilitar los medios de llegar á esta reglamentacion por medio de un arbitraje que hubiese dado una solucion en tal ó cual sentido á fin de poner término á aquel desorden. A mi juicio, la carta del ministro en aquella situacion, es un completo olvido de sus deberes. ¡Ah! M. Billaut habria podido repetirle ciertamente las palabras que él pronunció en otra época. «Yo sostengo, decía en la tribuna, que la intervencion de la Sociedad es inevitable; aún cuando pueda haber en esta intervencion algunos peligros, aunque de ella pueda resultar mucho bien y mucho mal, es preciso que el Gobierno se mezcle en la vida social y no pueda abstenerse de ello...»

Sobre todo es una desgracia para estos honrados hombres á quienes se desamparó cuando se hallaban animados de los mejores sentimientos.

Hé aquí, señores, el punto de partida de la agitacion; veis que principia tranquilamente. Considerad, en qué términos tan moderados, casi respetuosos, se espresan los obreros.»

Llegando al punto de la presion, evidente segun el proceso, ejercida por los pretendidos agentes, Beryer preguntaba dónde estaba la prueba de esta inteligencia. De 83 imprentas que existian en París, sólo en 9 ocurrieron los hechos ponderados por la acusacion, pero los comisionados nombrados por más de 2.000 votos no habrian dejado de arrastrar á la coalicion, á la clase totalidad de los obreros, si la hubiesen dirigido.

No entra en nuestro propósito dar á conocer aquí toda la defensa de los cajistas procesados hecha por el ilustre orador que puede verse en la coleccion recientemente publicada en París, bien poco conocida por cierto entre nosotros: nuestro objeto ha sido únicamente recordar lo ocurrido en aquella huelga y la conducta seguida por unos y otros.

El resultado del procedimiento instruido contra los obreros, fué la imposicion de algunos meses de arresto para los principales instigadores. Recordaremos también un curioso detalle de esta causa. La comision que representaba á los operarios procesados, presentóse en casa de Beryer para abonarle sus honorarios, que se negó á aceptar, y como reiterase en su negativa, los agraecidos obreros hicieron una magnífica edicion de las «Oraciones Fúnebres» de Bossuet, tirando un solo ejemplar, ofreciéndole este delicado presente que era una obra maestra de tipografía, y que valia tanto por lo menos como la clásica escribanía de plata ó el consabido reloj de oro que estaba acostumbrado á recibir de los príncipes y magnates que habian recurrido á su patrocinio y á su elocuencia.

ENRIQUE UCÉLAY.

## PENSAMIENTOS.

¡Eternidad! Esta palabra espresa una idea que es el infierno del crimen y el paraíso del amor

Dijo un poeta, que las buenas acciones brillan en la sombra, como las estrellas. Ahora comprendo porqué la mayor parte de los hombres evita las tinieblas, sudario de los altares, y busca un rayo de luz hasta en los ojos de una cortesana.

Decimos que son vanas nuestras esperanzas cuando el silencio de la muerte nos habla de la vida.

Vale tan poco el hombre, que se atreve á defenderse á sí mismo.

Vemos el mal donde el mal no existe; pero ¡ay! el bien escapa á nuestra penetracion, y aunque alguna vez le percibamos, nunca tenemos fuerzas para admirarle.

Bajo las bóvedas de un templo ó en el recinto misterioso de las muertes, siente el orgullo la pequeñez de su grandeza humana.

En el bullicio del mundo, una estridente cargada expresa nuestra locura; en el dolor y en la desgracia, solo una lágrima es el lenguaje de las almas.

Solo cuando falta en el alma todo sentimiento generoso puede el hombre sucumbir ante la injusticia de la suerte. El amor á la patria que enardeció nuestro inocente corazón en los primeros años de nuestra vida; el sentimiento religioso informador de las primeras oraciones que constituyen el lenguaje de la inocencia en el regazo de una madre cariñosa; la esperanza, la amistad, el amor... todo lo olvida quien pide á la desesperacion las fuerzas que le roban las pasiones. El suicidio es efecto de la carencia en el hombre de esa luz que un filósofo griego llamó destello del resplandor de Dios. La resignacion, virtud que da valor al oprimido, no es acatada por el hombre, quien no vacila en entregarse á una insensata desesperacion antes que abatir la mísera grandeza de su orgullo.

En todas partes, aun en el silencio más profundo, escuchamos la voz de la conciencia, y la voz de esa conciencia inexorable es el lenguaje de la humanidad. Esta virtud, presente del cielo, está oculta en la tierra bajo ese polvo infamante de la calumnia. Sobre ese polvo descuellan, al parecer triunfantes, la hipócrita virtud y el egoismo; pero ¡ay! sobre sus cabezas, siempre abatidas, elevase el remordimiento, implacable y tenaz como la duda que atormenta el limitado espíritu del hombre. La verdadera virtud es más libre cuando es esclava, que el alma sólo despues de haber vencido se desprende del barro que la oprime. La virtud es grande cuando al mirarse vencida se levanta sin más ayuda que la que le presta el sentimiento de su deshonra. ¿Por qué, pues, negamos el perdón al que, arrepentido, nos tiende una mano amiga?... ¡Siempre el criminal encuentra en Dios la misericordia que le niegan unos pobres gusanos de la tierra!

La belleza del cielo se reconcentra en el amor. El amor es la pasion de la mujer, el espíritu del hombre, el sentimiento de los ángeles y un destello tenue y purísimo del pensamiento de Dios.

En la delicada flor que abre sus hojas para recibir el beso del primer rayo de la luz del día; en la naciente aurora que desvanece la sombra para bañar al mundo en resplandores; en esos fuegos vespertinos que prestan luz á la floresta, que reverberan en las ondas de los lagos y que depositan en las flores, y en los árboles, y en las doradas cumbres de las montañas átomos de luz, de vida y de belleza; en esos millares de esplendorosos astros, perdidos en su inmenso piélago de sombra; en la armonía del universo, y en esa vida universal, potente, que levanta hasta los cielos la acalorada fantasía del poeta y el pensamiento de los justos, vive el amor, amor increado, emanacion de Dios, eterna luz del cielo y última evolucion de nuestro espíritu, aborto de amor divino y para amor nacido.

El amor no es un sentimiento aislado, sino el resultado de la union de las bellezas de todos los sentimientos. Encierra en sí cuanto tiene de divino el alma, y el espíritu que ama y no concibe algo más grande que su amor, es todo divino, porque sintiendo á Dios, no se para jamás á discutirle. El amor es la verdad y el bien en su grado más alto de belleza; es el rayo de luz que, desprendido del resplandor de Dios, se identifica con el alma para despertar en ella la virtud que está dormida; es la union de dos voluntades y el sentimiento de dos corazones; es el placer divinizado por el presentimiento de lo infinito.

El amor es la poesía del alma. Amando pudo Petrarca sorprender al corazón humano en su dulcísima tristeza; amando, bajó Milton á las profundas simas de la eterna region de las tinieblas, y cantó con canto enérgico la grandeza suprema de los cielos, la rebelion audaz de los espíritus y el primer sentimiento de los hombres; amando, pudo Dante reflejar en su poema el esplendor del Paraíso. ¡Ah! ¡El amor nació antes que la palabra creadora hiciera surgir del insondable abismo de la nada la esplendorosa luz de mundos y de soles, porque es la luz del increado espíritu de Dios, pura como la belleza que presiente el alma que, á través del dolor, vé más cercano el bien que ha de poner un término al deseo!

Un momento de dolor produce en el alma más abatimiento que un siglo de trabajo.

Amor y libertad: hé aquí el pensamiento de la juventud. Amor: sentimiento de algunos corazones. Libertad: sentimiento del corazón del mundo.

Dos seres que confunden sus lágrimas encuentran en su dolor la imagen de la esperanza animada por su fé. Puede decirse que están unidos á la vida por la indefinible belleza de lo desconocido.

El corazón se parece á un árbol cuyas hojas

están cubiertas de rocío; si se le mueve, no caen de él más que lágrimas.

Como el dolor nos hiere de improviso, muy pronto formamos de él un juicio equivocado ó recto; pero ¡ay! la felicidad sólo es comprendida por el que está muy próximo á perderla.

El hombre no puede compadecer á todos porque encerrado en un círculo estrecho, y sometido á leyes superiores, necesita toda la compasion de su alma y todas las lágrimas de sus ojos para llorar y compadecerse á sí mismo; y aun así, muchas veces la compasion nos falta y nuestras lágrimas se secan.

Pregunté á un hombre dichoso:—¿Qué virtud nos acerca más á Dios?—La resignacion,—me respondió quien nunca sintió nada que le obligara á resignarse.

Hice la misma pregunta á un desgraciado, el cual, luchando por contener sus lágrimas, me dijo:—¡La indiferencia!

Abatiendo nuestro orgullo, podemos resignarnos; pero ¡ay! mientras lata el corazón, mientras haya en nuestros ojos una lágrima, no cabe la indiferencia en el espíritu humano.

Todo lo que nos obliga á recordar las vanidades de la vida, nos infunde la tristeza de la muerte. El penetrante sonido de las campanas que transporta nuestra imaginacion calenturienta y ambiciosa á los días más venturosos de nuestra infancia; el rumor triste y monótono de la plegaria que en el oscuro templo elevan á Dios las almas recogidas; las lámparas que derraman á intervalos sobre los altares rayos de luz más pavorosos que la sombra; la cruz clavada en la tierra que cubre el polvo de la persona que más amamos; los golpes del péndulo que en el silencio de la noche resuenan en nuestro espíritu como los pasos de la muerte que se acerca... se acerca como la sombra de una noche sin estrellas... todo lo que inspira al alma ese presentimiento de la felicidad eterna que llamamos melancolía, ejerce en nosotros una influencia tan misteriosa que, á la par que una sonrisa de felicidad á nuestros labios, hace brotar á nuestros ojos lágrimas de fuego que el corazón á duras penas contenía.

¡Incomprensible es el misterio de la felicidad humana!

La humanidad avanza, avanza sin que sepa ella misma de dónde viene, sin comprender quién es, agitada, errante, veleidosa como un niño y débil como la nave que sin brújula flota sobre las mudables olas que la conducen á un puerto desconocido.

El hombre también avanza; pero ¡ay! él sabe al menos que entre la cuna y la tumba media un espacio ocupado por una lágrima.

¿A la ciencia toca alargar ese espacio, que es la vida. Si llegase un día en que el incansable espíritu del hombre descubriese los medios de hacer eterna la vida sobre la tierra, entonces, como ahora, no faltarían corazones doloridos que despreciasen las ventajas de la inmortalidad!

Al beso de la brisa nace la débil onda que se extiende sobre las transparentes aguas de un mar tranquilo; la onda crece y se convierte en ola, cuando el viento de la tempestad, incontestable y rápido, trueca en espantoso estruendo el rumor de las brisas y las ondas; la ola avanza como una movible muralla azul, sobre abismos que se ocultan bajo espumosa superficie; y cuando el rayo la corona y el huracán la arrastra; cuando, orgullosa y potente corre á sumergir la nave que surca atrevida los alterados mares, fórmase el iris en el espacio, cálmase el viento, la ola vuelve á ser onda, y el sol, alzándose sobre la cumbre de los montes, derrama en esplendidos rayos de su lumbre, su hermosura y su vida sobre el mundo. ¡Así el hombre, que nace débil como la onda y que camina orgulloso y mudable como la ola, sobre el abismo de la duda, vé brillar en el ocaso de la vida el esplendente sol de un nuevo mundo!

ALFREDO DE LA ESCOSURA.

## MIS HORAS EN SEVILLA.

Hay nombres que tienen cierta atraccion misteriosa, cierto encanto indescriptible, que son como ilusion de dicha, y placer y esperanza y que cruzan alegremente por las riberas de la imaginacion como luces brillantes que iluminan el espíritu.

Uno de esos nombres es el de SEVILLA.

Cuantos poetas la han cantado, régia sultana reclinada sobre lecho de azahares, sintiendo llegar hasta ella el murmullo melodioso del *Guadalquivir*, en que se refleja al paisaje jugueton de *Triana*, y los millares de fisonomías, que cada tarde plácida y serena, cruzan la pintoresca alameda, contemplando aquel panorama de vida, de alegría, mezcla singular de voluptuosidades orientales con los caprichos rientes de la gracia andaluz!

¡Cuántos escritores, sintiendo bajo este cielo abrirse las alas de su imaginacion, de etérea luz, han poetizado la Sevilla de mujeres de ojos negros, sedosos cabellos, pié pequeño, andar ligero, gracia deliciosa y sonrisa tentadora!

Yo no la conocía. Hasta mí había llegado su fama, su tradición; el eco de su vida bulliciosa; la pintura de sus balcones colgados de flores, en que aparece figura misteriosa de mujer seductora, escuchando las dulces endechas del apasionado amante: la descripción de sus patios, convertidos en jardines, pequeños Paraísos preparados por manos de ángeles, donde á cada momento cruza gallarda, una *Eva tentadora*.

¡Y qué deliciosa, y qué bella, y qué encantadora es Sevilla!

Yo no la conocía; y al conocerla, al perderme en sus callejuelas tortuosas y estrechas, donde los vecinos se saludan cada mañana de balcon á balcon, como si se confundiesen todos en un mismo hogar, al respirar esta atmósfera empapada en azahares, y claveles, y rosas, que parecen haber robado su perfume al aliento de Dios, he sentido llegar á mi alma algo como una ráfaga de juventud, de primavera, de deleite, que la ha estado meciendo con abandono en la corriente deliciosa de las más plateadas ilusiones.

Yo no la conocía, y al conocerla, he podido esclamar con el poeta:

Quien no te vió, preciso es que te vea,  
á quien te vió, ¿qué le dirá mi canto?

Fué á Sevilla por pocas horas, y viví meses en ella y gozé y estuve con el mismo contento con que estaría en el seno de mi hogar, respirando el aire de la patria, gozando del cariño de la familia; porque los *andaluces* todo lo saben brindar, patria hogar, familia, amistad, todo cuanto á la existencia sonríe en esta eterna peregrinación por el camino de la humanidad.

¡Y qué caprichosa y variada es la existencia en Sevilla, con su histórica *Feria*, y sus fiestas de *Semana Santa*, y sus afamadas *corridas de toros*, y su paseo de las *Delicias* y su *Cartuja*, y sus *arriadas*, y sus bailes populares, y sus *peleneras*, y el garbo de esas *mozas* que mueven su cuerpo como palmeras, agitadas sobre la colina por leve brisa!

¡Y qué monumentos, y qué tradición tan viva de la dominación Árabe!

Todo lo he visto y de todo gocé; y si en los grandes espectáculos de la desgracia puede haber *goces*, cediendo al imperio de esa ley eterna de los contrastes, hasta con las inundaciones de Sevilla podría decir, hiperbólicamente, que he gozado, habiendo visto á la alegre ciudad convertida en otra Venecia, con sus canales y sus *gondolas*, escuchando el eco de aquellas canciones que Byron llamaba *la melodía de los Dioses*, que verdadera melodía de Dios, por cierto, son los *cantares* de estos hijos mimados de la Creación.

El agua cae á torrentes durante días enteros: de la montaña se precipita el Guadalquivir—de cuyas furias invasoras ya nos habló Colón en lejanos tiempos—crece, y crece, invade los barrios de *Triana*, cubre los muelles, sube al paseo de las *Delicias*, ahoga en las entrañas de la ciudad el desagüe de las cloacas—llamadas allí *husillos*—impidiendo así que circulen esas aguas, se producen filtraciones, y por fin, el líquido elemento empieza á invadir calles, y plazas y paseos, ofreciendo un espectáculo lleno de variada novedad para la vista, pero que no se puede contemplar al fin, por los efectos que produce sin el natural espanto que á los corazones compasivos inspiran siempre la desgracia ajena, y el ageno dolor.

Lo he contemplado y lo he visto todo, durante las últimas y terribles inundaciones, que allí llaman *arriadas*.

La *Giralda*, que materialmente se eleva á los cielos por su gran altura, es el punto más elevado de la Ciudad.

Desde ella se abarca todo el vasto, risueño, pintoresco y caprichoso panorama que presenta, no solo Sevilla, agitada bulliciosa á sus piés, sino su deliciosa *Vega*, las rientes poblaciones que, como corona de flores, ciñen su frente alta; los jardines, las huertas y los prados, las hermosísimas plantaciones en que, las palmeras y naranjos meciéndose con orgullo, se mezclan á las mil plantas que parecen pedazos de Arco-iris, arrojados aquí y allá para deleitar la vista maravillada.

En esos días de inundación, la *Giralda* es una verdadera romería. Millares de personas, principalmente del sexo fe Cleópatra, se precipitan á su altura para contemplar desde allí el espectáculo que se ofrece á sus ojos.

Es imponente: todo está sumergido en el agua, distinguiéndose apenas, como puntos negros en el horizonte, las copas de los árboles corpulentos y el b anco techo de las casas, que se asemejan á cisnes jugueteando sobre la superficie de un lago.

Este es el cuadro lejano, que de vez en cuando alumbra un rayo de sol que asoma en medio de la tormenta y del diluvio, como si tuviese vergüenza de haber perdido su trono en la tierra del sol y de la luz.

Pero el panorama que de la elevada torre se contempla en los días de inundación, no es de los que predispone el espíritu á la melancolía y la tristeza; porque desde allá no se oye el lamento ni se percibe la desgracia; porque desde allá sólo se contempla el conjunto de casas, grutas, jardines, huertas y praderas bañando los piés en aguas que no gimen, ni están inquietas, y que en su quietud, parecen dormidas en el gran lecho de esmeralda en que Sevilla descansa.

Abajo, en la ciudad, es otra cosa

En algunos de sus *barrios* se oyen lamentos, se palpan los destrozados hechos por el implacable elemento invasor, se ven familias enteras que á toda prisa abandonan la modesta choza, sin pan y sin ropas, tomando el camino de las calles centrales, donde esperan encontrar, en la caridad privada, ó en la protección oficial, cordialmente aliadas ante el infortunio, techo y alimento, y dulce consuelo á calamidad tan grande.

La que el otro año descargó sobre Sevilla fué inmensa, y para mí, la inundación que la produjo, espectáculo completamente nuevo, dándome una idea de lo que han debido ser inundaciones como la de Murcia, aquella especie de furia implacable que costó tantas víctimas, tantas lágrimas, enlutando millares de familias que, en su horfandad, llevan todavía el fúnebre crespon.

Pero, ¡qué carácter tan hermoso el de la gente andaluza!

Comprendiendo cuanta razón tuvo Calderón cuando dijo *que la vida es sueño*, y que en ella se destrozaban mil veces las manos con las espinas de la rosa antes de poder gozar su perfume delicado, los sevillanos, al siguiente día de ver recobrar su nivel á las aguas del *Guadalquivir*, recobraron su buen humor y alegría festiva para sólo pensar en las grandes emociones de sus *días favoritos*, la *Semana Santa*, la *Feria*, las *corridas de toros*.

Hubo un momento en que se llegó á temer que ninguna de estas fiestas pudiese tener lugar á causa de los estragos producidos por las inundaciones, y si así no fué, no es ménos cierto que, con excepción de las corridas de toros, las otras dos carecieron de la pompa y animación de otros años.

En la duda, faltaron á Sevilla treinta mil forasteros de los que van siempre, atraídos por espectáculos, que en realidad, son únicos, por el *cachet* especialísimo que los caracteriza en su conjunto, y en sus múltiples detalles por el carácter andaluz, alegre, juguetón, vivaz, hecho para el placer y el deleite; y por los encantos que la naturaleza presta á todas las expansiones populares de este gran pueblo.

Sin embargo, gocé de la *semana santa*, y de la *Feria*, recibiendo impresiones que por largo tiempo vivirán risueñas en mi memoria.

En días mejores para el Papado, cuando Pio IX era Papa y Rey y tenía en una mano la espada, y la Tierra en la otra; cuando en Roma se celebraba la *Semana Santa* con esplendor y pompa verdaderamente mundanos, pues nada de humilde tenían aquellas fiestas en que se conmemoraba el sublime martirio; cuando la antigua señora del Mundo veía llegar á sus *siete Colinas*, doscientos mil extranjeros, que de los *cuatro vientos* iban llevados por la tradición de aquella *Semana Santa*, verdaderamente histórica, asistí á ella como uno de tantos peregrinos.

¡Pero, á qué decirlo?

No hay el menor punto de contacto, nada de parecido, entre la *Semana Santa* de Roma, y la de Sevilla.

Son dos grandes fiestas, solemnidades, ó espectáculos completamente distintos entre sí.

Allí, la pompa, la majestad, la grandeza de la ceremonia, estaba en que era celebrada bajo la Cúpula, y en las naves del primer templo del mundo, de aquel San Pedro sublime, cuya media naranja elevada al cielo, es un arranque del orgullo del hombre, concebido por el génio asombroso de Miguel Angel, para mostrar á Dios, que digno fué de que le tocara la frente con su dedo inmortal.

Aquí la pompa de las fiestas de *Semana Santa* está en las procesiones de las cofradías, en la riqueza sorprendente de los mantos que llevan las vírgenes, en el traje típico de algunas *comparsas*, en la escultura maravillosa de las imágenes de *Montañés*, en el efecto, un tanto fantástico, que el gran cuadro presenta, cuando entrada la noche, luces artificiales reemplazan la hermosa claridad del día, y en la graciosa ondulación de algunos millares de cabezas de mujeres lindas que, desde ventanas y balcones, exhalando delicioso perfume, contemplan, contritas ó indiferentes, aquellas lujosas *andas*, aquellas ricas joyas y pedrerías de los santos, y aquella riqueza verdaderamente oriental del traje de algunos *Gefes* ó *Capitanes* de las referidas *comparsas*.

Todo es, pues, completamente distinto de lo que pasaba en Roma, y sobre todo, la índole de la concurrencia que asiste á las fiestas, más como á un acto que inspira curiosidad y placer á la vista, que como á una ceremonia religiosa, que tenga un símbolo y una tradición, robusteciendo la fé que eleva las almas sinceras á las regiones serenas de un tierno misticismo.

Contribuye á esto que en las procesiones hay cosas que adolecen completamente de la seriedad que debe tener todo aquello que, con la Iglesia y la religión se relacionan.

Por ejemplo, *¡qué misión* evangélica ó cristiana representan en las procesiones esos caballeros vestidos con extraordinario lujo, con enormes penachos de plumas en cascos romanos, túnicas y mantos ricamente bordados de oro y pedrería?

Me dicen que hay *señor* ó *caballero* de esos, que se ven *zarandeando* al frente de la *comparsa*, que ha gastado ocho mil duros en el traje que luce, habiendo dejado á su familia en la calle, *rien que pour avoir le plaisir de se payer le petit caprice*.

Esto, pues, no es serio para la Iglesia, en cuyo nombre y bajo cuyos auspicios sagrados se celebran las fiestas de *Semana Santa*; pero es deli-

cioso, del mayor atractivo, para los que vienen de muy lejos á contemplarlas como un objeto de curiosidad.

Y sin que esto implique la menor ofensa al espíritu religioso de Sevilla, diré *que estos son los más* como aquellos que más ganan en estos días de verdadero bullicio, y animación y alegría para la *coqueta* que se refleja gallarda en las aguas del Guadalquivir, son los *Hoteles*, *Casas de huéspedes*, *Restaurants*, *Cafés*, *Confiterías*, y cualquier sala ó rincón en la que se pueda comer una *pauella*, ó apurar una *cañita* de manzanilla, que si no es el antiguo *Chipre* que tanto han poetizado los historiadores, es el *orgullo* de los festivos moradores de *Santúcar de Barrameda*.

Como se comprende, en estos días todo cuesta el doble, el triple en la galana ciudad.

Los que en ella habitan saben que el forastero viene á divertirse, á gozar; que trae algunos duros en la cartera, que no es miserable ni avaro; que hay en su espíritu, si no una esplendidez natural, una *esplendidez artificial del momento*, y entonces le aprieta, le apura, y á veces le explota también, contando de antemano con una plácida indulgencia, *que todo lo permite*.

Por esto, lo que se llama el comercio al por menor de Sevilla, vive, en gran parte, de la *Semana Santa* y de la *Feria*, y por esto también maldice las inundaciones y las *arriadas*, que tantísimos perjuicios le causan cuando en tal época se presentan, disminuyendo en treinta mil el número de estos peregrinos del placer que anualmente acuden á la capital de la risueña Andalucía, eternamente ataviada de galas que la convierten en morada verdaderamente deliciosa.

Pero no solo son atraídos por las ceremonias religiosas.

¡No!

Hay otro llamativo mayor para ellos: la *Feria*, y lo comprendo.

Al decir de todos, el año pasado ha distado muchísimo *de ser* lo que en otros, siempre por la misma causa: la inundación.

Efectivamente: después de haber cesado esta, al parecer, y haber cruzado los espacios *el Guervero del casco de oro*, como llamó al sol el gran poeta argentino, Carlos Guido y Spano, empezaron los preparativos de la *Feria* con pasmosa actividad.

El vasto y pintoresco terreno en que tiene lugar, situado á las puertas de la ciudad, era uno de los que habían desaparecido bajo la capa de agua que lo inundó.

Era preciso, pues, esperar que esas aguas importunas se retirasen, y después solidificar el piso.

¿Y cómo no hacerlo, ante la perspectiva deliciosa de las fiestas populares?

Centenares de trabajadores de buena fé y mejor voluntad, pusieron mano á la obra, y la vasta planicie fué presentando poco á poco alegre aspecto, hasta que, ya completamente seca, se construyeron los centenares de *casillas*, *tiendas*, *baracas*, *carpas salones*, *templetes*, y todo cuanto se improvisa para alojar momentáneamente, bajo techo, á los millares de personas que asisten al festivo y animado espectáculo.

Todo estaba pronto ya, cuando de repente dijo nuevamente la lluvia, *aquí estoy*, ahogando así las más alegres esperanzas, y causando un verdadero naufragio del millon de alegres proyectos que flotaba en la imaginación de cada hogar sevillano, ó de cada hogar improvisado bajo su riente cielo.

Pues, sin embargo, á pesar de una lluvia torrencial, de un tiempo que los flemáticos hijos de la nebulosa Albion, calificaban de *Sho King weather*, hubo *Feria*, y hubo danza, y *peleneras*, y *seguidillas*, y *malagueñas*, y ese gracioso conjunto de diversiones, con su *cachet* especial, que con gracia exquisita ha sabido idealizar el *carácter andaluz*; porque hay que hacer constar esto también: la *Feria* de Sevilla es completamente distinta, en todo, de las *Ferías* de los demás pueblos de Europa.

Todos ellos las tienen, y en muchos las he visto.

He asistido á las de Francia, y en Italia á las del *Lago de Como*, y en Bélgica á la *Kermesse* de Bruselas.

Estas *Ferías* se parecen todas; más ó ménos tienen el mismo carácter, ofrecen idénticas diversiones, y son, por decirlo así, esencialmente *européas*.

La *Feria* de Sevilla es otra cosa: es típica, es especial, tiene su sello nacional, índole completamente *criolla*, como se diría en mi patria.

De aquí su encanto y la novedad, que en cada año ofrece al que de ella viene á gozar.

¿Ni qué hay tampoco en toda Europa que se asemeje á este pueblo, á sus costumbres y usos, á sus expansiones de placer, á sus voluptuosidades, á su manera de enamorarse y quererse, y *pelar la pava*?

Hé leído muchos, muchísimos libros de viajeros ingleses y franceses, sobre *Sevilla* y su *Feria*, y, francamente me parece que ninguno ha reflejado lo que *esto es*, inspirándose unos en la tradición de esta ó aquella leyenda, *escrita de memoria* ó *por mera fantasía*, refiriendo otros imperfectamente lo que han visto durante su peregrinación por Andalucía.

Allí entran en contacto con todos los pueblos: viven á las puertas de Francia, se comunican á

cada hora con Inglaterra; los vapores que salen del *Guadalquivir*, los pone en contacto con Alemania é Italia, pero... si allí entran los artefactos y productos de esos países, allí no consiguen entrar, ni de *contrabando*, los usos, ni las costumbres, ni nada de lo que se relaciona con el *modo de ser* de aquellas naciones.

Allí todo es *gitano, flamenco, andaluz puro*.

Para convencerse de ello, ante una realidad animada, llena de fantasía y capricho, basta asistir á la *Feria*, reunion amena en la que se admira y estudia el *carácter andaluz*, al que alguien llamó con propiedad, la *eterna primavera de la vida*.

HECTOR F. VARELA.

## VANIDAD Y ENVIDIA.

La vanidad es una faz del egoísmo y, como éste, recibe también á su paso los homenajes del mundo entero.

Ella es el flanco descubierto de los héroes y la fuerza de las almas débiles. Ella ha motivado crímenes atroces, y servido de clave para explicar los desaciertos de los grandes hombres.

La vanidad se apodera de la juventud, y prevaleciendo sobre la voluntad, arrastra á muchos jóvenes al borde de la depravacion sin que ellos lo sospechen sino muy tarde, y cuando el camino recorrido es demasiado largo para volver atrás.

La vanidad es la madre de la moda, y la hermana del coquetismo. Su dama de honor es la adulacion.

Ella es fuente y raíz de pleitos y peticiones. El miedo le debe á veces la existencia; y, por una singular antítesis, muchos actos de audacia son la obra exclusiva de la vanidad.

La vanidad inmortalizó la locura de Erostrato; fué para Alcibiades el móvil de sus acciones; levantó las pirámides de Egipto y los monumentos de la India; y era el fondo de las costumbres licenciosas de Sibarís.

La vanidad se llamó Narciso, Adónis, Cupido, Vénus... hoy se llama presuncion, amor propio... tiene mil nombres.

*¡Lo anche son' pittore!*

«Yo también soy escritor, yo también soy orador, yo también soy rico, yo también soy sabio, yo también soy grande.» Así habla la vanidad.

Y nos impele á hacer alarde de talentos que no poseemos; á enseñar lo mismo que ignoramos; á querer levantar un peso superior á nuestras fuerzas naturales; á pretender puestos que no merecemos y empleos que somos incapaces de servir con lucimiento; á ostentar vestidos lujosos y deslumbradores que al día siguiente vendemos con descuento para saldar una deuda.

Todos los disparates que se han dicho, que se han escrito, que se han ejecutado, proceden de la vanidad.

Mi propia vanidad me ha inspirado este artículo sobre la vanidad.

La vanidad se ofende, se irrita y se enfurece por nonadas. ¡Ay de aquél que hiera la vanidad ajena! La ira de la vanidad es mil veces más peligrosa que la cólera de la mujer necia.

Cuando la vanidad gobierna un pueblo, no consiente que se le acerque una pulga, ni que se le haga la menor censura. De aquí los golpes de estado, los conatos de despotismo y las persecuciones más ó menos declaradas.

A la vanidad ofendida se refería Cormenin cuando nos daba este consejo:

«Guardaos de ofender á esos gallitos de aldea para quienes el amor propio se despierta y canta antes de amanecer.»

El deseo de hacer viso, que ha multiplicado los Quijotes, no es otra cosa que vanidad.

La vanidad ofensiva degenera frecuentemente en violenta y desapiadada envidia.

«La vanidad humana es incurable;» pero hay dos remedios para evitar su contagio:

La HUMILDAD de Jesús;

El *nosce te ipsum* de los antiguos ó la modestia.

En los pliegues de algunos corazones germina, crece y se desarrolla una pasion terrible y desastrosa. Larva que siempre roe, fuego abrasador que jamás consume, serpiente venenosa que muere, martiriza y desespera al infeliz en cuyo seno llegó á alojarse.

Es la envidia.

La envidia es para el envidioso un suplicio atroz; es el buitres que está despedazando sin cesar las entrañas de un verdadero Prometeo.

La envidia es un compuesto de odio ciego, de rabia implacable, de despecto furibundo, de pesar continuo.

La envidia ha declarado guerra sin trégua ni descanso á todo lo bueno, á todo lo grande, á todo lo bello.

Ella, despertando la codicia rapaz, fundó la conquista y estableció la esclavitud; ella es el más enérgico estimulante del asesinato y del robo; ella dió forma y poder á la opresion.

La envidia dirigió el brazo de Cain; hizo de Saúl el enemigo encarnizado de David.

En Grecia destruyó de su patria al justo Aristides, propinó la cicuta á Sócrates y á Focion, y mató á Filópenes y Arato.

En Italia hizo decapitar al ilustre Ciceron.

En España inmoló al heróico Viriato en sus sangrientas aras.

Ella suministró para Bonaparte un carcelero como Hudson Lowe; ella sacrificó al sábio Cálidas; ella persiguió alevosa y cruelmente al libertador Bolívar.

La envidia de los Doctores decretó la muerte del Redentor.

Para la envidia todo es malo, defectuoso, insípido; solamente sus propios hechos llevan el sello de lo perfecto y de lo inmejorable.

La envidia percibe manchas en la luz, y sombras en el disco del sol.

Dando al grano de mostaza que ve en un cristal las dimensiones del elefante grita en todos los tonos y con aire de triunfo; «¡Mirad!

Volcan en ignicion, está siempre vomitando torrentes de lava destructora; y sus vapores que atosigan, condensándose en las alturas del mundo social, se disuelven luego en catástrofes horribles que llevan el luto y la tristeza al individuo, á la familia y á la sociedad.

La envidia permanece en ocasiones disimulada pero latente; y si estalla se presenta con los atavíos de calumnias, difamaciones, sarcasmos, chismes é intrigas, segun las circunstancias.

La envidia ha producido la falsa crítica, y á los Aristarcos vergonzantes.

La envidia, como los demonios, tiene sus horas de carajadas frenéticas y estrepitosas, sus momentos de regocijo infernal cuando ha conseguido cortar las alas al génio, ó minar una reputacion bien cimentada, ó volcar de su puesto á una personalidad eminente...

Para preservarse de la envidia no hay más que un recurso, uno solo, pero de eficacia infalible: la CARIDAD, es decir, el amor universal.

Preguntóse á un joven bien nacido: ¿Quieres ser vanidoso ó envidioso?

—Ni lo uno, ni lo otro,—contestó.

MANUEL ANTONIO HERNANDEZ.

## LA CIVILIZACION MODERNA.

El solo esfuerzo humano no basta para producir todas las necesidades; el trabajo físico del hombre, calculado numéricamente, no equivale á la produccion, y sin embargo, no sabemos que nada puede crear, que no puede formar energía, ni fabricar fuerza; pero el dominio que sus facultades mentales le han dado sobre la naturaleza, permite utilizar las fuerzas de ésta; contando con su valiosa cooperacion es como en la época actual llegamos á un progreso, no alcanzado en las anteriores evoluciones de la humanidad; mas, ¿cómo consigue el hombre este dominio sobre las fuerzas naturales? Yo no encuentro más razon que la lucha por la vida, cuyo resultado es la preponderancia del trabajo intelectual sobre el trabajo mecánico, la influencia de las leyes mentales sobre las leyes físicas.

Para mí, el elemento de progreso de más alta importancia es este desarrollo del trabajo mental, que permite á la actividad humana desenvolverse por medio del trabajo inteligente, cuyo resultado es la preponderancia sobre la tierra que proporciona, como consecuencia inmediata, el goce del verdadero progreso, siempre continuo é indefinido; mas téngase presente que el trabajo intelectual es la reaccion del hombre mismo contra las leyes físicas, de las cuales es dueño, por virtud de este mismo trabajo, al cual debe también la prevision de sus resultados, que utiliza en la satisfaccion de sus necesidades, procurando siempre realizar su objetivo, la emancipacion del trabajo material, para que el intelectual pueda absorber toda la actividad humana.

La evolucion del trabajo humano es un hecho realizado en la historia. A cada paso de la vida de la humanidad se pueden ver las conquistas del trabajo intelectual sobre la Naturaleza, el reconocimiento de la soberanía de los principios de lo verdadero, de lo bueno y de lo bello, como directores de la actividad humana, cuyos resultados positivos son la emancipacion del trabajo material, con lo cual se aumenta la produccion y los medios de satisfacer las necesidades, y se desarrollan los movimientos de afecto, que tanto contribuyen al engrandecimiento de la personalidad humana; y notad bien que á medida que el trabajo físico es menor, va creciendo el trabajo espiritual que se revela en los esfuerzos y acciones de la inteligencia y del sentimiento.

De aquí puede deducirse que la evolucion del progreso, que la civilizacion, es en cierto modo funcion de los grandes inventos. La influencia de las leyes físicas en la civilizacion se revela por el desarrollo de las ciencias naturales y sus aplicaciones; por eso su lucha con el trabajo intelectual tiene una conclusion precisa; tal es la prevision de los fenómenos naturales, de cuyas realizaciones debe deducirse, además de un conocimiento perfecto de la Naturaleza, datos de gran valor práctico que se traducen en aplicaciones á la industria y á los usos de la vida: estas aplicaciones son de tanto más interés é importancia y traen más trascendencia para la civilizacion, cuanto más grande y más perfecto es el dominio del trabajo espiritual sobre el trabajo físico; ¿podeis dudar de esto? Notad entonces el desarrollo de la actividad

humana, del progreso, de la civilizacion, debido á inventos tan portentosos como la imprenta, la pólvora, la locomotora y el telégrafo.

En medio de las supersticiones y errores del siglo XV, cuando la actividad humana se esterilizaba por falta de medios de expresion, inventa Guttenberg la imprenta, que es el progreso más grande de la humanidad, el invento que abre los ojos de los pueblos á la luz de la verdad y de la razon. Tal invencion, ¿para qué he de entretenerme en demostrarlo, modifica completamente la evolucion del progreso? ensancha los horizontes de la actividad humana y presta á la inteligencia un medio de perpetuar sus conquistas y de repartirlas y propagarlas por todo el mundo.

La pólvora es también un elemento civilizador de primer orden; yo nada he de hablaros de su importancia y usos en las grandes obras que tienen por objeto abrir vías de comunicacion que enlazan entre sí pueblos separados por naturales barreras; yo sólo he de considerar á la pólvora como elemento contribuyente á la disminucion de las guerras, que es uno de los más grandes progresos morales realizados por la humanidad. Hasta la invencion de la pólvora, era como una obligacion de todo ciudadano estar siempre dispuesto á la guerra, no habia ejércitos permanentes y la pelea estaba sobre artes, ciencias y comercio.

El arte militar era muy fácil; bastaba el arco heredado, la espada obtenida como legado de sus mayores, para hacer de cada hombre un soldado; la invencion de la pólvora imposibilita el levantamiento de masas inconscientes que iban á guerrear por pasatiempo, lo cual desarrollaba instintos de crueldad; las armas son más difíciles de adquirir y su manejo requiere ciertos conocimientos y precauciones; el arte militar se hace más difícil y la profesion de las armas viene á ser como una carrera. Mientras tanto, quedan muchos hombres aptos para dedicarse á las conquistas de la inteligencia y del progreso; los ejércitos se hacen temibles por su armamento y las guerras disminuyen; hé aquí, pues, otro invento que modifica el modo de ser de los pueblos y dulcifica sus costumbres, realizando un progreso moral de la más alta importancia.

La locomotora y el telégrafo; ¿no pensais que el actual progreso es debido exclusivamente á estos dos inventos, que si por una parte representan la más grande conquista del hombre sobre la Naturaleza, significan, por otra, la supresion de las fronteras de pueblo y razas y la union de la humanidad entera, realizando así el ideal de la fraternidad? La locomotora y el telégrafo representan en el orden de la civilizacion actual la causa de todo el progreso, de todo el adelanto de la humanidad, el más alto grado de perfeccion alcanzado en todos los órdenes de la vida social.

Mi pensamiento respecto á la civilizacion, mi opinion sobre sus causas determinantes y sobre las influencias que modifican su evolucion, puede expresarse de este modo: la civilizacion se debe á la influencia del trabajo espiritual, inteligente y sensitivo sobre el trabajo mecánico, ó si quereis en términos más generales, á la influencia del desarrollo de las leyes intelectuales sobre las leyes físicas; de donde deduzco, segun los razonamientos anteriores, que la evolucion del progreso de la humanidad, es funcion de los grandes inventos.

La evolucion del progreso enseña por medio de un resultado, que es la emancipacion del esclavo, la manera como el dominio del hombre sobre la naturaleza es el elemento civilizador del primer grado. Del conocimiento de los efectos de las fuerzas físicas se deriva el primer elemento de toda industria, la máquina, que tiene por objeto quitar al hombre la necesidad del trabajo mecánico, que no basta para la satisfaccion de las exigencias de la vida social; antes del empleo de las máquinas, la ley del fuerte se imponia al débil y el hombre inteligente y sensible servia como de máquina; el uso de éstas en la industria y en la agricultura es, sin duda alguna, la principal causa de la abolicion de la esclavitud, porque únicamente los motores pueden reemplazar al esclavo en sus trabajos. A medida que los adelantos de la mecánica van dotando á la industria de motores cada vez más perfectos, la esclavitud va desapareciendo; porque se comprende que el trabajo físico humano puede sustituirse con ventaja, disponiendo de medios de transformar y utilizar el efecto de las fuerzas naturales; de modo que en mi sentir el carácter que indica un grado mayor de civilizacion, es el estado en que el hombre ha alcanzado la mayor emancipacion del trabajo mecánico, resultado que, como hemos visto, es funcion del más completo conocimiento de la naturaleza.

La integracion de todos los resultados conseguidos por los esfuerzos de la humanidad, dirigidos en este sentido en todas las épocas de la evolucion del progreso, y las conquistas de la época presente, en el mismo fin de desarrollar el trabajo humano, en funcion del cual ha de verificarse la produccion; hé ahí lo que es la civilizacion actual, caracterizada por su generalidad en desenvolver todas las aptitudes del hombre, cuyo desarrollo constituye un grado más elevado de progreso. En la civilizacion actual están contenidas todas las anteriores; de aquí que, en rigor, la actual funcion social contiene todas las anteriores evoluciones, á la manera que un cuerpo compuesto contiene realmente en sus propiedades las de los elementos que han entrado en su formacion; mas como los trabajos ó esfuerzos de las evoluciones anteriores de

progreso han dado como resultado la emancipación progresiva del trabajo físico y el conocimiento de la naturaleza, de aquí que en la época actual ha de caracterizarse la civilización por un mayor adelanto en los mismos caminos de la perfección y del progreso, siempre en función del conocimiento de las leyes físicas.

Los resultados positivos obtenidos en la época actual, con esa tendencia al engrandecimiento de la personalidad humana, por el libre ejercicio del trabajo espiritual, son en general los siguientes: la difusión de la instrucción pública, la ciencia del derecho internacional, la economía política, el derecho político y la filosofía, que han dado como adelantos la suavidad de las costumbres, el horror al derramamiento de sangre, la brevedad de las guerras, la supresión de las penas infamantes, las facilidades de exportación e importación, los bancos, asilos y cajas de ahorro, la extinción de la esclavitud, el respeto a la mujer y otros resultados, todos importantes, que hacen de la civilización actual la más general y perfecta de cuantas se han conocido.

Quizá haya quien sostenga que todo este progreso no es fruto de los adelantos de las ciencias naturales; acaso haya quien diga que la dirección de este movimiento parte del campo de la filosofía y de sus abstractas concepciones, a las cuales se subordinan las ciencias naturales que prestan como la servidumbre de sus medios de ejecución; en este caso pienso que las ciencias naturales serían como aquel servidor, de cuyo ejemplo se vale Kant, que caminase delante del amo enseñándole, con una luz, el camino que conduce a la verdad y al conocimiento de las cosas.

Si nos fijamos un momento en la aspiración del hombre a conocerse y a darse cuenta de su lugar en el Universo y en los medios como cumple este su destino, bien pronto se echa de ver que hay en todo trabajo de organización de la función social, en todo progreso, una marcada tendencia a imitar las leyes y los procedimientos de la naturaleza; todo mecanismo es tanto más perfecto cuanto más efecto útil produce; las mejores máquinas son aquellas que gastando poco combustible utilizan la mayor cantidad posible del efecto mecánico del calor; de la misma manera un estado social, una civilización es tanto más perfecta cuanto más adelantos realiza, cuanto más produce.

Por otra parte la Naturaleza es el mejor ejemplo de la división del trabajo y de la transformación de la materia; en ella todo está en equilibrio y la producción se hace en virtud de una regla eternamente fija; el hombre toma de esta Naturaleza la materia y la fuerza, y a ellas agrega su trabajo para formar la producción, tendiendo siempre a que ésta sea función de leyes invariables. Las conquistas del hombre sobre la Naturaleza, por medio del trabajo espiritual, le enseñan la armonía y el acuerdo y relación que hay en los cambios de la materia y quiere informar la vida social en este mismo principio del cambio heterogéneo, simultáneo y sucesivo.

La observación de los hechos naturales y la experimentación son las fuentes del trabajo deductivo ó de diferenciación, el cual consiste en ir deduciendo de unos hechos otros, a fin de determinar sus relaciones y poder más tarde realizar una integración, cuyo objeto sea la predicción de los fenómenos naturales; la tendencia del moderno movimiento científico, en cuanto a la ciencia social, no es otro que determinar los fenómenos por medios enteramente equivalentes a los que en ciencias naturales se emplean.

Además, del conocimiento de las leyes naturales y del mecanismo de los fenómenos físicos, se deducen los medios de la emancipación del trabajo mecánico; pues que las máquinas son función de este conocimiento y los grandes inventos a él también se refieren. Si estos resultados no fuesen la luz que guiase a la filosofía y a la política, ¿creeis acaso que hubiéramos alcanzado el elevado grado de perfección de la época actual? Sin la imprenta y las vías de comunicación, ¿cómo habrían de realizarse progresos de la importancia de la difusión de la instrucción, y las exportaciones e importaciones hoy tan fáciles, gracias a los motores de vapor? En mi modo de ver las cosas, he de pensar que el mismo adelanto de las ciencias filosóficas políticas es también función del progreso realizado en las ciencias naturales.

Para ver de todo esclarecido este punto y probada la afirmación que acabo de hacer, de la cual puede deducirse que la actual civilización se debe principalmente al influjo de las ciencias naturales, he de examinar su intervención en el progreso del trabajo intelectual, en el problema económico, en la moral y en el arte.

Dispone el hombre de elementos de muy poco valor para el cambio de la vida, y de ahí que no teniendo otra cosa que el sistema muscular para la lucha con las leyes físicas, emplee sus esfuerzos en dominar las fuerzas naturales modificándose de manera que satisfagan sus necesidades, emancipándose del trabajo material que exige el sacrificio de la voluntad y del pensamiento. El deseo más grande del hombre es dedicarse exclusivamente al activo trabajo espiritual, que se hace sin repulsión ni violencia; antes bien, hallando en él, a la par que una satisfacción de necesidad, el placer más justo y legítimo. El trabajo humano se desarrolla según una curva, cuyos elementos se determinan por las dos direcciones de este mismo

trabajo; de una parte los esfuerzos mecánicos, de otra los esfuerzos de la inteligencia y del sentimiento; siguiendo el desarrollo de esta curva, se puede ver cómo a medida que las ciencias naturales, por medio de los inventos, dan mayores medios de satisfacer las necesidades del hombre, el trabajo espiritual va progresando y el físico disminuyendo, tanto que llega a concebirse un estado de la evolución de la humanidad, en el cual las máquinas hagan todos los trabajos físicos, y en este punto podrá el hombre dedicar toda su actividad al desarrollo de sus facultades intelectuales, cuyo estado pienso que sería la meta del progreso, el último grado de la perfección humana, que se acusaría por el total conocimiento de los fenómenos de la Naturaleza.

De otra parte, las ciencias naturales tienen una importancia capital en el problema económico, que es la base de la cuestión social. Si consideramos que los elementos de la producción son la materia, la fuerza y el trabajo humano, se puede admitir que la naturaleza, en general, es como el depósito de donde se toman las materias primeras, que el trabajo convierte en objetos útiles; por tanto, tratando las ciencias naturales del conocimiento de ese depósito Naturaleza en donde está toda la materia y toda la fuerza, han de tener necesariamente una influencia de primer orden en la producción.

Además, la persistencia del elemento fuerza, es una ley que se puede aplicar a la administración del Estado, comparable, opinando así, a una máquina, en la que el efecto útil de la fuerza se traduce en trabajos como estos: enseñanza, derecho y otros que contribuyen a la vida social.

La función de los actos humanos se compone de dos series de fenómenos; una de estas series es constante é invariable, porque se cumple según las leyes fatales de la naturaleza; la otra comprende actos variables que es posible modificar, según el medio y las necesidades; las leyes que rigen a esta serie componen la moral, ó sea el arte de vivir bien. Esta moral tiene su evolución; en el orden de los tiempos la moral del cuerpo y de los apetitos es la primera, porque el abuso en estas materias provoca la enfermedad y la muerte; lo que en moral es relativo a la inteligencia y al sentimiento, representa un grado mayor de adelanto, porque es preciso tiempo y ciertos conocimientos para ver los resultados del abuso de estas cosas. La evolución moral se hace en el sentido personal, en cuanto el hombre pudo notar que le convenía observarla por las consecuencias que podía sufrir; más tarde toma origen la moral de relación, porque se notó su utilidad en las relaciones de los individuos unos con otros.

Por esta manera de desenvolverse hay que notar que no es la moral una ley preestablecida é invariable, sino una ley *a posteriori*; es un compuesto y no un elemento; se necesita en cuanto el hombre obra, mas no es la causa de su actividad. «La moral, dice un pensador ilustre, es una rama de la actividad humana que da las reglas que el hombre, como ser sensible, debe observar en la satisfacción de sus necesidades físicas, intelectuales y afectivas en la medida de lo útil, lo verdadero y lo bello.»

¿Cuál es la influencia que sobre esta moral ejercen las ciencias naturales? La moral hasta ahora estaba unida a la metafísica y a la teología; las ideas de religión y de moral eran como un precepto único, que se pretendía inmutable, dado al hombre como regulador de sus acciones.

El método inductivo de las ciencias naturales, con sus conclusiones precisas, con su criterio experimental y sus leyes fijas é invariables lucha por arrancar a la metafísica las leyes de la ética y los principios que regulan las costumbres de los pueblos. El siglo XVIII, de feliz recordación para las ciencias, inicia acaloradas y fructuosas controversias en el amplísimo campo de la moral.

Helvetius D'Alambert, D'Holbat, Diderot, Condillac, Larochefoucauld, inspirándose en las ideas naturalistas que a la sazón comenzaban a dar calor y vida a la razón contenida por tantos siglos, logran conmover los fundamentos de este edificio a tanta costa levantado por el espíritu teológico y metafísico; se discuten ya los más elevados principios de la moral y se trata de despojarla de sus caracteres dogmáticos para hacer de ella una rama independiente, susceptible de desarrollo y progreso. El adelanto del dinamismo establece los nuevos cimientos de la ética, sobre los principios utilitarios; tal progreso constituye una aplicación importante del método inductivo y un nuevo triunfo para la escuela de la filosofía experimental, para las ciencias naturales.

¿La austeridad y fijeza, la sobriedad, a la vez que el carácter desinteresado y severo de los métodos de las ciencias naturales, podrán llegar a la concepción de esos elementos más simples del fenómeno moral, por medio de los cuales podamos establecer leyes precisas que regulen nuestros impulsos, abriendo nuevos horizontes a las acciones humanas?

Mucho hay hecho en este sentido; pero, desgraciadamente, mucho hay que destruir todavía.

Es una creencia muy común el pensar que las ciencias naturales esterilizan la fantasía y cierran al arte los caminos de su progreso; nada de eso. Las ciencias naturales dan al artista el conocimiento de la realidad de las cosas, lo cual contribuye al mejor desarrollo del sentimiento de lo

bello; las mismas conquistas de la ciencia, los grandes adelantos en el conocimiento de la Naturaleza, abren al poeta nuevas fuentes de inspiración, dándole nuevos objetos a que dedicar sus cantos; ¿no pensais que Lucrecio y Goethe tienen inspiración tan fecunda gracias a sus conocimientos en las ciencias naturales?

Yo no puedo extenderme en más consideraciones sobre estos puntos; mi objeto al presentaros la influencia de las ciencias naturales en aquello que más pudiera creerse ajeno a ellas ha sido aducir un nuevo argumento a mi opinión de considerar la evolución actual del progreso como causada principalmente por su influjo, debido a la emancipación del hombre del trabajo físico y al desarrollo de su trabajo espiritual como consecuencia de esto. Lejos de mí el pensar que esta época es aquella en que la máquina lo hace todo y el hombre puede dedicar toda su actividad a los trabajos intelectuales y sensitivos, todavía falta mucho para llegar a tal resultado; pero conveganos en que la época actual, que se caracteriza por el gran desarrollo de las ciencias naturales, por esa actividad desplegada en el conocimiento de la naturaleza, ha contribuido mucho a que el hombre sea menos máquina y más pensador.

JOSÉ RODRIGUEZ MOURELO.

## LOS ENTREACTOS DE «LUCIA.»

### I

Se representaba por primera vez la *Lucía de Lamermoor*, en esta ciudad, en la noche del 23 de Abril de 1865.

Acababa el primer acto, y descendiendo yo del cielo de la armonía, de donde me venían aún como un eco misterioso las dulcísimas cadencias y la suave melodía del *regnava nel silenzio* y los patéticos murmullos de los esposales de Edgardo y de Lucía, se me acercó un amigo que me trataba con afable familiaridad, y después de hablarme con entusiasmo de Assunta, de Enrico (¡el malogrado Enrico!) y del inmortal Donizetti, quiso sacarme de mi honda preocupación desplegando todo el lujo de su inimitable agudeza y de su galano decir.

Ese amigo, a quien llamaré Emilio, y que es bien conocido entre nosotros, está dotado de la poderosa facultad de vibración y posee un espíritu infatigable, pronto siempre a la réplica respondiendo a cada incidente de la vida pública ó a cada episodio de la vida literaria con una página, una línea ó una palabra; pero se entiende que es la palabra justa, la línea picante ó la página verdadera, siendo su talento tanto más seductor cuanto que se anima en su movilidad con todos los colores de la fantasía. Decir otro rasgo más sería señalarlo con su nombre y apellido.

Emilio, decía, quiso arrancarme del éxtasis en que me hallaba y volverme al diapason normal con suaves y delicadas transiciones.

Y he usado la palabra éxtasis, de significación elevada, porque expresa perfectamente bien mi pensamiento.

Era la primera vez que yo, músico aficionadísimo, veía y oía una ópera; esa ópera era *Lucía*, y Lucía se encarnaba en Assunta Mazetti.

Desenvolveré mejor mi pensamiento.

Assunta no sería tal vez una artista consumada; pero a mí me parecía que lo era en esa noche de inefables recuerdos; yo la creía igual a la Malibran ó a la Grisi, que apenas conocía por la fama y que no me era dado calificar de una manera conveniente. A Assunta faltaría mucho seguramente por lo que hace al fuego escénico, pero poseía una admirable vocalización, una voz fresca y argentina que se desataba en cadenciosos trinos con una facilidad indescriptible.

Asistía a la representación de *Lucía*, es decir, de la obra maestra del más tierno é inspirado de los maestros italianos, y, por último, conocía yo lo que era ópera, la recopilación más hermosa del sentimiento musical que da vida y movimiento, luz y perfumes, gracia y donosura a las más bellas creaciones del poeta; la ópera, de la cual no me había formado antes una idea cabal, porque a esta ciudad, escondida entre abruptas montañas, no habían llegado otras melodías que las estruendosas de la naturaleza, cuya melopea, como la del canto gregoriano, se desarrolla en notas prolongadas y sonoras.

Emilio me sacudió el brazo amistosamente y me dijo:

—¡Vaya! deje usted de ser artista por un momento, y sea hombre; ó más bien, sea artista en otro sentido y admire las bellezas que se agrupan en los palcos como constelaciones en el cielo de la belleza ideal.

—Es verdad,—le contesté,—se halla aquí lo más selecto de la sociedad medellinense, y el espectáculo es hermoso.

—Ahora,—continuó Emilio,—si usted quiere que yo le refiera alguna historia palpitante, de esas que yo invento, es decir, descubro, en mi calidad de antiguo cronista de periódicos, no tiene más que escoger, dando una revista a los palcos que tenemos a nuestro frente.

Más por condescendencia que por curiosidad, recorrí ligeramente la galería del medio, de un vistazo, y me detuve en el palco del señor don N., en donde se hallaba una joven que me era completamente desconocida.

Era estrella de otro cielo; pero era estrella de primera magnitud.

Era de una blancura sorprendente y que resaltaba del fondo oscuro de su traje, como resalta la nieve de los negros pedregosos del Soratá. Si yo hubiera sido poeta, hubiera comparado esa blancura a la piel del armiño, al plumon del cisne, al mármol de Páros ó al lirio que entreabre su cáliz de plata al beso matinal.

—¿Quién es aquella joven de blancura mate, que conversa actualmente con un anciano, en el palco de don N.?—pregunté yo.

—Allá lo aguardaba,—me respondió,—esa joven está ca-

sada con ese anciano, y es una ave de púso; viene de Bogotá y seguirá para Popayan.

Hice un gesto de duda: no me parecía natural que aquel anciano, que podría ser su padre, fuese su esposo.

—Es así como lo digo, con el ítem que ella lo ama entrañablemente; mire usted qué dulce sonrisa le dirige en este momento.

Es esa una historia palpitante que tengo inédita y cuyo carácter conservaremos por ahora. Pero sentémonos, que el entreacto será largo y ya volverá sobre las tablas la novia escocesa que ha robado su atención.

Nos sentamos, y yo procuré en vano rechazar dos ó tres motivos de la cavatina del primer acto, que mi memoria retenía, aunque con vaga incertidumbre.

—Pues, señor (y la historia irá en compendio y sin apellidos, que es como si dijéramos el *non plus ultra* de la discreción de un cronista), había en Bogotá, en el puente de Lésmes, una casita de pobre apariencia y de un interior muy triste en donde residían dos jóvenes huérfanas, conocidas generalmente con el nombre de *las dos hermanas*.

Habían perdido su madre en la infancia y su padre poco tiempo después, en una de esas guerras fratricidas que ya no volverán, Dios mediante. La mayor se llamaba Clara y la otra Elvira, y era aquella la que hacia las veces de madre y llevaba sobre sus hombros, como el peso de Atlante, la dirección y el cuidado del hogar.

Las niñas se sostenían merced á una pensión alimenticia que el Gobierno les suministraba, y al constante trabajo que algunas buenas vecinas les conseguían.

Elvira era de constitución débil y enfermiza, por lo cual el rudo trabajo caía sobre Clara, pero ambas llevaban una vida tranquila y serena hasta donde lo permitían sus escasos recursos.

Clara era por este tiempo una joven como la que tenemos á la vista y al estudio; blanca y pura como la blanca luz de la reina de la noche, tenía largos cabellos rubios como el oro de las espigas, ojos azules tras de los cuales se veía el azul de su alma, mejillas de rosa... y en fin, su espíritu se había pulido con la desgracia, como el diamante al fuerte roce de su propio polvo.

—Me supongo,—le dije sonriendo,—que usted no la conociera, y que ese boceto será de pura fantasía.

—Ese boceto es exacto,—me replicó,—aunque queda pálido ante el cuadro original; yo no conocí á Clara, pero sí conozco á su hija, que tenemos á la vista, y la semejanza de las dos ha sido sorprendente; dentro de poco me apoyaré en los hechos.

—Continúo el relato. Merced á los recursos de que he hablado, Clara y Elvira podían llevar una vida sencilla, pero sin cuidados, y descansando felices sobre el porvenir, fiadas en la inocencia de su corazón y en la ignorancia de los peligros de la vida.

En el año de 1848, cuando cumplía Clara los quince años, y cuando ya se desarrolló en todo su esplendor su belleza virginal, causó esta una honda impresión en dos jóvenes de distinta posición social y de encontrados caracteres.

Se llamaba el uno Ricardo y el otro Alejandro; éste era de la alta aristocracia, de vida relajada y no buscaba sino el placer persiguiéndolo con renombrada tenacidad; aquél era un modesto teniente del ejército de línea que estaba acuartelado en la ciudad, y era al contrario, sencillo, moderado y de sanas costumbres; sin afición á la carrera militar, había entrado de conscripto por la provincia de Tunja y había adquirido sus grados á fuerza de merecimientos y de una conducta ejemplarísima; sus superiores le tenían un cariño entrañable y se hacía acreedor á él á despecho de sus gratuitos malquerientes.

Alejandro vio á Clara y se encendió en él una de esas pasiones ardientes que queman un corazón y tiznan las reputaciones más immaculadas; Ricardo la vio con frecuencia y la amó en lo más callado de su alma y sin esperanza de correspondido; conocerla y amarla fué para él lo que un rayo de sol para un paisaje dormido de tinieblas, á quien dan vida y animación, luz y colores los callados ecos de las eternas armonías.

Sería en vano pintar las mudas adoraciones y misterios inefables que llenaron su corazón á las primeras revelaciones del amor; basta decir que amaba por la primera vez y con esa intensidad y absoluta consagración de que sólo disponen los que no han entregado su juventud á las disipaciones miserables, escollos demasiado frecuentes en los cuarteles, en donde la libertad de las maneras cambian de nombre y es la fuente de la más desvergonzada corrupción. El amaba ardentemente, porque las naturalezas castas son también las naturalezas apasionadas, puesto que la pasión crece cuando se la contiene, y en fin, porque está en la naturaleza humana que todo corazón se abra al sol de la vida, siquiera sea una sola vez, como toda planta reverdece ó florece en el mes encantador consagrado á la reina de los cielos.

Clara, lo diré de una vez, no fué insensible al amor de Ricardo, y en vano luchó interiormente con ese sentimiento que se alzaba en su corazón para rivalizar con el amor á Elvira; en vano se ocultaba aquella alma á la sombra, como la violeta oculta su corola y derrama perfumes; llegó un día que ese amor irradió sobre su semblante y brotó de su corazón como se abre la azucena á los rayos del sol de la mañana.

Y era imposible que no se amaran, puesto que mil circunstancias sociales los ponían en contacto y hacían notar la similitud de existencias, de caracteres y de virtudes que había entre ellos.

Una circunstancia precipitó los sucesos y permitió que los dos jóvenes se entendieran sin hablarse.

Alejandro, prevalido de su posición, y cansado de aguardar el resultado de otra maquinación que sus compañeros de placeres le ayudaron á formar, se presentó en la casa de Clara cuando ésta se encontraba sola, encorvada bajo el rudo trabajo á que estaba sometida su existencia, y después de dirigirle algunos cumplimientos que formaban la monedada menuda de su gasto, dejó caer sobre ella una de esas mi-

radas que tienen por objeto empañar la auréola de la inocencia y del pudor.

La sangre acudió á las mejillas de Clara, en reflejos de púrpura, y sin poder articular palabra alguna se deslizó en llanto; Ricardo entraba en ese momento y comprendiendo lo que pasaba tuvo el valor bastante para contenerse intimando al Lovelace saliese de esa casa, pues esa joven estaba, si no bajo la protección de la ley, al menos bajo la égida del más puro y noble de los amores.

Alejandro se sonrió con desprecio, y salió á buscar á sus compañeros en solicitud de una pronta y enérgica venganza.

Ricardo se atrevió entonces á hablar á Clara de los peligros de su situación y le ofreció con su mano toda la sangre de su cuerpo y todos los pensamientos de su alma.

Clara aceptó ese amor y esa mano y se pensó que el matrimonio debía celebrarse á la mayor brevedad posible.

Alejandro entretanto, prevalido de sus relaciones personales, obtuvo de la camarilla que regía secretamente los destinos de la República, fuera enviado Ricardo á una provincia lejana para asuntos del servicio militar; y á tiempo que él solicitaba sus licencias indefinidas ó retiro de servicio, se le dijo que estaba en su honor no eludir el encargo que se le había confiado; en vano hizo conocer la causa de su petición, se le habló del honor y del deber y tuvo que resignarse á partir, despedazado el corazón.

No le quedó siquiera el recurso de acudir al jefe que se había declarado su protector; éste había sido removido de su encargo por sus opiniones políticas, de manera que de rechazo vino á sufrir Ricardo por ese suceso que hiciera tanto ruido en la República: todo se liga en este mundo, la caída de los palacios arrastra consigo los nidos de las golondrinas.

El piano de Prieto se hizo oír en ese momento y los músicos corrieron á sus puestos; volvimos cara al escenario y el telón se levantó. ¡Volvimos á Lucía!

## II

¡Cómo describir las dulces emociones y los encantadores arrobamientos que me produjeron las melifluas melodías y las piezas concertantes de que está lleno el segundo acto de *Lucía*! ¡Con qué lenguaje pudiera expresar dignamente los movimientos de alegría, de pesar, de temor y de honda tristeza en que oscilaba mi alma, en escalas cromáticas, y al unísono de la magnífica partitura de Donizetti!

No seré yo ciertamente quien pueda expresar un juicio acertado sobre esa obra tan acabada, mas juzgándola con el corazón no puedo menos de ratificar las opiniones del ilustre Secdo.

*Lucía*, dice, es sin disputa la obra maestra de Donizetti; es la partitura mejor concebida y mejor escrita que nos ha dejado; aquella en que hay más unidad y que encierra las más felices inspiraciones de su corazón. Cada uno de sus trozos es encantador y perfectamente adecuado á la situación...

Todavía, á pesar del tiempo trascurrido, resuenan en mi alma todos los gritos de duelo, de reconvencción, de estupor y de locura recogidos en su quinteto admirable; aún distingo, por encima de todas las voces armoniosas, la de Assunta, que se elevaba en cadencias adorables y se destacaba como la luna entre los astros de la noche, como la palmera entre los abrojos del desierto; todavía tiemblo de terror cuando recuerdo el *maledetto sia l'istante* que Edgardo... que Rossi dejaba caer como la más estridente de las amenazas que haya lanzado un amante engañado, desde Atalide hasta Ethelwood.

Assunta, bello pájaro del Paraíso, cuyo gorjeo igualaba á su plumaje, sin llegar aún á la escena de la locura que era su fuerte, desataba notas de una flexibilidad adorable y esparcía un perfume de gracia y juventud que encantaba todos los corazones. La orquesta, por su parte, repetía á la sordina, los acentos apasionados de Edgardo y de Lucía y aún la ronca voz del implacable Asthon.

Vueltos al mundo de la realidad Emilio y yo, después de cambiar nuestras notas de admiración, que vibraban aún, en recuerdo de las inefables armonías, como vibra largo tiempo la hoja de cobre sacudida por el martillo, continuámos nuestra conversación del primer entreacto.

—Habíamos llegado al *brutum fulmen* elaborado por Alejandro,—le dije.

—Es verdad,—me contestó,—esa tempestad que se había descargado sobre Ricardo no le prometía días felices, y por lo que hace á Clara, innecesario será decir que su corazón vino á sufrir de rechazo la más acerba de las penas.

Su situación vino á ser más angustiosa y difícil que antes; Elvira perdía gradualmente su salud desarrollándose en ella una terrible enfermedad del corazón; la módica renta que el Gobierno les pagaba fué reducida por la penuria del Tesoro público, á proporciones tan insignificantes que ya no podía servirles de recurso alguno.

Lo que sucedió después, no sé cómo explicarlo; tal vez se considerará absurdo, por no poder desarrollarlo largamente una tesis psicológica y social que á ese desenlace se refiere.

Pasaron los meses y los años sin que se obtuviera la menor noticia de Ricardo, á pesar de la solemne promesa que hiciera de escribir semanalmente por los correos nacionales, y de regresar apenas cumpliera debidamente su comisión. Alejandro, que maniobraba secretamente, del modo que ya hemos indicado, consiguió hacer desaparecer la correspondencia de su rival, é hizo correr la noticia fingida de su matrimonio con una payanesa, y del consiguiente olvido de sus sagrados compromisos.

Gastó con Clara, por otra parte, la conducta más digna y más cumplida; la visitaba de tiempo en tiempo y con las consideraciones más delicadas, suministrándole de una manera velada algunos recursos, mediante las labores que hiciera ejecutar por ella.

Mas llegó un día, en que el médico ordenara para Elvira el cambio de clima y la sujeción á un régimen costoso en demasía. Hasta allí no había ahorrado Clara ni trabajo, ni

vigilia, ni privaciones, ni sacrificio de sus propias joyas, recuerdos de su santa madre; mujer por la debilidad, era á la vez hermana y madre por el amor entrañable que tuviera á Elvira; pero no pudiendo hacer más, se retorcía en mudas desesperaciones y le parecía que una voz secreta le gritaba al oído, que en sus facultades estaba salvar á su hermana aunque ella pereciera en el deshonor.

¡Pobreza, cuántos corazones has destrozado, cuántas almas has segado en flor con tu despiadada guadaña! Diosas sombrías, eres á veces el soplo y la mensajera de la muerte.

En fin, amante despechada y hermana cuya abnegación llegaba hasta el sacrificio, vino para ella una hora de duelo, una hora atea, como dijera Shakespeare, en que doblegada bajo la inmensa pesadumbre de su azarosa situación cedió al seductor Alejandro que espiaba hombre sin corazón! ese momento cruel, y sin duda su ángel tutelar debió cubrirse de dolor y pena ante el sacrificio de esa pobre y desamparada mujer.

Ya ve usted que no la disculpo, apenas señalo las circunstancias atenuantes, separándome, y con mucho, de las extrañas teorías de Sée y Dumas, hijo, acerca de la mujer que cae conservando la virginidad de corazón. Apenas podrá decir con Gregorio, interpretando á Victor Hugo:

«¡Oh! no insulteis á la mujer que cae,  
No sabemos que peso la agobió...»

Para mayor desgracia el sacrificio fué infructuoso. Elvira se postró más y más, y antes de que fuera posible hacerla cambiar de clima rindió su vida, dejando á Clara sumida en la más atroz desgracia.

La alegría, ese dulce sol de la vida, desapareció de esa pobre casa para siempre. Clara renunció al amor tirano de Alejandro y ya no quiso sino morir; pero pasaron los días y tuvo que resignarse á los duros combates de la vida porque conoció que iba á ser madre sin haber sido esposa!

Lágrimas, penas, sufrimiento, mudas agonías... Eso es el cortejo que dejan en pos de sí esos jóvenes sin corazón y sin honor que se entregan maniatados al terrible tirano de los sentidos y que buscan el placer como la suprema ley de la existencia.

Nunca será la sociedad demasiado severa para con ellos, ni las leyes suficientemente previsoras para contenerlos.

Esto que he referido pasaba en el año de 1851, en lo más crudo de la emergencia política de esa época azarosa.

Para no salvar los límites del entreacto llegaré, sin transición, al año de 1854.

Es conocida generalmente la guerra que entonces incendió la república. Un soldado oscuro, aunque muy atrevido, quiso hacerse superior á las leyes y enarboló la bandera de la dictadura; mas luego, y como por encanto, acudieron de todas partes los defensores de la patria y en rícos combates pelearon las batallas de la justicia. La más sangrienta y la más reñida de ellas fué la del 4 de Diciembre, en Bogotá.

No entra en los límites de mi narración decir algo sobre ella; básteme seguir á un capitán del ejército del Sur que, aunque herido en lo más crudo del combate, volaba, que no corría, hácia la calle de Lésmes, cuando hubo libre tránsito, merced á la victoria de las fuerzas constitucionales.

Era Ricardo. La más cruel de las maquinaciones lo había retenido en el último confin de la república; pero la revolución había desbaratado el secreto poder que labraba su desgracia! ¡Qué momentos aquellos! el tiempo se arrastraba perezosamente para él y le parecían siglos los minutos que tardaron en abrirle la puerta de la casita de las dos hermanas.

—Clara,—gritó Ricardo.

Aquella, pálida como la muerte, no pudo hablar, y fué á apoyarse sollozando sobre la cama de su hija; la niña temblando echó los brazos al cuello de su madre, prodigándole este santo nombre, á tiempo que Ricardo, comprendiendo la inmensidad de su desgracia, caía por tierra, desmayado...

Ricardo perdió el juicio; no pudo resistir á esa herida moral, más honda y más cruel que la que le habían causado las balas enemigas. Fué recogido para un hospital de locos.

Renunció á pintar lo que ocurrió después en la vida de Clara.

Cuando el egoísmo de las malas pasiones no ha petrificado el corazón, no puede haber una tortura más cruel que la de saber que hay una criatura noble que sufre las consecuencias de una situación que no fué propia.

Clara debió sufrir hondamente al saber que Ricardo había muerto para el mundo de la razón, á consecuencia de la herida moral que con sus propias manos le causara. Por eso su sol se fué apagando en la tristeza y en el abandono, fué ya una tierra sin rocío, un cielo sin estrellas, una agonía lenta que acabó al fin con su vida en el seno de la más santa resignación.

La huérfana fué recogida por una estimable señora viuda, que había quedado sin hijos, y que gozaba de algunas comodidades. La hizo educar en uno de los mejores colegios de la capital y acabó por adoptarla.

La niña creció en belleza y virtudes y alcanzó á ser una de las más puras beldades de Bogotá.

En el año próximo pasado, siendo ya joven y sin conocer á fondo la historia de su madre, visitaba la casa de locos, en compañía de su madre adoptiva.

Al examinar la celda de un loco melancólico, este fué presa de la más extraña agitación. De improviso se tiende á los pies de la joven diciéndole:

—¿Tú no estás muerta, Clara; llegas en fin?

Y su voz era tan dulce que parecía un suspiro de la noche.

Era Ricardo, anciano ya, más por el dolor que por los años.

Qué paso en él en ese momento, nadie podrá decirlo; tal vez en el enjambre confuso de recuerdos se levantaria de repente en su alma cantando y batiendo alas, despertando los ecos dormidos de las alegrías desvanecidas del pasado.

La joven, que también se llamaba Clara, volvió á su casa hondamente preocupada y fué entonces cuando se le refirió con detalles la historia de su madre.

Al día siguiente volvió al hospital y se repitió la misma escena; entonces ya no pudo dominarse y se dirigió á la casa

de un eminente médico á quien refirió la historia de lo sucedido y le suplicó se consagrara á la curacion del loco.

El médico, ya por deber como por piedad, y para resolver un problema de la ciencia médica, se ofreció consagrarse á esa curacion y se consagró á ella de una manera decidida.

Durante seis meses la jóven concurrió diariamente al hospital, siguiendo con puntualidad las prescripciones del doctor, y al fin el buen resultado coronó la empresa.

Ricardo recobró la razon, pero no la dicha. Clara, que se habia acostumbrado á ese amor del anciano, que no habia amado aún y que quiso rehabilitar la memoria venerada de su madre, coronó su obra de abnegacion uniéndose á Ricardo. Su amor era puro y sereno como el lago rodeado de sauces que refleja hasta la última hoja seca del árbol que se inclina á sus orillas.

La madre adoptada murió hace poco tiempo y ese es el luto que vé usted en Clara, y tanto para distraerse como para fijar la completa salud del anciano han resuelto viajar por toda la República.

Esa es la historia de la jóven que tenemos á la vista. Ya vé usted que tiene toda la serenidad de un hermoso cielo, toda la transparencia de un lago tranquilo y toda la virginidad de una rosa blanca.

Poco despues Darío Achiardi empuñaba su battuta y toda la atencion se dirigia al escenario. Volviamos á Lucia.

JUAN JOSÉ MOLINA.

Medellin (Nueva Granada).

LA AMÉRICA LATINA.

Los ferro-carriles.—Los indios.—La densidad de la poblacion.—Las colonias agricola-militares.—La emigracion.

I

Un vicio de raza persigue á la América latina en su desenvolvimiento, vicio que pretende corregir vertiginosamente, cuando por casualidad se da la pena de pensar.

Vive soñando y cuando despierta quiere recorrer el camino perdido á grandes saltos.

Empezaremos por dejar justificada nuestra apreciacion de vehementes soñadores y de presidir á todas sus manifestaciones la falta de meditacion á la inmediata realizacion, funesta falta sobre todo cuando se trata de reformas trascendentales.

Admitamos como necesario el tiempo, la sangre y los esfuerzos hechos entre federales y unitarios para constituirse en Estados independientes y dejar que razonen, no como adolescentes, sino como hombres en pleno dominio de sus derechos y ante los altares de la patria.

Impelidos por un noble y leal sentimiento, volvieron los ojos á Europa para aprender de las viejas naciones la ciencia de gobernar.

Pero lo hicieron en tal ocasion, que lo que más preocupaba entonces al viejo continente eran los ferro-carriles; sin más razon que por que Europa lo hacia, impremeditadamente, soñando con Fultown y la civilizacion, decretaron ferro-carriles y á ejemplo de Europa, acordando grandes subvenciones, queriendo recorrer de un salto la distancia que media entre la pubertad y la edad adulta. Imprudente temeridad que deja enterrados tesoros inmensos que no podrá disfrutar la generacion que los empleó, en perjuicio de otros intereses de más sólida base.

Los ferro-carriles son una necesidad de los pueblos, dijo Europa, y América confirmó el aserto, haciendo caminos de hierro, pero sin tener pueblos.

Europa, con sus 285 000 de habitantes para un territorio de 10 092 447 kilómetros cuadrados, ó sean 327 000 leguas cuadradas, tenia los primeros elementos de produccion para dar vida en un corto círculo, relativamente, y nutrir la marcha regular de aquellos.

¿Estaba en esas condiciones la América latina? No solamente no estaba en esas condiciones, sino que eran perfectamente contrarias.

Infinitamente mayor territorio y menor número de habitantes.

Deduciendo la poblacion y territorio de la América del Norte, le quedan á la latina 29.000 000 de habitantes, para 30.000.000 de kilómetros cuadrados, ó sean 1.400.000 de leguas cuadradas, en números redondos.

Así se explica, que siendo los ferro-carriles en América, la mayor parte de ellos, del Estado, ó hechos con las subvenciones, estén completamente muertos, porque no tienen masa de poblacion productora y consumidora que alimente su tráfico, como el factor más importante á su existencia.

Quedan, pues, completamente estériles estos inmensos sacrificios, que aplicados á favorecer la densidad de la poblacion darian por resultado natural y lógico, no solamente los ferro-carriles sin necesidad de subvencion, como se hace ya en Europa, sino la civilizacion y el concurso del indio, porque los pueblos lo traerian consigo inevitablemente.

«Como en todos los países nuevos, el pastoreo y la agricultura constituyen la ocupacion más beneficiosa para el capital y el trabajo. Las industrias vendrán más tarde con el aumento de la poblacion, por un movimiento natural, sin que tengan necesidad de proteccion, ni de ser im-

plantadas artificialmente en perjuicio del aumento regular y normal de la nacion.» (Vizconde de San Juanario.)

¿Y qué son los ferro-carriles más que industrias protegidas por el Estado en perjuicio del aumento de la poblacion?

Si por vanidad de aparecer al lado de las naciones más prósperas, y su grado de desenvolvimiento se vá á medir por el número de kilómetros de ferro-carriles que tenga en explotacion, quedareis satisfechos por un momento, pero la cifra de la poblacion consumidora y productora, os negará parte de esa pueril satisfaccion, porque se verá en seguida que es un artificio que pagais harto caro.

Por otra parte, poco importa que tengais muchos kilómetros de ferro-carriles si teneis muchos miles de indios salvajes que os afrenten.

Por fortuna, todavía es tiempo de que América modere su fiebre y aplique al fomento de la poblacion esas subvenciones que hoy le absorben obras tan costosas y que no les sirven más que de momentánea y baladí vanidad ante pueblos que llevan muchos siglos de existencia.

En cambio abandonan casi en absoluto la cuestion de indios, dejando esa afrenta viva, que de vez en cuando les echa en el rostro el estado primitivo en que viven, espanto del colono y horrible baldon de la nacion que no sabe encontrar fórmula de reducirlos.

II

El hombre primitivo de los campos de América, es, por cierto, no solamente un dato negativo para el ferro-carril, para el colono libre, y más que nada para la civilizacion, y á civilizarlo deberian dirigirse todos los esfuerzos de América borrando de una vez para siempre ese baldon de ignominia que de vez en cuando los asalta, los roba y los degüella, castigándolos con su ferocidad, porque nada se hace por él para redimirlo del estado en que vive tras largos siglos, y no solamente no se hace nada, sino que algunos Estados pactan con ellos y les dan subvenciones por paces y amistades que no cumplen, procedimiento inhumano, terrible cargo que le harán en su dia la historia y la civilizacion.

Si no podeis redimirlo porque tal sea su ferocidad, como sucede á los *Pieles rojas* en Méjico, apoderaos de sus hijos, y educándolos en vuestros establecimientos, formareis ciudadanos que os sean útiles, no oponiéndose al desenvolvimiento del país.

Esta campaña no se puede emprender sin tener grandes centros próximos unos de otros, y siempre vendremos á parar á la necesidad de la repoblacion, única manera de hacer patria en las soledades inmensas é inexploradas de la América latina.

Escepto los *Pieles rojas*, como hemos dicho antes, y alguna que otra tribu de las pampas argentinas ó de las de los antiguos *araucanos*, ninguno se hace refractario á la civilizacion, y nos lo prueban Azara, Solalinde y Dr. Castro Boedo, que han vivido entre ellos algunos años, en donde han tenido grandes amistades, llegando á abandonar las tolderías, hasta con sentimiento. Este es un dato que consignamos con gusto para probar que puede, por otros medios que no se han empleado hasta el dia, hacer del indio un ser útil á sí mismo y á su patria, si se hiciera todo lo que se debe, consiguiendo que este elemento, hoy perjudicial en el estado en que se encuentra, enseñándole los secretos de la vida civilizada *consume y produzca* y deje de ser nómada para contar anticipadaente con su trabajo en un punto fijo formando pueblos.

Tambien se ha exagerado el número de indios, y no hay estadista que se atreva á fijar una cifra exacta difiriendo tanto, unos de otros, que no hay posibilidad de hacer un cálculo aproximado. Nosotros nos explicamos este desconcierto de la manera siguiente.

Sabido es de todos, que son poco aficionados á trabajar y esto los induce al robo; y como, por otra parte, ni tienen instrumentos de labor para trabajar la tierra, ni conocen la manera de hacerla producir con regularidad, esperándolo todo de la naturaleza, resulta tambien, que cuando no tienen pastos para sus ganados, levantan sus *tolderías* y van á donde los encuentran, dando lugar con esto á guerras entre ellos, y como consecuencia, pactos y alianzas entre tribu y tribu, apareciendo numerosas indiadas en donde nunca se habian conocido tal vez. Y esto es, que á veces se juntan las de Bolivia y Perú hasta con los del Chacosolo, por instinto de conservacion.

El mejor florón que puede conquistar América es la civilizacion del indio.

Borrar las huellas de lo pasado educando en el espíritu del siglo esa parte del género humano que se bate hoy como á manada de bestias feroces.

La obra es larga, lo confesamos, pero no imposible. Una vez conseguida sería haber llegado á la meta de la civilizacion los pueblos de América.

Para conquistar al indio es necesario mostrarles nuestro poderío encerrado en el efecto de una granada; el alcance de nuestras armas modernas ayudadas por la inteligencia del que las maneja y la disciplina en el arte de la guerra: pero siendo posible no hacer uso de estas ventajas en contra de ellos, si no que se convencieran que en

número y medios somos más poderosos que ellos.

Mostrarles el efecto y los resultados del telégrafo, la cámara oscura, el vapor, y en una palabra, abrirles de par en par las puertas de la civilizacion para que se avergüencen de su estado miserable.

Hacerles gustar las delicias de la vida civilizada, sabiendo defenderse de los rigores de la imtemperie y hacerlos comprender los de la mesa, poniendo á servicio del hombre los dones de la naturaleza y no esperar de ella lo que nos quiera dar.

En los tiempos de Ayolas, Irala, Alvar Nuño y otros dominados por el espíritu de su siglo para conquistar el indio, empleaban dos medios, el uno tan ineficaz que el mismo don Félix Azára protestó contra él en un informe dirigido al virey de Buenos-Aires: era este *el agua bendita*: el otro ensayo ferozmente por Peredo, Garro y Lavayen que era la *casa de los indios*, dió los funestos resultados consiguientes, que es el rencor, única herencia que lega á sus hijos el indio.

El espíritu del siglo en que vivimos rechaza indignado tales precedimientos, y se nos llena el rostro de rubor solo en pensar que se hayan cometido semejantes atrocidades en nombre de la religion.

Para conquistar el indio, sin perjuicio nuestro ni de ellos, es necesario ensayar nuestras indicaciones, pero para ello, necesitamos poblacion, y poblacion organizada para el objeto.

III

No es posible dar un paso más adelante sin tropezar con el inmenso escollo de la falta de poblacion, y este es el verdadero punto importante que tiene que acometer de frente la América meridional.

De nada le servirán las inmensas riquezas que sus bosques atesoran.

De nada le servirán sus ferro-carriles si no tiene que trasportar por ellos.

Todo, todo cuanto haga América por llevar poblacion, todo será poco porque la poblacion es su vida, es su presente y es su porvenir, sin ella nunca será nada; con ella ahogará el salvaje y tendrá el ferro-carril y los canales y las obras de utilidad; tendrá importancia y se hará respetar.

Murallas de pueblos contra el indio, lo someterán.

Los pueblos *produciendo y consumiendo* harán los ferro-carriles sin subvencion del Estado.

Hé aquí algunos datos para justificar la gran necesidad que tiene América para preocuparse seriamente de repoblar sus inmensos campos:

ESTADOS.	TERRITORIO.		Poblacion actual.	Poblacion que pueden tener.
	Kilómetros cuadrados.	Leguas cuadradas.		
Méjico . . . . .	1.613.127	52.037	8.000.000	100.000.000
Estados de Colombia . . . . .	2.169.753	70.000	4.000.000	150.000.000
Perú . . . . .	1.499.868	48.383	2.500.000	80.000.000
República Argentina . . . . .	2.348.037	76.000	2.700.000	180.000.000
Totales . . . . .	7.630.785	246.420	17.200.000	510.000.000

Como se ve, no tomamos mas que algunos Estados, y si no comprendemos el Brasil, por ejemplo, como uno de los principales por su importancia territorial para poblar, es porque no queremos separarnos de nuestro objetivo principal; que es ocuparnos de la América española, donde están todas nuestras simpatías y para quien trabajaremos, sin tregua ni descanso, por razones muy fáciles de comprender y que en otros artículos hemos señalado.

Cualquiera Estado de América, incluso el Paraguay y el Uruguay, puede sostener 100 veces mayor poblacion de la que tienen.

Esto tampoco se puede improvisar, porque sería una temeridad política hacerlo, pues el legislador debe prever todo el alcance de sus leyes; pero debe intentarse una repoblacion que descansa en bases tan sólidas como la propiedad, porque haciendo propietarios hareis patria de donde quiera que venga en los colonos á poseer esas tierras.

Uno de los Estados que mayor corriente emigratoria recibe, es la República Argentina, y solo de una nacionalidad (Italia) en el mes de Diciembre del año último llegaron á Buenos-Aires más de 7.000 emigrados.

Si esta cifra se sostuviera en los meses sucesivos, debe el Gobierno preocuparse con justo motivo, favoreciendo la emigracion de españoles por todos los medios posibles, pues en caso de un conflicto, los españoles más estarían con los hijos del país que con extranjeros á quienes ningun lazo los liga.

En el mes de Diciembre del año 1881 llegaron á los Estados-Unidos del Norte 37.037 emigrados y en todo el año 716.000.

En esta República no puede ofrecer peligro nunca tan grande corriente emigrativa, y antes al contrario, es un elemento de riqueza y prosperidad; no puede ocurrir conflicto alguno, primero porque ya *criollos* tiene 31.000.000 para un territorio de 8.000.000 de kilómetros cuadrados ó sean 235.000 leguas cuadradas, y por otra parte, aquella cifra la descomponemos por naciones en la forma siguiente:

te que por su procedencia son difíciles los acuerdos:

Alemania.....	248.000
Inglaterra.....	77.000
Irlanda.....	70.000
Suecia.....	55.000
China.....	20.000
<hr/>	
Canadá.....	470.000
.....	94.000
<hr/>	
Distintos Estados de Europa.....	564.000
.....	152.000
<hr/>	
	716.000

Nótese que la mayor cifra de esta corriente procede del Norte de Europa.

Siguiendo, pues, nuestro discurso, diremos con la franqueza y con el interés que la América española nos inspira, que sería muy prudente también que inmediatamente que llegan al país, se los remita al interior, buscándoles por todos los medios ocupación.

Tenemos ideas especiales sobre este punto que expondremos más adelante, para respetar el método que nos hemos propuesto.

Diremos, sin embargo, que cada uno de los Estados que necesitan repoblar sus campos y le es necesario como base la emigración europea, deben destinar cantidades para obtener estos resultados, empezando su organización por tener un asilodonde recojer el inmigrante, no como lo tiene Buenos-Aires, que no llena por completo su objeto ó le sale muy costoso al Estado.

En vez del Hotel de emigración que tiene Buenos-Aires dentro de la misma capital, entendemos que sería mejor crear un inmenso *jardin de aclimatacion* á diez ó doce kilómetros de distancia de la capital cuyo establecimiento, montado en grande escala por cuenta, por supuesto, del Estado, debería estar dirigido por ingenieros agrónomos, industriales y Veterinarios, dedicadas estas secciones á sus respectivas especialidades, para no dejar en la ociosidad estos brazos interin se organizaban colonias con ellos para ir al interior.

No es un fin utilitario quien guía nuestro pensamiento, sino que aprovechando aquellas fuerzas vivas, el consumo tenga alguna ayuda con el producto de ellas, extendiendo por este medio su acción, sin grandes sacrificios de la Administración.

Para que llene este establecimiento su objeto, que es dar hospitalidad, sin dar la limosna que envilece, es claro que siempre se debe tener dispuestos materiales para poder ocupar en casos determinados dos mil ó tres mil obreros en faenas agrícola-industriales, que se puedan suspender, según el movimiento, sin perjudicar su parte esencial, simplemente con dotar un número fijo y otro supletorio abierto á este movimiento.

La idea no tiene nada de nuevo, y toda Europa tiene establecimientos que se ve obligada á costear, en donde se reciben á veces hasta más de cinco mil hombres que, divididos por clases y oficios, trabajan en los suyos respectivos aliviando el Erario con el producto que les deja. Hay que advertir que en Europa no pueden ser tan elásticos estos trabajos, pues no se ocupan en faenas del campo más que con muy raras excepciones y que perjudican á la industria particular, circunstancia que no afecta al caso presente.

Conocidas las aptitudes del inmigrante, sus deseos y las necesidades de las Colonias establecidas ó que se organizaran dentro del mismo establecimiento, se caminaría con paso seguro.

IV

Un error gravísimo está cometiendo hoy la República argentina á nuestro humilde juicio, error funesto que hemos combatido con poderosas razones en un artículo publicado en la *Gaceta Internacional* de París el 7 de Enero del presente año, que es el vender sus campos á especuladores: entendemos que ese no es el camino de la colonización; ese es el camino de gravísimos conflictos; ¡quiera Dios que no suceda así!

Fundábase nuestras razones en aquel citado artículo, en que vendiendo tierras á empresas, el *capital* pesará como brazo de hierro sobre el colono, el que, sea por medio de *arriendos* ó por medio de *censos*, trabajando decididamente, nunca llegará á obtener el pedazo de tierra que cultive, y si lo obtiene á tan largas fechas y con tales restricciones, que tal vez renunciase á él, y no siendo suya la tierra que trabaje, no le dareis patria; no tendreis población más que accidentalmente, pero en cambio surgirían disgustos semejantes á los que están ocurriendo en Irlanda.

Si América quiere conseguir población tiene que dar tierras á los colonos y además adelantarles en concepto de *subsidio reintegrable* un capital de explotación, llámese este *pasajes, raciones, animales, simientes, etc.*

Esto es ir á la colonización: lo demás, es hasta contraproducente.

En campos cubiertos al amparo de las deprecaciones de los indios, las colonizaciones pueden organizarse en el mismo *jardin de aclimatacion* en una escala, que puedan sostener por lo ménos aquellos cargos más indispensables para la vida social, como son los de necesidad comun, por ejemplo; maestro, médico, botica, cura, administración etcétera, etc., siendo colonos á la vez; es decir, no poner la administración con empleados del Gobier-

no, lo cual sería atar la prosperidad de la colonia al carro de la política; bastando solamente un inspector general que visitara en nombre del Gobierno estos establecimientos para corregir abusos y oír reclamaciones.

Esto es con respecto á las Colonias civiles, siempre garantidas por la aproximación de grandes centros ó las *Colonias Agrícolas militares* de las que vamos, aunque muy sintéticamente, á decir algo sobre el papel importantísimo que están llamadas á representar y sobre su organización.

El Gran Chaco, desierto que tiene 27 000 leguas cuadradas, ó las Pampas de la provincia de Buenos-aires con 15.000 proximamente, no puede ser colonizado humanamente sino por medio de Colonias agrícola-militares que convenientemente situadas se presten protección y protejan las pequeñas colonizaciones, cualquiera que sea su importancia, pues amaga constantemente el ataque del indio, único dueño y señor de aquellos campos.

En estas inmensas soledades, naturalmente no se puede contar con más apoyo que el que se lleve consigo; así es que la colonia Agrícola-militar, cuyo proyecto hemos tenido la honra de presentar en una meditada Memoria á la comisión correspondiente en Buenos-Aires, lleva dentro de sí misma cuanto puede necesitar en inteligencia, maquinaria, simientes, animales y raciones para su desenvolvimiento bajo la organización militar, resistiendo en caso de ataque el empuje del salvaje, de manera que los batallones, las compañías y las secciones de la *Brigada, Colonia*, serian mandados por ingenieros de todas las especialidades; segundos jefes eminentemente militares; peritos agrónomos, médicos boticarios, veterinarios, ayudantes de obras públicas, delineantes, maestros de obra, oficiales especiales, peones y agricultores, bajo el punto de vista de la colonización, todos obreros, enlazados por la forma Falhanstria ó cooperativa, mientras no se devolviese al Estado el anticipo ó subsidio, con el cual se pagaría los trasportes de 1.200 familias elegidas; la compra de maquinaria agrícola é industrial, animales para procreacion y mantenimiento, raciones, etc., etcétera; con arreglo al presupuesto, importando en junto 3 000 000 de francos, ó sean 2.500 por familia, y la concesion gratuita de 100 leguas cuadradas de campo para repartir en su día entre los colonos al tomar su forma individual, según el concurso que cada uno hubiese prestado.

Es necesario no olvidar, primero, que este anticipo que se pide al Estado, es *reintegrable á los 5 ó 8 años*, y que la colonia emprendería no solamente con sus poderosos elementos, obras de carácter general y comun, sino distintas industrias con las primeras materias del país, como fábrica de curtidos, de aguardientes, de harinas, de azúcar, etc. etc., que el colono no se podría llevar, pero que se llevaría si se retiraba los intereses de las acciones que le hubiesen correspondido.

Digásenos si como unidad táctica la brigada no llenaría su objeto; y digásenos también si como elemento productor no conseguiría los fines económicos que se propone; pues si ambos objetos se conseguían, tras ellos vienen seguidamente los pueblos, y tras estos, los ferros-carriles que tanto os preocupan.

¿Cuál es mas eficaz? ¿Empezar subvencionando ferro-carriles ó por los pueblos? y no hay que olvidar que estos la devuelven y aquellos no.

¿No vale la pena de hacer un ensayo?

Es posible que no; para ejercer influencia en el pobre corazon humano es necesario no ser conocido muy de cerca. El modesto empleo de capitán conque sirvió el que suscribe en el ejército argentino, no dá derecho para hacerse oír de los poderes.....

Apenas se deja ver nuestro proyecto por lo que llevamos expuesto de él (contraemos el público compromiso de que tan pronto como la Memoria esté impresa, remitirla á todos los Estados de la América latina) diremos, sin embargo, que perfectamente estudiados los intereses del colono y los de la Nación, creemos haber encontrado la fórmula de poderlos enlazar y que puedan dar los resultados siguientes: Para el Estado dejar en el término de 5 ó 8 años una población con más de 8 000 habitantes, fábricas, caminos, canales, puertos, faros; Iglesia, hospital, escuelas, etc., y en cultivo más de 30 leguas cuadradas de las 100 de la colonia, sobre cuya riqueza el Gobierno impondrá su contribucion. Para el colono: el mínimo en los 5 ó 8 años 15.000 francos; en metálico, el 33 por 100, y el 67 restante en casa habitación, ajuar, tierras animales, aperos y acciones de fábricas, beneficio neto.

Para obtener este resultado se necesita que el Gobierno haga el anticipo del capital de explotación intervenido por un delegado suyo con los 2 500 francos por familia ó sean 3 000 000., que se le devuelven parcialmente por años para poder llegar á la disolucion de la colonia sin traba alguna en la forma y época apuntada.

Vamos á terminar con un ejemplo de comparación.

¿Cuánto cuesta el sostenimiento en América de un batallon de 300 plazas *por todos conceptos*?

Próximamente de 25 á 30 mil duros; multiplicados por cuatro, que son los que forman por la brigada-colonia, tendremos 100.000, ó 120.000, multiplicado este producto por cinco que es el tiempo que tardará en disolverse la *Brigada-Colonia* tendremos un total de 500 000, ó 600 000 pesos fuertes.

Esos cuatro batallones en los cinco años de

servicio ¿qué problema han resuelto?... consumir ese dinero en las líneas de fronteras imposibles de guardar por su extension.

En cambio ese dinero gastado en una colonia agrícola-militar, que *produzca* mucho más que *consume*, dará el resultado ya apuntado *sin costarle un centavo al Estado*.

Se nos dirá que las fuerzas del ejército tienen otras misiones: estamos conformes, pero tampoco nosotros proponemos que todas ellas se conviertan en colonias agrícola-militares, sino, que se haga un ensayo.

Cuatro ó cinco colonias en el Gran Chaco argentino y dos ó tres en las Pampas, cambiarán completamente la faz de la República argentina.

Abrid por cualquier parte las páginas de la Historia, y vereis siempre, desde los fenicios hasta nuestros dias, las colonias agrícola-militares, llevando la civilización á los pueblos primitivos.

Nos hemos concretado á esta nacionalidad, porque la hemos visitado y estudiado sus más apremiantes necesidades, que vienen á ser muy semejantes á las demás naciones latinas; de manera, que cuanto hemos dicho de ella, se puede decir de Méjico, Bolivia, Guatemala, Perú, etc. etc., pues todas tienen inmensos campos que trabajar con bosques de ricas maderas que beneficiar y lagos de transparentes aguas que poder convertir en benéficos conductores de sus valiosos productos.

V

No podemos seguir con la vista millares de argumentos y de conceptos que se derivan naturalmente en el desarrollo de nuestro trabajo, y que nos vemos obligados á sacrificar porque, sin embargo de su importancia, no los podríamos ajustar en los estrechos límites de un artículo.

La emigración de Europa es, á no dudarlo, el porvenir de América, «cada emigrado que llega es un capital que entra en el nuevo continente y cada uno que sucumbe en algunas de sus insanas playas es una pérdida para el país» dice el Vizconde de San Juanario en su *Rapport sur les conditions géographiques, économiques, commerciales et politiques de la République Argentine*.

La emigración es el resultado de un malestar social, que los Gobiernos de los Estados de donde proceden debían favorecer tanto como los Gobiernos de las naciones á donde se dirigen; porque en el país en que nacen, condenados á una eterna ociosidad por el exceso de la densidad de la población ú otras causas, ó se entregan al pauperismo, ó desesperados, van por el camino del crimen; y al llegar á este extremo, piensan en la emigración, eludiendo la acción de la justicia; y hay que confesarlo en honor al hombre; con el trabajo, en un país nuevo y con grandes elementos, se moraliza. Así se explica como la «Nueva Gales» en la Australia á donde envió Inglaterra para su colonización en 1788 á 800 presidiarios, hoy llega su población á 1.000 000 de habitantes.

Las clases acomodadas de Europa combaten la emigración por miedo de que pueda llegar día en que tengan que elevar los jornales por falta de brazos; egoismo que los conduce á otro peligro mayor.

Resulta de nuestra manera de pensar, que la emigración que hoy manda Europa á América en más de un 60 por 100, es la peor, circunstancia que se debe tener en cuenta.

Si las naciones de América le dieran la importancia que la cuestion tiene, le sería sumamente fácil mejorarla y hasta hacerla de primer orden.

Cuando se busca trabajo, ordinariamente no se está en condiciones de hacer un viaje costoso, y ménos con familia. En este caso América, por medio de sus agentes consulares, debe venir en auxilio del que se halla dispuesto á emigrar, y con arreglo á las necesidades de cada país, decirles, por ejemplo; al agricultor solo, se le abona el 25 por 100 de su pasaje, con su familia el 50; y en determinadas circunstancias el pasaje gratuito, porque es necesario confesarlo; la emigración espontánea, no tiene nada de buena.

Lo que hemos dicho con respecto al agricultor se podía aplicar al artesano que más falta hiciera.

Así, pues, dividiremos la emigración en tres clases; la *espontánea*; la *mixta*, y la *elegida*; cuyos medios responderían indefectiblemente á los fines propuestos, mejorando de una manera visible la colonización con arreglo á los elementos de que fuere compuesta.

Algunos escritores americanos, no muchos, por manía, algunas veces, por ignorancia otras, han declamado contra la emigración española hasta el punto de inventar el epíteto de *godos* en unos países y de *gallegos* en otros, pretendiendo demostrar que la mejor era la alemana y la inglesa; gravísimo error que haremos palmario en muy pocas palabras. ¿De dónde procede la corriente emigratoria á los Estados-Unidos del Norte? Del Norte de Europa, y en su mayor número de Inglaterra é Irlanda: es lógico; van buscando la semejanza, su clima, religion, costumbres, etc. La emigración, pues, que debe esperar la América latina es la meridional de Europa y, en particular la de España.

¿Qué le sucedería á una camelia nacida en Tucuman, Sucre ó Lima si fuera trasportada á Koenisberg ó á Belfast, lo que á un labriego de Belfast ó Koenisberg trasportado á Tucuman, Sucre ó Lima? Aquella se moriría de frio, y éste se ahogaría de calor.

A esos escritores que defienden la emigración



Inglés ó Alemana, ¿no le dan importancia alguna al clima, á la religion, á las costumbres y á las afinidades de sangre? ¡Qué error tan funesto! Y todo ¿por qué? Porque se dice que están muy ilustrados. ¿Qué, vais hacer con ellos un cuerpo consultor? ¿ó trabajar la tierra? La distancia siempre ha sido para ciertas personas frivolas una especie de lente que conservan dentro de su caletre.

Busque América en España la poblacion que á esta le sobra y á aquella le falta, y la encontrará tan buena como las de las orillas del Rhin, con la ventaja sobre esta que llevando sus costumbres, su idioma, su religion, lleva la mitad de la patria.

Pero tampoco somos exclusivistas; cuando América llegue á montar sus grandes manufacturas, vaya á Londres, á París y de estos centros que vayan á Pekin á aprender ciertos oficios, especialmente la tintorería y la cerámica antes de venir al continente americano.

Para el mejoramiento y perfeccionamiento de la raza humana, no hay patrias: Guttenberg juntó todos los pueblos por el pensamiento escrito; Colon con sus atrevidos héroes legendarios conquistó para la civilizacion mundos nuevos; Fulton y Franklin, casi al mismo tiempo, los unieron con vertiginosa velocidad y en los tiempos presentes Bel y Edison llevan nuestra voz y hasta las pulsaciones de nuestro corazon, de polo á polo.

Bajo el punto de vista de la ciencia no existe la Patria; pero el hombre tiene que someter su materia á causas esternas é independientes de su voluntad, y para conseguir nuestro objetivo la climatológica y las ya apuntadas son de incontrovertible verdad. Si ciertos cuerpos químicos, por su propia composicion son incompatibles, en la raza humana son infusibles para poder formar familia ciertos elementos perfectamente heterogéneos.

CÉSAR VALCÁRCEL.

### AL SEÑOR ALONSO MARTINEZ.

No pude asistir á la reunion de la prensa, invitado cortesmente por usted, como director de LA AMÉRICA, deseando oír mis observaciones respecto de la inclusion en el Código penal de los delitos de imprenta.

Me valgo del periódico para hacer algunas breves reflexiones sobre esta materia.

Comenzaré exponiendo á usted cuál era mi criterio, hace treinta años, expresado en un discurso que tuve el honor de pronunciar en el Congreso, como diputado, en la sesion del dia 3 ó 4 de Diciembre de 1851, combatiendo al Gobierno presidido por el Sr. Bravo Murillo, por haber suprimido de real orden el periódico *La Europa*.

Me limito á copiar cortas frases.

«En materia de imprenta, decia, yo no conozeo más que dos sistemas: ó la negacion absoluta ó la libertad ilimitada; para mí no hay término medio....»

«¿Qué responsabilidad no pesa sobre los Gobiernos que han profanado el templo de la justicia, y lo han abierto al encono y á las pasiones de los partidos! ¡Hasta dónde han hecho descender la justicia que debe ser impassible y serena y la han lanzado en el palenque de las discusiones políticas! Ha hecho más el Gobierno todavía, ha hecho que desconfien de la justicia todos los escritores, que la miren con prevención, porque no creen ver en ella el fallo imparcial y recto de los magistrados, sino la animosidad de los adversarios; porque los escritores públicos, y sobre todo los que defienden los principios eternos del progreso humano, han sido juzgados por personas afiliadas al sistema de Gobierno que ellos combaten.

«Y al decir esto, no es mi ánimo, y nada ha estado más lejos de mi intencion, que ofender en lo más mínimo á una clase tan respetable. Mi objeto solamente es deducir las funestas consecuencias que se desprenden de haber rebajado la majestad de la justicia á nuestras disensiones de partido, para amenguar su dignidad, para debilitar su prestigio y empañar el manto que debe cubrirla. Mision más alta, mision más noble, mision más gloriosa le corresponde, cual es la de velar por la legitimidad de los intereses, por la seguridad de los ciudadanos, por la inviolabilidad del hogar doméstico, tantas veces violado en estos tiempos de arbitrariedad y de injusticia.»

Así, no puedo aceptar la inclusion en el Código penal de los delitos de imprenta.

He combatido siempre las leyes especiales, y he defendido siempre la institucion del Jurado. Y debo añadir una observacion. En mi ya larga carrera periodística, desde los primeros albores de mi juventud, hace ya 39 años, el jurado me ha sido adverso en dos fallos. En dos ocasiones distintas ha condenado dos periódicos que he dirigido con la multa de treinta mil reales cada uno, total sesenta mil reales, y los ha condenado por la defensa más ó menos vehemente que hacia de mis ideales políticos, y por cierto, que cuando mis amigos han ocupado el poder, despues de dos actos extraordinarios y no pacíficos, no me he acordado siquiera de reclamar que se me devolvieran las multas exigidas en épocas contrarias al triunfo de mis ideas. Yo no temo personalmente la inclusion en el Código penal de los delitos políticos, porque jamás he sido denunciado en mis escritos por delitos de injuria, de difamacion ó de calumnia; pero yo proclamo doctrinas, y esta clase de delitos son armas que han empleado con frecuencia los Gobiernos contrarios para herir en el corazon á sus enemigos políticos.

Y cuando triunfan los partidos contra los que usan armas de tan mala ley, es consecuencia legítima que no han de respetar la inmovilidad de los magistrados, que, dependientes de la voluntad gubernamental, condenan las censuras enérgicas de los escritores públicos contra los Gobiernos ó sus agentes, y muchas veces nos enseña la historia que se han juzgado delitos de injuria y de calumnia lo que era una oposicion severa contra ciertos actos ilegales ó abusos administrativos.

Los supuestos delitos políticos pueden ser causa de muchas injusticias, y la reforma de la magistratura en Francia no ha obedecido más que á la animadversion justificada del partido republicano contra la magistratura del imperio, que cometió tantas iniquidades profanando el nombre de la justicia.

La constitucion del Jurado debe formarse en el seno del pueblo entero, de ciudadanos que sepan leer y escribir, que salen hoy de la multitud y mañana vuelven á entrar en ella, con la conciencia pura y pacífica, despues de haber cumplido un deber sagrado.

El acusado comparece delante de este jurado, sin turbacion, porque tiene delante de él sus pares, sus iguales, el abogado habla con seguridad porque está delante de la justicia del país.

Aquel á quien se acusa, es un conciudadano.

La guerra contra la prensa, es una guerra detestable; ella no vale nada contra el poder que la persigue, escita las pasiones y atrae las miradas sobre los escritores que se defienden. Vencedor el Gobierno, no ha ganado nada; vencido, su derrota es un golpe fatal.

Los Gobiernos juzgan bajo un punto estrecho de vista la licencia y la libertad, y cometen una gran falta. Para juzgar la prensa es preciso suponerla siempre en las filas donde figura el periodista con sus ideas, con sus preocupaciones. La sospecha marcha al lado del poder, le contiene, le vigila; la sospecha es un derecho y un deber, sobre todo en tiempos difíciles, y debo añadir que no es hombre público el que no tiene una coraza para resistir los dardos de la prensa. Es preciso que la fibra del hombre público sea menos sensible que la del hombre privado. Cuando se tiene el honor de estar en una situacion dada, á la cabeza del poder público, es preciso pasar la mano por el rostro y decir: *Yo no estoy herido*.

No se debe constituir un Jurado privilegiado, representante de las clases privilegiadas, porque entonces se constituirá una justicia ordinaria, una justicia irregular. No seria el juez el que juzgara las cuestiones políticas, serian hombres designados por intereses particulares que juzgaran los intereses generales.

El publicista puede creer en su alma un juicio injusto, porque se trata de un delito político; las sentencias que condenan los crímenes políticos son pronunciadas por la conciencia de los jueces en el momento en que el juez declara la culpabilidad, el juez cree; su conciencia está tranquila.

¿Y cómo lo dudaría? La política es la pasion, es la embriaguez del triunfo, es la victoria, es el odio, es la venganza. A los ojos de la política, el acusado es el culpable, las declaraciones de los testigos adheridos á la opinion que prevalece son irrefragables. La dignidad del acusado es la rebelion, y todos estos sentimientos son adoptados de buena fe por el juez político. Son conocidos los famosos versos:

«Los vencidos son traidores,  
los vencedores leales.»

Si la victoria se pronuncia mañana por los vencidos hoy, los condenados son mártires. Hoy perseguidos, mañana ornan sus frentes con la aureola de la gloria.

No hay delitos políticos, porque son delitos de circunstancias que debe juzgar el Jurado; la justicia verdadera es eterna.

Basta por hoy, Sr. Alonso Martinez.

El Director de LA AMÉRICA.

### LA HUERTA DEL TIO MARTIN.

—Hoy está muy amorrado y apenas me ha respondido á la mitad de lo que le he dicho. Créeme, que cuando él no acude al pienso, es que está malo de veras.

—¿Y qué mal le ha entrado?

—¿Qué quieres que tenga? Está enjambado y dice que tiene su cuerpo hecho una lлага.

—¿Tú le has visto?

—Hace días que no me acerco á él, porque todo se pega menos lo bonito; pero la última vez que me acerqué, salí plagada y me dijo que se lo iban comiendo por las corvas y por los sobacos. Te digo que lo mejor que se puede hacer, es despachar cuanto antes á ese chico.

—Si vinieran esos muchachos, les diria que no gastasen tanta pachorra.

—Pues avísales.

—Yo los estoy aguardando de un momento á otro; pero como no vengan esta noche, por la mañanita mando á uno de los hijos á buscar esa gente.

—Me parece muy bien. Y el de arriba, ¿qué tal ha comido?

—Ese está bueno y sano.

—Pues ahora, vamos á cenar nosotros.

—Cuando quieras.

La vieja puso enseguida la mesa y muy luego marido y mujer comenzaron á cenar en amor y compañía, con muy buen apetito y departiendo largamente de las esperanzas que

les ofrecian sus horribles negocios, entre los cuales contaban por muy lucrativo el secuestro del joven Reina, á quien consideraban como una excelente presa.

Ya se disponia el viejo matrimonio á recogerse, cuando sonó ruido de gente que se acercaba.

Los recién llegados eran los secuestradores del niño Antonio Fernandez Merino.

El Tio Martin al verlos, exhaló un grito de alegría, cambiando una mirada de inteligencia con su mujer, que ahora tanto se interesaba porque cuanto antes soltasen al pequeño cautivo.

¡Tal era la sensibilidad de la tia María!

### CAPITULO XXXI.

#### UN DIÁLOGO HABIDO DE NOCHE Y DESDE LÉJOS.

Apenas entraron los tres bandidos en la cocina y se hubieron sentado junto al hogar, el Tio Martin les manifestó que celebraba mucho su oportuna llegada, refiriéndoles el estado en que se hallaba el niño Fernandez Merino, y amonestándolos para que sin pérdida de tiempo terminasen aquel asunto.

Los bandidos le contaron las burlas y chascos que le habian dado al padre de la víctima, que habia ido hasta Palenciana y habia vuelto hasta Puente Genil, tocando un caracol toda la noche, pero que ellos no habian querido salirle al encuentro, porque de antemano sabian que no llevaba e dinero.

También le contaron que tenian aterrada á la familia, la cual habia cundido la voz de que el niño estaba con unos parientes en un pueblo inmediato, y que ellos, siempre que veian al padre á solas, sin hablar una palabra, le decian por señas que guardase silencio, y que de lo contrario, le cortarían la cabeza.

Aquella gente feroz celebraba con sendos tragos y repugnantes chistes sus fechorías y amenazas para con la familia del niño, á la que tenian metida en un puño, por valme de sus mismas expresiones.

El Tio Martin les dijo á su turno que todo aquel negocio podia malograrse por no ceder á tiempo; que rebajasen el precio del rescate á una talega; que ésta cantidad seria más fácil obtenerla; que lo importante era acabar pronto, y por lo tanto, le escribiesen inmediatamente una carta al padre del niño, amenazándole con la muerte irremisible de su hijo, si al instante no aprontaba la cantidad exigida.

Los secuestradores, pues, convencidos de las poderosas razones que con tanta lucidez les habia expuesto el Tio Martin, prometieron seguir al pie de la letra sus consejos, y en el acto escribieron allí una carta dirigida á Francisco Fernandez Carmona, es decir, al padre del niño, en la que le rebajaban á mil duros el precio del rescate, y citándole para el sitio llamado *La Entrevista*, término del tantas veces mencionado pueblo de La Alameda.

Terminada la carta, los bandidos se despidieron del Tio Martin, marchando sin dilacion á Casariche, en cuyo pueblo la pusieron en el correo.

Cuando la familia del niño Antonio recibió este nuevo aviso, esforzóse por reunir la mayor cantidad posible para rescatar al pobre cautivo, pues que ya el padre habia sabido que la causa de no presentarse los secuestradores era que éstos estaban enterados de que aquel no habia podido reunir la cantidad que le pedian.

La triste madre, el infeliz esposo y el afligido abuelo, despues de tantos días de ansiedad y cruel incertidumbre, cobraron alguna esperanza de ver pronto libre á su inocente y querido hijo.

Pero las terribles amenazas que con gran misterio le hacian diariamente aquellos mismos que se habian burlado de él, diciéndole que no volviera más á acudir á ninguna cita sin llevar el precio del rescate; la violencia insoportable á que se veia reducido al manifestar que el niño estaba con unos parientes, ocultando así que se hallaba secuestrado, y que ignoraba su paradero; la pena inconsolable de su esposa; las angustias de su padre y su propia inquietud por la suerte del hijo de sus entrañas, fueron otras tantas causas para minar su salud y postrarle enfermo, imposibilitándole de asistir él mismo, como lo deseaba, á la referida cita en el término del pueblo de La Alameda.

Esta circunstancia contrarió mucho á la familia, que habiendo reunido todos sus recursos, encontrábase ahora sin tener quién fuera á entenderse con los secuestradores.

Al fin se brindó á ello Rafael Almeda Morillo, hombre de toda confianza y cuñado del Francisco Fernandez.

Salió, pues, de Puente Genil el portador del rescate, y cumpliendo todas las prevenciones hechas por los bandidos en su carta, llegó de noche al mencionado sitio de *La Entrevista*, en donde se le presentaron dos hombres que á cierta distancia, la suficiente para no ser conocidos, le dieron la voz de «alto.»

Detúvose inmediatamente Almeda, á quien le preguntaron:

—¿De dónde vienes?

—De Puente Genil.

—¿Qué te trae por aquí?

—El arreglo de un negocio.

—¿Con quién?

—No lo sé.

—¿Cómo te llamas?

—Rafael Almeda Morillo.

—Pues tú no debes llamarte así.

—Vengo en nombre de otro.

—¡Ah! Eso es otra cosa. ¿Y cómo se llama ese otro?

—Francisco Fernandez.

—¿Por qué no ha venido él?

—Porque está enfermo.

—Entonces quizás puedas arreglar ese negocio que traes.

—Mucho me alegraré.

—¿Traes dinero?

—Sí, señor.

—¿Cuánto?

—Doce mil reales.

—¡Mal! ¡Mal! Poco dinero es ese.

—Consideren ustedes que mi cuñado es un pobre, que no

ha podido encontrar quién le dé más, y que el tener que pagar esto que traigo, lo dejará por puertas.

- ¡Mala noche y parir hija!
- ¡Por Dios, tengan ustedes compasión!
- Vale más que te vuelvas por donde has venido.
- Si no tienen más, ¿cómo han de darlo?
- Que empeñen lo que tengan.
- Ya lo han hecho.

Entonces los dos bandidos cambiaron entre sí algunas palabras en voz baja y que no pudo entender Almeda.

Después de aquel misterioso y breve diálogo, uno de los dos encubiertos le dijo:

—Deja ese dinero ahí en el suelo.

Almeda obedeció.

—¿Lo has dejado ya?

—Sí, señor.

—Pues ahora retírate, y cuidado con el piquito.

—Hagan ustedes cuenta que yo soy un muerto, y que á nadie le hablaré de este negocio; ¿pero qué le digo á mi cuñado?

—Nada más, sino que nos has entregado ese dinero.

—Pero... ¿y el niño?...

—¡Silencio; y largo de aquí!

Almeda no se atrevió á dirigirles más preguntas respecto al pobre cautivo, y temeroso de que los secuestradores se propasasen contra él, siguió buenamente el consejo, apartóse de aquel sitio y volvió á tomar el camino de Puente Genil, bien poco satisfecho de aquel diálogo, habido de noche y desde lejos.

No bien se hubo alejado el portador del dinero, acercáronse los bandidos y lo recogieron, desapareciendo rápidamente en dirección opuesta.

### CAPÍTULO XXXII.

DONDE SE PRESENTA UN MISTERIOSO BANDIDO, BAJO EL NOMBRE DE SEÑOR SALAMANCA.

A los pocos días de hallarse el joven Reina encerrado en el desvan de la huerta del Tío Martín, subieron con éste una mañana varios bandidos, los cuales le hicieron varias preguntas, y después de haber hablado un rato con él, le anunciaron de muy mal humor que la conducta de su padre no había correspondido á sus esperanzas; que les había mandado una miseria; que ellos no pedían limosna; que si hasta entonces le habían tratado con algún miramiento, desde allí en adelante lo tratarían como á un perro, y por último, que á la noche tenía que escribir una carta, exigiéndole á su padre que, sin remisión, les mandase lo que reclamaban, si es que deseaba ver libre á su hijo.

El activo joven se manifestó displicente y silencioso con los bandidos, los cuales salieron del desvan, á una señal que les hizo uno de ellos, á quien por su porte y maneras consideraban todos con inequívocas muestras de adhesión y respeto.

Cuando ya estuvieron abajo, el misterioso y astuto compañero, á quien todos los demás designaban con el nombre de señor Salamanca, riéndose á más no poder y guiñándole el ojo, con voz aguardentosa, caídas muy flamencas é imitable gracia, les dijo:

—Este es un don Bambarría, que se quiere hombrar con nosotros; pero el pobre colegial no ha visto el mundo más que por un agujero, y ha comido poco pan todavía para saber echarla de plancheta.

—Dice usted bien; y á mí me estaban dando unas ganas de *jarrearle una gofetá*, que lo hubiera despampanado, porque me estaba reconcomiendo aquel airecillo de importancia que se estaba dando ese señorito, respondió el más joven de los bandidos.

—Es verdad lo que dices; pero no es menester enfadarse ni tomar esas cosas por donde queman, sino divertirnos un rato y quedarlos con él con mucho salero.

Y dirigiéndose al Tío Martín, añadió:

—Écheles usted á éstos una ronda de vino, y á mí tráigame un frasco que tengo allí en el bolsillo del *marsellé*.

El viejo Martín obedeció al instante.

Cuando los bandidos hubieron bebido un trago de vino, y el llamado señor Salamanca de aguardiente, el tal caballero continuó:

—Vamos á hacer la comedia más bonita que ustedes pueden imaginarse; pero es necesario que cada uno represente su papel con mucha formalidad, pues el que no lo haga bien, pagará una convidada.

—Usted es el amo, respondió Carrascoso, y dirá lo que tenemos que hacer, que de fijo será cosa buena.

—¡Vaya si lo es! Pero cuidado con reirse. Yo me voy á fingir un caballero, que aprecia mucho á su familia, que se interesa por él, que está dispuesto á servirle en todo hasta la pared de enfrente, y le diré también que sois muy feroces y que le vais á cortar la cabeza, si su padre no manda al momento el dinero que se le pida.

—¡Eso está muy bien pensado! exclamó Carrascoso.

—Pero conviene que vosotros finjais que lo queréis maltratar, y yo me interpondré para librarlo de vuestras uñas, porque á este caballero, lo hemos de camelar por este camino. ¿Estamos?

Todos los bandidos aplaudieron ruidosamente y con grande alegría el plan de aquella comedia, sin advertir la verdadera intención del astuto compañero, que era ponerse bien con el secuestrado, contar con su agradecimiento y el de su familia para en adelante, y al mismo tiempo conseguir que don Manuel de Reina les enviase la mayor cantidad posible por el rescate de su hijo.

En resolución, diré, que su propósito era constituirse aparentemente en protector decidido del joven secuestrado.

Llegada la noche, el llamado señor Salamanca se presentó en el desvan llevando un candil en la mano, que colgó de un clavo, y aproximándose después al prisionero, le dijo:

—¿De dónde es usted?

—Del Arahal, respondió el joven cautivo, extrañando que aquél no le tuteaba como los demás bandidos.

—Entonces, ¿conocerá usted al señor Jimenez? Es ya un hombre anciano.

—Sí, señor, es mi abuelo.

—Luego don Antonio Jimenez es su tío de usted.

—Sí, señor.

—Segun eso, será usted hijo de su hermana doña Dolores y de don Manuel de Reina y Zayas.

—Justamente.

—¡Válgame Dios, y cuánto siento verlo á usted aquí! ¿Cómo ha de ser! Yo aprecio mucho á su familia de usted, y con mucho gusto haría cualquier sacrificio en su obsequio.

—¡Muchas gracias! respondió el cautivo, á quien le llamaba extraordinariamente la atención el lenguaje culto y atento del que le hablaba.

—Pues, señor de Reina, vamos á escribir una carta que yo le dictaré á usted.

Y así diciendo, le dió la mano para que se levantara, y ya de pié, le echó el brazo por encima del cuello, dando así algunos paseos por la estancia y hablándole el desconocido con grande afecto y estimación de su familia.

Mereced á estas circunstancias, el joven prisionero pudo conocer que el llamado señor Salamanca era un hombre de buena estatura, é igualmente advertir que su mano era suave y fina.

Al fin el desconocido se detuvo y obligó al prisionero á que tomase asiento en una silla baja, y luego, colocándole una cuartilla de medir grano sobre las rodillas, poniendo en ella un pliego de papel, dándole un lápiz al joven Reina, y sacando un puñal, le dijo:

—En el momento en que vuelva usted la cara, después de quitarle la venda, con este puñal le partiré el corazón.

Y en seguida el desconocido le desató por la espalda el pañuelo.

Trascurridos algunos momentos, el llamado Salamanca empezó á dictarle la carta, previniéndole en su lugar oportuno, dónde había de colocar los puntos, comas y demás signos de ortografía.

Cuando ya el cautivo había escrito la mitad de la carta, el desconocido suspendió su tarea, preguntándole:

—¿Qué edad tiene usted?

—Veinte años.

—¿Quién me había de decir á mí á su edad de usted, que me había de ver en este sitio y con esta gente!

Y el desconocido exhaló un profundo suspiro, que causó dolorosa y honda sensación en el cautivo, y un movimiento de comprimida hilaridad en los bandidos que estaban agrupados en la puerta, observando en silencio aquella singular escena.

Luego el desconocido prosiguió dictando la carta hasta su conclusion, y cuyo contenido era el siguiente:

«Mi querido padre: Sabrá usted como me tratan muy bien y me dan de comer todo lo que pido, teniendo una asistencia como si estuviera en esa; pero tambien debo manifestarle que si usted no les manda á estos hombres la cantidad dicha en mi anterior, me maltratarán mucho, lo cual será causa de que no vuelva usted á verme.

»¡Padre! ¡Por Dios, mande usted ese dinero para tener el gusto de abrazarlo pronto!

»Padre, cuando le manden á usted esta carta, ellos le pondrán á dónde ha de mandar el dinero, si no les acomodate que lo envíe al sitio que la vez anterior. Cuidado que no se den pasos que perjudiquen á estos hombres, pues al fin y al cabo, el perjuicio será para mí.

»Es cuanto tengo que decirle, y deseo lo pase usted bien hasta que nos veamos en esa, pues en usted consiste el que nos veamos pronto.—JOSÉ DE REINA.»

El desconocido recogió la precedente carta, después de haberle vendado los ojos con un pañuelo de hilo fino, pues que el prisionero le rogó que así lo hiciese, porque con el otro pañuelo basto se le irritaban los ojos, hasta el punto de que parecían saltarse de las órbitas, é igualmente le rogó que le quitase la yesca de los oídos, pues que aquel obstáculo le producía un zumbido y atollamiento insufrible.

El señor Salamanca se manifestó muy amable, complaciendo al cautivo en todo cuanto le pidió; pero en este instante entraron en el desvan los demás bandidos, profiriendo mil insultos contra el joven y amenazándole con que le darían muerte si su padre andaba regateando el mandar la cantidad que se le había pedido.

Entonces Salamanca tomó la parte y la defensa del cautivo, diciendo á sus compañeros con el aire más formal del mundo:

—Esos insultos y esas amenazas no vienen al caso.

—Pues que no vengan,—respondió Carrascoso,—pero así se hará con éste, si el ricachón de su padre quiere guardar para sí todo lo que tiene, sin dar parte á los pobres.

—Todavía no hay razon para saber lo que ha de hacerse; pero de todas maneras, este joven no tiene culpa, y es una cobardía el decirle tantos improperios, porque á los hombres de honor lo mismo se les mata de una puñalada, que dirigiéndoles malas expresiones.

—Con todo y con eso, bueno sería darle una paliza para que le apriete á su padre que mande los dineros, cuanto más pronto, mejor.

—Ya el señor ha hecho todo cuanto puede hacer, que ha sido escribir la carta en los mismos términos que yo se la he dictado, y por lo tanto no teneis razon en propasaros de esa manera.

—¡Muchas gracias!—murmuró en voz baja el secuestrado, dirigiéndose al señor Salamanca.

Los bandidos intentaron prolongar su permanencia y sus insultos; pero el desconocido con voz imperiosa les ordenó que inmediatamente se retirasen.

Los bandidos obedecieron, fingiendo que lo hacían de mala gana y á regañadientes; pero en realidad, apenas podían contener la risa al ver el aire soberbio, ademán soberano y voz campanuda del supuesto Salamanca, que tan á la perfección representaba el papel convenido de protector del prisionero.

Pocos momentos después, el desconocido salió del desvan y fué á reunirse con sus camaradas, dejando al cautivo lleno de agradecimiento por su generosa conducta.

¡Tal fué el término que tuvo el primer acto de aquella comedia!

En seguida, los bandidos discutieron sobre el modo y forma en que don Manuel de Reina debería remitirles el dinero, así como tambien respecto á la rebaja que había de hacerle, á consecuencia de las reflexiones que les había hecho en Málaga el susodicho Camacho Pedregal, y una vez puestos de acuerdo sobre estos y otros diversos puntos, se convino en que Carrascoso escribiese á continuacion de la carta escrita con lápiz por el cautivo, todo lo que ellos habían concertado para el mejor éxito de sus pretensiones.

### CAPÍTULO XXXIII

#### AVERIGUACIONES.

Cuatro días estuvieron los hijos y el hermano de don Agapito, acompañados del buen Melero, aguardando en la posada de la plaza de Archidona, el que de un momento ú otro se les presentase el malaventurado cautivo.

Al cabo de este tiempo, tristes y desesperados, regresaron todos al pueblo de La Alameda, haciendo mil y mil conjeturas respecto á la falta de cumplimiento, por parte de los secuestradores, de lo que tan solemnemente habían ofrecido en Sevilla.

Doña María Gallardo y su hija Dolores se hallaban tambien en una situación fácil de comprender, en vista de lo acaecido.

La misma esperanza que habían abrigado con tanto ahinco de ver y abrazar inmediatamente al malhadado prisionero, había sido causa para que después, al desvanecerse, fuera su dolor más intenso é inconsolable.

Todavía los hijos y el hermano, atribuyendo aquella informalidad al propósito que pudieran abrigar los secuestradores de seguir explotando á la familia, esperaban recibir alguna carta en que se les pidiese más dinero; mas esta conjetura, que al principio fué para ellos de mucho peso, perdía toda su importancia y verosimilitud, á medida que pasaba el tiempo, sin que los bandidos les hiciesen nuevas exigencias.

En tan cruel situación, abrumada la familia por tan espantosa incertidumbre, no sabía qué pensar ni qué hacer; pero al fin se resolvieron, llenos de ira y de pena, á investigar por sí mismos el paradero de su padre.

Algunas veces se imaginaban que don Agapito había muerto; pero entonces exaltábase en ellos el natural deseo de saber si su padre había sucumbido por efecto de enfermedad, ó si había sido asesinado por los secuestradores.

Existen en la organizacion femenina misterios insospechables y una delicadeza tal de sensibilidad y presentimiento, que bien puede asegurarse, bajo este punto de vista, que el instinto de la mujer es más seguro que el del hombre.

En efecto, la esposa de don Agapito y su hija se obstinaban en llorarle por muerto, invocando algunas veces, como autoridad inapelable, la vana vision que Dolores había tenido en su ensueño, y aduciendo la madre, como señal cierta de su desventura, el presentimiento de su corazón leal, que nunca le había engañado.

Pero los hijos combatían aquellos temores como supersticiosos é infundados, creyendo que la no presentacion de su padre podía ser causada por otros muy diversos motivos.

De todas maneras, no cejaron en su propósito de averiguar la suerte de su padre, valiéndose de cuantos medios les sugerian su inteligencia y su filial afecto.

Así, pues, trataron de acercarse á todas aquellas personas que de público se decía que llevaban relaciones y mantenían tratos con la gente de la vida airada.

Muchas y grandes fueron las amarguras é incertidumbres que les hicieron pasar dichas personas; pues que unas se excusaban tomando como un insulto el que se les dirigiera cierto género de preguntas, mientras que otras aumentaban su pena con las versiones que les daban; en fin, cada cual les decía su cosa, y los afligidos hijos se quedaban en su primitiva incertidumbre y en su ansiedad sin límites.

Entre los sujetos de conducta más ó menos sospechosa, y que de cerca ó de lejos mantenían ó habían mantenido relaciones con los criminales, y que fueron tanteados sucesivamente por los hijos de don Agapito, tropezaron con un tal Agustín Capitan Velasco, á quien por mote llamaban *Cagarrache*, conocido tambien por el sobrenombre del *Vizco*, á causa de su estrabismo, y el cual había estado por ladron dos veces en presidio.

Era el *Vizco* vecino del pueblo de La Alameda, en donde vivía casado y con dos hijos.

Esta circunstancia de la vecindad, en virtud de la cual le conocían y trataban previamente los hijos de don Agapito, les movió á dirigirse á él para ganar su voluntad, y que, puesto de su parte, les ayudara en sus averiguaciones.

Con este propósito, se avistaron con dicho sujeto el hijo mayor de don Agapito y su yerno Victoriano.

Era *Cagarrache* de alta estatura, de color muy pálido y de poco simpático aspecto, por la expresion siniestra que el ser bisojo comunicaba á su semblante, y no sin repugnancia buscaron su ayuda el hijo y el yerno de don Agapito.

—Ya sabrás la desgracia que nos ha ocurrido, le dijo Francisco.

—Sí, señor; ya lo he oido decir por el pueblo.

—Pues nosotros queremos darte un encargo, y no lo perderás, le dijo Victoriano.

—Ustedes dirán.

—No ignoras que después de haber dado mil duros, nos hemos quedado sin el dinero y sin saber lo que ha sido de nuestro padre.

—Ya lo sé. ¡Qué picardía!

—Pues bien; tú conoces, sin duda, á mucha gente que puede saber ó averiguar lo que ha pasado con nuestro padre, y qué motivo hayan tenido para no soltarlo, después de haber cobrado su rescate.

—Por mi desdicha, conozco mucha gente mala, porque el que una vez ha tenido la desgracia de estar en presidio, no puede nunca volver á tratar con gente buena, porque todo el mundo le mira á uno como á un perro rabioso.

JULIAN ZUGASTI.

(Continuará.)

